ANTONIO CASADO DA ROCHA

THOREAU

BIOGRAFÍA ESENCIAL

Prólogo de Joaquín Araújo

Ilustraciones de Paula Ortiz de Luna

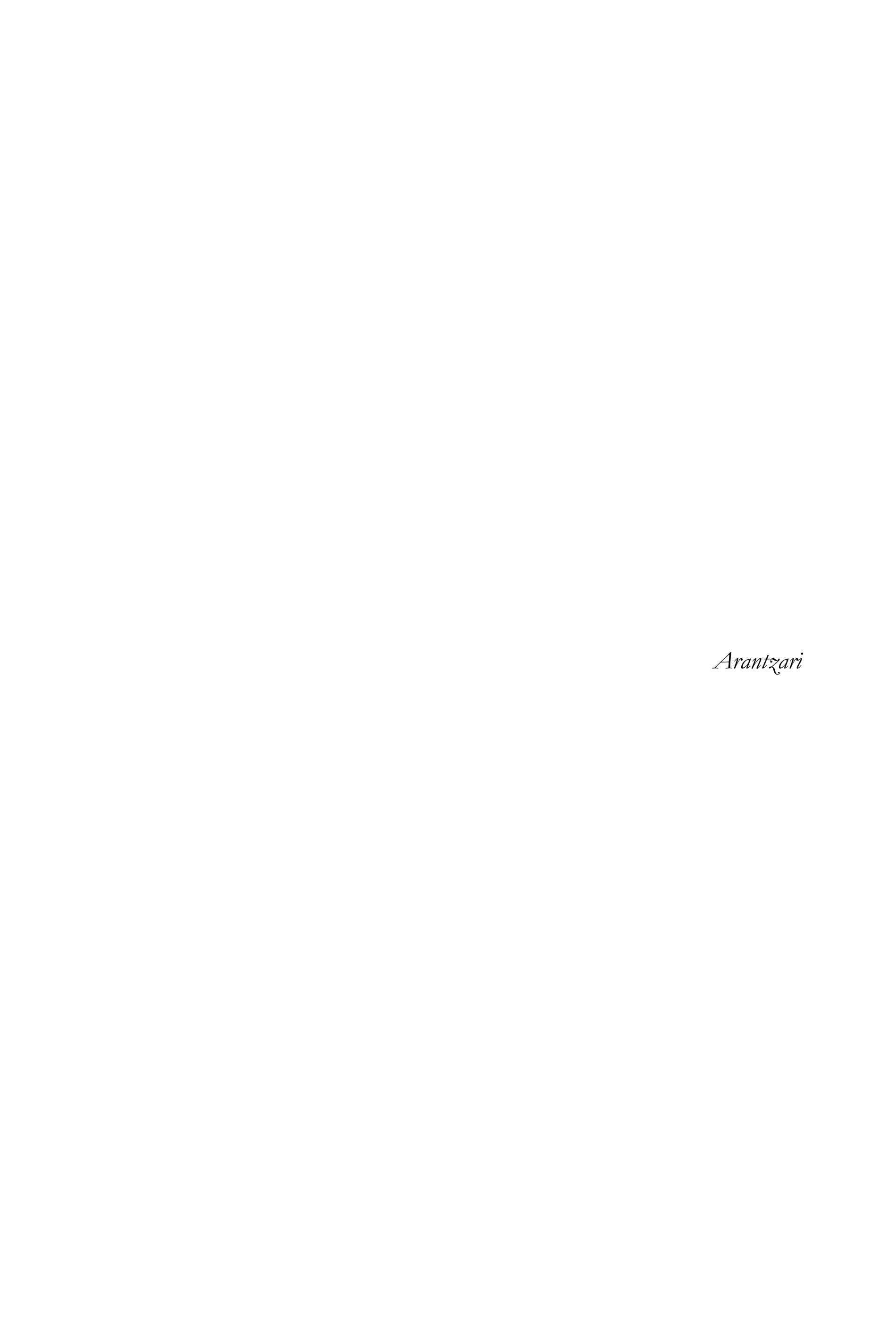


ACUARELA LIBROS

Primera edición: diciembre de 2004.

Ediciones Acuarela, S. L.
Apartado de correos 18.136
28080 Madrid
info@acuarelalibros.com
www.acuarelalibros.com

Imprime: Gráficas Minaya, S. A.
Impreso en España / Printed in Spain
ISBN: 84-95627-07-8
DEPÓSITO LEGAL: GU-xxx/2004



Arantzari

My life has been the poem I would have writ,
But I could not both live and utter it.
(H.D.T., 1849)

I wished to live deliberately, to front only the essential facts of life.
(1854)

Let it be named from the fishes that swim in it, the wild fowl or quadrupeds which frequent it, the wild flowers which grow by its shores, or some wild man or child the thread of whose history is interwoven with its own.
(1854)

Now or never!
(1859)

All good things are wild and free.
(1862)

ÍNDICE

PRÓLOGO

Hace ya casi doce años escribí una serie de artículos para la revista *Quercus*, la publicación más acreditada de los naturalistas españoles. Pretendía poner a disposición de mis compañeros de pasión una serie de fugaces biografías, acompañadas de todavía más relampagueantes fogonazos del pensamiento, de algunos de los personajes históricos a los que considero antecesores de las entrañas ideológicas de quienes estudiamos y defendemos a la vida en su conjunto. Me incliné por escritores, filósofos o artistas dejando a un lado los científicos, aunque en no pocas ocasiones coincidieron ambas facetas. Sobre todo en la Antigüedad.

La semblanza de Thoreau ocupó la cuarta posición, tras Lao Zi, Epicuro y Unamuno... y antes de Octavio Paz, Miguel Delibes, Maeterlink o Goethe. Releí, entonces, el *Walden* que ya me había despertado veinte años antes. Tanto en una como en otra ocasión eché de menos saber más sobre Henry David Thoreau, por mucho que su obra, tan escasa como parcamente conocida, resulte en buena medida autobiográfica. Es decir, de ese sincero narcisismo inmaculado que a veces conquistan los solitarios. Esos que consiguen vivir la vida sin erradicar ni desterrar a la inmensa mayor parte de sus componentes y ofertas. Me refiero, en efecto, a los que practican la humildad de reconocerse hijos del humus: de la tierra.

Cuando Thoreau cumple su iniciación, prácticamente ascética, en buena medida inaugura dos corrientes que alimentarán los caudales del pensamiento ecológico de siglo y medio más tarde. Tampoco conviene olvidar que Thoreau es a su vez deudor de algunos planteamientos de las principales filosofías orientales, de Epicuro, Pitágoras y Séneca, entre otros. Nadie es sin sus raíces; nadie es sin sus frutos. De la mente de Thoreau aprendimos que la estimulación convierte al infinito en excrementos; que el consu-

mismo acaba siendo una insaciable maquinaria que deglute belleza y la convierte en pobres, feos y malolientes residuos. De ahí que la austeridad de lo inmediato quede sobradamente compensada por el esplendor de lo circundante, que en realidad se convierte en un alimento sin metabolismo. Cuando eso se entiende no cabe perpetrar el parricidio sobre el paisaje. La otra herencia, acaso de resonancias menos compartidas, es la de la soledad. La de que los grandes eventos, fruto de la contemplación, son el premio que reciben los solitarios. O al menos los que saben quedarse oportunamente aislados para que venga a visitarles la tímida Natura con sus mejores galas.

En medio de tan cruciales líneas maestras, el naturalismo del Thoreau convencional podría parecernos algo muy secundario, casi anecdótico. Pero quien no repara en la criatura, en el detalle de lo que palpita con modestia en medio de la inmensidad, tampoco está capacitado para comprender. Porque la especie que pone ante los ojos del naturalista a ese individuo que en un instante concentra la historia de la vida, es una respuesta de los millones posibles que se han dado en este mundo. Saber algo de tan minúscula identidad a menudo es lo que realmente nos conecta al derredor que lo hace posible. Es más, el interés y el consiguiente identificar –poner nombre– a quienes estás mirando no sólo entronca con el convencional panorama de la Biología, sino con la dimensión moral de la compasión o al menos de una cierta renuncia al uso de la violencia hacia el resto de lo viviente. De ahí que tantos pedagogos se hayan inclinado por la enseñanza de y en contacto con lo natural, pues afianzan al temperamento convencional.

Thoreau se interesó por los otros seres vivos, conocía bien a muchos y, como no podía ser de otra forma, acabó concentrándose en el estudio, contemplación y disfrute del bosque. Las arboledas concentran las más completas y complejas tramas y comunidades vitales. Son, por tanto, los lugares más idóneos para asomarse

al gran acontecer de lo viviente. Por eso Thoreau se emboscó y nos convirtió en emboscados a muchos, en todos los continentes. El movimiento ecologista mundial, con unos veinte millones de vinculados, no se explica sin conocer raíces tan principales como la del ejemplo de Thoreau, y mucho menos, por supuesto, cuando hay que acordarse de los orígenes de la resistencia pasiva, la desobediencia sin violencia.

Así por lo leído. Pero nadie había podido leer en español la intimidad de este autor, esa otra mitad que todos somos. La aportación que supone la primera biografía de H. D. Thoreau para nuestro ámbito cultural cumple y completa. El ameno, intenso y original trabajo de Antonio Casado da Rocha pone a nuestro alcance uno de los bienes más preciados para todos los que militan en la honestidad intelectual: nos hace comprender los motivos de una merecida admiración.

Joaquín Araújo

COSAS LIBRES Y SALVAJES
(a modo de introducción)

Henry David Thoreau fue naturalista, agrimensor, maestro de escuela y fabricante de lápices; hoy se le considera uno de los padres fundadores de la literatura norteamericana, profeta de la ecología y la ética ambiental, inventor de la desobediencia civil. La villa de Concord, el lugar donde nació en 1817, ha quedado inmortalizada en clásicos como *Walden* y en otros libros de Thoreau menos conocidos a este lado del Atlántico, pero que han viajado por el mundo bastante más que su autor. He viajado mucho por Concord, decía él.

Hace unos años, mientras escribía mi tesis doctoral en la Universidad del País Vasco, descubrí algunas curiosidades acerca de Thoreau y la acogida de su obra en los países de lengua española. Mi puerto de partida en ese viaje a saltos sobre el océano y los siglos fue el fondo de reserva del centro cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián, donde hoy se conserva la biblioteca del poeta Gabriel Celaya. Para poder trabajar en esa hermosa sala, el único lugar público en la ciudad con la tranquilidad y el silencio que yo necesitaba, tenía que solicitar algún libro del fondo, y un día elegí el ejemplar de *Walden* que figuraba en el catálogo. A partir de entonces, todas las mañanas de trabajo comenzaron con el ritual de entregar al funcionario de turno la solicitud para obtener ese libro. Me gustaba acariciar sus tapas, cubiertas con el reconocible estampado de la Colección Austral, y el tacto áspero de sus hojas se correspondía bien con las reflexiones de Thoreau, que me recordaban algún poema del propio Celaya. Esa edición de *Walden* tenía el interés añadido de ser una traducción de 1949 publicada en Buenos Aires por Justo Gárate, un médico humanista guipuzcoano. Me llamó la atención una de las frases subrayadas por el grueso trazo de Celaya:

si un enemigo toma la ciudad [Thoreau] puede, como el viejo filósofo, salir sin ansiedad por la puerta con las manos vacías.

Tal como confesaba el traductor Gárate a pie de página, él también había abandonado Bilbao en plena guerra civil cuando, en 1937, el enemigo tomaba la ciudad. Tras realizar un breve escrutinio, dijo, comprobó que el seguro de vida es inseguro, que el *necessaire* no es necesario y que lo importante es lo que llevamos bajo la piel; acto seguido se embarcó para la Argentina. Supe después que antes del exilio había estudiado en Alemania; allí, en el Freiburg in Baden de 1924, leyó por primera vez algo acerca de Thoreau en un estudio sobre Gandhi del escritor francés Romain Rolland. Años más tarde, en el momento de traducir *Walden*, Gárate se había establecido en Tandil, una serranía sobre la Pampa húmeda a trescientos cincuenta kilómetros de Buenos Aires, y ya participaba en la Thoreau Society, una asociación de estudiosos y entusiastas fundada en 1941 por Walter Harding. Tras hacerme socio yo también, pude saber que esa versión de *Walden* no fue la primera en Argentina, ya que cuatro años antes se había publicado otra traducción; pero Gárate añadió muchas notas, recabó información adicional sobre Thoreau de los agregados culturales de la embajada estadounidense y acudió para documentarse a los escritos de Domingo Sarmiento, un argentino que había visitado Concord en 1865. En 1969, su hija Nere Gárate completó una traducción de otra obra de Thoreau, la *Apología del Capitán John Brown*, para ser publicada en Buenos Aires por responder, dijo su padre, a un problema de relativa actualidad. Junto a esta noticia, Justo Gárate envió a la Thoreau Society toda una recopilación de menciones a Thoreau en el mundo hispanoamericano, comenzando por la del filósofo bilbaíno Miguel de Unamuno; tras examinar la bibliografía existente, Gárate concluyó que fue su paisano quien presentó por vez primera el nombre de Thoreau a los lectores en idioma castellano. Efectivamente, en

la revista *Nuevo Mundo* de Madrid, el 7 de septiembre de 1905, Unamuno declaró compartir

el desdén que E. D. Thoreau sentía hacia la prensa diaria y aquella su ocurrencia de que se comprometía a redactar un número con [un] año de anticipación, sin más que dejar los huecos para nombres y fechas.

La ocurrencia podía haberla leído en cualquiera de los dos libros publicados en vida por Thoreau, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (1849) y *Walden* (1854). El primero nunca se ha traducido al castellano; la primera versión del segundo data como mínimo de abril de 1907, cuando se tradujo el capítulo "Soledad" en el número II de la revista *Renacimiento Latino*, también publicada en Madrid. En ese mismo número, el poeta Antonio Machado escribió para la sección "Glosario" una reseña que termina así:

Renacimiento *cree de cierta actualidad espiritual la remembranza de este libro peregrino, en días en que andan los intelectos castellanos, por obra y gracia de unas cuantas comedias, soliviantados ante la supuesta contienda entre la vida que se vive y la que se lee.* Renacimiento *cree con Thoreau que dentro de toda vida completa está muy en su punto la lectura, y aun la interpretación de cuanto papel impreso y manuscrito –incluyendo en éste las cartas de amor– corre por el mundo; pero quiere que libros y cartas se lean, si es posible, al aire libre, porque el polvillo de las bibliotecas suele apolillar los corazones; el rumor de los pinos –¡y hasta Madrid tiene un pinar del dominio público!– subraya maravillosamente los pensamientos hondos y las rimas frágiles; hay quien no ha comprendido el oculto significado de un verbo, modelo de conjugación, hasta que le ha estudiado debajo de un árbol, y la más fugitiva palabra es parábola si se escucha cara al mar, comentada por la brava voz del agua que bate la peña. Leed, pues, intelectuales españoles, si aún no le habéis aprendido de memoria, el libro de este intelectual que soñó como latino y como sajón puso en práctica su sueño; en él aprenderéis cosas fragantes, enseñadas con toda la seriedad de un humorismo –que por esta vez no es melancolía– y caminaréis a través de sus páginas por vericuetos que muchas veces no sabréis si son de bosque o de alma, pero en cuya más recóndita encrucijada hallaréis*

la choza –pequeñita como todo lo bueno– en que, según palabras del propio ermitaño, "hay una silla para la soledad, dos para la amistad y tres para la compañía".

Aunque tal vez hubiera sido mejor traducir sociedad, *society*, donde Machado dice compañía, esta última cita procede de un capítulo de *Walden* distinto al publicado en la revista *Renacimiento*, lo que hace pensar que Machado conocía el libro entero; aun así, la obra de Thoreau no disfrutaría de mayor difusión hasta mediados de siglo, cuando Gárate publicó su versión de *Walden* en la editorial Espasa Calpe y apareció también la primera traducción castellana del ensayo de Thoreau sobre la desobediencia civil, esta vez en Chile. La tirada de este último se limitó a cien ejemplares en conmemoración de los cien años de la publicación del original (1849-1949), y fue reeditada por la prensa de la Universidad de Santiago de Chile en 1970. También aparecieron algunas antologías de escritos en Argentina y Costa Rica, pero en España hubo que esperar al final del régimen franquista para volver a saber de Thoreau: en 1975 apareció en una antología dedicada a los anarquistas; en 1976, Thoreau encabezaba otra dedicada a la no violencia como arma política y su *Walden* volvía a traducirse al castellano en Barcelona. En 1977, Justo Gárate regresó a Bilbao, donde fue nombrado Profesor Honorario de la Universidad del País Vasco; murió en Mendoza, Argentina, en 1994.

Cinco años después, yo no conseguía terminar la tesis y decidí pasar una temporada en un instituto de Nueva Inglaterra. Tenía propósitos más urgentes que historiar las traducciones al castellano de Thoreau, pero ese peregrino deseo de contemplar los paisajes acerca de los cuales hemos leído (qué filósofo no ha soñado con plantar el pie sobre la Acrópolis, o deslizarse por cierto seminario en la ciudad de Jena) me hicieron prometerme que, antes de regresar a Europa, yo también me daría un paseo por los bosques de Walden. El día en que me decidí a tomar el tren a Concord, 19

de abril, la pequeña población celebraba el Patriot's Day, conmemoración de la batalla que inició la Revolución americana. La villa me recordó un cuidado museo de figuritas y, en efecto, esa mañana no faltaban en sus calles soldados de uniforme: rojo los ingleses, verde los colonos. Ajeno al ruidoso desfile, busqué refugio en la biblioteca pública de Concord; allí pude saludar a la estatua sedente de Emerson y, tras descubrir que su parecido con la efigie de Lincoln que se encuentra en Washington no es casual, pues ambas son obra del mismo escultor, solicité un carné de lector en el mostrador. Superé las habituales cortapisas mostrando el pasaporte y aludiendo a ciertos contactos en Boston; finalmente conseguí sentarme ante una pila de libros de y sobre Thoreau. Semanas después regresé a Concord para visitar el cementerio de Sleepy Hollow y presentarle allí mis respetos. Era un seis de mayo, la misma fecha de su muerte en 1862, y había quedado en reunirme con un grupo de veteranos locales de la Thoreau Society. Tras unas palabras de saludo, alguien leyó su pasaje favorito e invitó a los demás a hacer lo mismo; excusándome por mi torpe inglés, yo saqué de la mochila un librito que me había dado Juan José Coy, un profesor de Salamanca, y leí lo que ahora traduzco:

¿Llamamos a esto la tierra de la libertad? ¿Qué sentido tiene liberarse del rey Jorge para continuar siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libres si no podemos vivir como personas libres? ¿Qué valor tiene la libertad política si no posibilita la libertad moral? ¿Es de la libertad para ser esclavos o de la libertad para ser libres de lo que fanfarroneamos? Somos una nación de políticos preocupados por la defensa de la libertad. Pero sólo los hijos de nuestros hijos podrán acaso ser realmente libres.

Al terminar pude percibir cierta desazón en mis compañeros, como si la lectura hubiera estropeado su celebración. Algo había de chocante en que este predicador de la pobreza voluntaria fuese objeto de homenaje en una de las comunidades más acomodadas de uno de los países más opulentos del mundo. Quizá por eso

Joyce Carol Oates ve en Thoreau al escritor más polémico de América (el supremo poeta de la duplicidad, la evasión y el misterio, así le describió) y Paul Auster encuentre en él a un estilista lleno de agudeza y energía mental, uno de los mejores prosistas en lengua inglesa, pero también algo más, pues su concepto de la *resistencia pasiva*, dice, ha dado la vuelta al mundo:

Thoreau influyó de manera decisiva en Tolstói, en Gandhi (que no habría existido sin él), en Romain Rolland, y sobre todo en el Movimiento de los Derechos Civiles de Martin Luther King.

Esa resistencia no fue tan pasiva como parece, pero tampoco me extrañó la fascinación de Auster por Thoreau y sus contemporáneos, como Herman Melville o su amigo Nathaniel Hawthorne. Cuando Thoreau terminó de escribir *Walden*, Melville acababa de publicar un cuento, *Bartleby el escribiente*; según el narrador de *Bartleby*, nada exaspera más a una persona seria que una resistencia pasiva, aunque tal vez, añade, esa persona procurará que su imaginación interprete lo que su entendimiento no puede resolver. Así Thoreau, tras resistirse por activa y pasiva a cualquier tipo de esclavitud o domesticación, continua hoy exasperando a las personas serias. Acaso sería necesario, pensé, reinterpretar su vida una vez más.

Fue entonces cuando decidí ensayar un retrato de Thoreau: una semblanza personal aunque fuese en miniatura. No deseaba limitarme a repetir lo ya dicho por Walter Harding, un profesor de literatura en Nueva York que recogió prácticamente todo lo que sabemos sobre él, sino más bien seguir el consejo de Mark Twain, que escribió que si una biografía prescinde de las pequeñas cosas y sólo menciona las grandes no traza en absoluto un retrato apropiado de la vida de un hombre. Para Twain lo importante era el detalle revelador: describir los verdaderos intereses del personaje utilizando para ello algún que otro incidente al que vincular sus emociones. No es tarea fácil, y la dificultad no sólo se halla en que, como escribió Thoreau, la grandeza de un gran personaje aparece de manera

bien distinta a gente diferente. Está también que escribir la biografía de un escritor es algo especialmente complicado, ya que los escritores acostumbran a ser muchas personas al mismo tiempo. Además, Thoreau vivió una época decisiva en la historia y la literatura de Norteamérica. En palabras de Auster, fue uno de los primeros en reparar en las contradicciones de los Estados Unidos, un país agrícola, de granjas y campesinos, que la industrialización iba a transformar poco a poco. Por medio del narrador de su novela *Leviatán*, Auster sugiere que desde entonces América ha perdido el rumbo:

Thoreau era el único hombre que sabía leer la brújula, y ahora que ha muerto no tenemos ninguna esperanza de volver a encontrarnos a nosotros mismos.

Como veremos, el mito Thoreau sigue vivo y todavía podemos encontrarnos a nosotros mismos en él. Ahora bien, para no malinterpretar ese *legado de protesta creativa* (así lo describió Martin Luther King) hay que entenderlo en sus propios términos, dentro del contexto formado por las cosas y las personas que importaban a Thoreau, y evitar ponerlo al servicio de otros fines. No me termina de satisfacer la interpretación del crítico literario Harold Bloom, para quien la obra de Thoreau es una mera revisión, si bien muy astuta y poderosa, del filósofo norteamericano del momento, Ralph Waldo Emerson. Es verdad que Thoreau creció intelectualmente a la sombra de un mentor cuya fama rebasó pronto el marco de los EE.UU., y que esa cercanía marcó tanto su escritura como su lectura posterior, pero no fue su único discípulo, ni tampoco el más famoso, pues la influencia de Emerson se extiende hasta José Martí o Friedrich Nietzsche, que solía viajar con un ejemplar de sus *Ensayos* en el baúl... Opté por imaginar a Thoreau mediante los seres que amaba, esas "cosas libres y salvajes", para así poder contar su vida siguiendo el hilo de mis lecturas y recuerdos, algo que Marguerite Yourcenar llevó a cabo de manera insuperable en sus *Memorias de Adriano*:

Reconstruir desde adentro lo que los arqueólogos del siglo diecinueve han hecho desde afuera.

Por supuesto, es imposible conocer con exactitud cómo pensaba o sentía un autor del pasado, y esto es especialmente cierto de Thoreau, que siempre fue muy selectivo con aquello que mostraba en público. Una reconstrucción como la que yo intentaba hacer, basada en materiales biográficos y textos del autor estudiado, no puede sustraerse al empleo constante de las conjeturas; por ello, llevado por el deseo de escribir sin academicismos (sin ataduras, como dijo Thoreau en *Walden*) fui eliminando todas las comillas y muchos de esos *quizá* y *probablemente* que suelen matizar los ensayos de naturaleza especulativa. Al fin y al cabo, Thoreau nunca escribió su autobiografía, ni falta que le hizo, pues para explicarse a sí mismo tenía un diario cuya longitud llegó a superar los dos millones de palabras: ésa es y será siempre su única biografía autorizada. Este diario no sólo era su taller de escritura, sino también una "tecnología del yo" que empleaba para dar razón y sentido a sus días. Al hacerlo cumplía con aquello que pedía de cada escritor, tarde o temprano: un relato sencillo y sincero de su vida, como si lo enviara a los suyos desde un país lejano; porque si ha vivido sinceramente, aclaró, ha tenido que ser lejos de aquí. Intentó vivir sincero y profundo en la Norteamérica del siglo diecinueve, extrayendo de la vida todo su jugo, y creo que tuvo éxito en la tarea: al menos Emerson dijo de él que consiguió vivir al día, sin ser mortificado por la memoria. Como lector, Thoreau no sentía mucha curiosidad por los héroes de las novelas, y le interesaba más la vida cotidiana de sus autores, que para él eran los únicos héroes de verdad. Observador tenaz y obsesionado por la autenticidad, otorgaba poco peso a los acontecimientos de los que se suele hablar en las biografías. Le resultaba difícil recordar en su diario las casas que había habitado, pero era consciente de que los biógrafos se dedican precisamente a establecer esos hechos, y de la indebida impor-

tancia que quizá les otorgan:

En mi diario compruebo que los acontecimientos más importantes de mi vida, caso de quedar registrados, no suelen llevar fecha.

Si fuera cierto que el carácter peculiar a cada uno se revela en cada gesto y cada acto, y así lo creía Thoreau, entonces bastaría con seleccionar bien esos rasgos para que el retrato fuera exacto. Tan preciso me resultaría incluir la visión que tenía de sí mismo (se consideraba un gran exagerador) como detalles en apariencia triviales, así que en beneficio de las pequeñas cosas que importan comencé a relegar numerosos eventos a una tabla cronológica, algo muy útil para no tener que salpicar el texto con excesivas fechas. Además de esa tabla, me hice con un mapa de la villa y alrededores de Concord, y empleé muchas tardes recorriendo esos lugares. Que el *Walden dos* de Skinner sea lectura obligatoria en muchas facultades como ilustración de la escuela conductista en psicología, unido a que esta obra sea una utopía, una obra de ficción sobre algo que todavía no ha lugar, hace pensar a mucha gente que *Walden* "uno" también lo es. Pero Thoreau no escribía ficciones ni utopías; Walden es un lugar tan real como literario. No recuerdo cuándo bajé a bañarme en la laguna por primera vez; quizá fuera en mayo porque el agua aún estaba fría, pero tan limpia que podía ver con claridad el fondo arenoso mientras nadaba. Como dijo una vez el escritor E. L. Doctorow, Walden es un lugar modesto, una simple laguna y un bosque cualquiera de Nueva Inglaterra, pero Thoreau lo convirtió en exactamente lo que debía ser, pues se representó a sí mismo como el Hombre Común, y eligió Walden para que fuese su Lugar. Su lugar con mayúsculas; su lugar propio, como escribió en su diario:

Si quieres conocer cómo pienso debes intentar ponerte en mi lugar.

Mas para volver a hacerlo ya no necesitaba regresar a Walden, pues basta con leer *Walden*, el libro, para experimentar lo que el antropólogo Roger Bartra ha descrito como el testimonio de un iti-

nerario hacia nuestra primigenia condición salvaje. En realidad, podría decirse que el motivo principal en toda la obra de Thoreau es una indagación de eso que en inglés llaman *wilderness*, palabra de difícil traducción al castellano que hace referencia a la naturaleza sólo habitada por las fieras y, si acaso, por hombres y mujeres silvestres. Esta naturaleza salvaje o desierta se refiere a un espacio interior y anterior a la civilización. Al igual que el personaje de Marlow en *El corazón de las tinieblas*, cuando rememora al comandante romano que llega tras penosas marchas a un país, la actual Inglaterra, donde le rodea

toda esa vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en las selvas, en el corazón del hombre salvaje,

Thoreau explora esa cualidad silvestre mientras busca río arriba un encuentro con ese corazón de los ancestros. Bartra concluye que su salvajismo es severo, disciplinado y sencillo, una fuente de peligros, pero también el origen de su libertad moral y política. Es importante recordar que cuando Thoreau se deja invadir por la naturaleza salvaje, no lo hace para proponer ese estado como un modo de vida, sino como un modelo para pensar y sentir la condición humana. En ese sentido, su punto de vista se asemeja al que adoptará Italo Calvino en *El barón rampante*: la soledad como artificio para examinar la naturaleza y la propia sociedad. La soledad de Thoreau no es, pues, la del misántropo eremita o la del hombre salvaje de las mitologías. Toda vida humana posee una dimensión social o comunitaria y una dimensión natural o biológica y, contra lo que pudiera parecer, Thoreau no niega ninguna de ellas. Más bien, identifica lo libre y lo salvaje como los dos polos de atracción en cada una de esas dimensiones, afirmando de paso que resulta imposible separarlas. Buscando trascender los límites de la experiencia humana, su pensamiento no admite fronteras entre lo físico y lo moral, y sin duda se sentiría cómodo con una curiosa imagen acuñada por el filósofo renacentista Francis Bacon en su bata-

lla contra Aristóteles, Platón y otros maestros del pasado. Tal y como la recoge Fernando Savater,

Bacon decía que las antiguas filosofías habían sido como animales domésticos criados en la seguridad clausurada del corral, pero que la filosofía del porvenir sería como un animal salvaje y libre, que corre sin respetar cercados ni fronteras a campo a través y busca donde puede su sustento.

Cuando Thoreau no había cumplido aún los treinta años, Marx y Engels afirmaron en su libro *La ideología alemana* (1846) que el mundo natural no es algo directamente dado para toda la eternidad, siempre el mismo, sino el producto de la industria y del estado de la sociedad. Thoreau propone una reflexión complementaria sobre la dependencia de lo social respecto de lo natural, e insiste en que nunca podremos preservar todas las cosas buenas de la humanidad sin proteger también las cosas buenas pero no humanas: lo salvaje. Este es un concepto tan ambiguo como ineludible, y no falta quien, como el poeta y ensayista Gary Snyder, encuentra en esta cualidad salvaje la naturaleza esencial de lo natural, algo cuya manifestación en la conciencia puede entenderse como

una percepción despierta, plena de imaginación, pero también fuente de una inteligencia alerta, necesaria para la supervivencia.

Aquí se hace necesario destacar el carácter precursor de Thoreau para el actual pensamiento ecologista. En particular, es manifiesta su influencia en Aldo Leopold, el padre de la *land ethic* o ética de la tierra. Leopold observó que las tradiciones éticas predominantes en occidente no daban consideración moral a los seres no humanos, y propuso romper con eso permitiendo la entrada en el *club moral* a la biosfera: a los animales, plantas, suelos y aguas. Quizá podría lograrse semejante cambio de valores, afirmó Leopold antes de su muerte en 1948, si valorásemos los seres artificiales, domésticos y recluidos, desde el punto de vista de los seres naturales. Algo semejante a lo que Thoreau escribió en *Walden*, cuando propuso que las lagunas de Concord fuesen rebautizadas

con nuevos nombres, tomados esta vez de los peces o las aves que las poblaban, o de

algún hombre o niño salvaje que haya trenzado el hilo de su historia con el de ellas.

El propio Thoreau tejió su vida a partir de muchos hilos, que a su vez formaban parte de otras vidas. (Si tiras del ovillo, acabas por encontrarle en los paisajes, los libros o las personas que amó.) Entender la mutua imbricación de lo natural y lo social, de lo libre y lo salvaje; trenzar el hilo de sus historias con el de las nuestras. Quizá ésta no sea una transformación fácil ni rápida, pero sí es posible, y de ello intentan dar fe las páginas que siguen. Pues en el mundo según Thoreau, como él dijo,

todas las cosas buenas son libres y salvajes.

COMPAÑÍA
(dramatis personae)

Amos Bronson ALCOTT (1799-1888), reformador trascendentalista y fundador de comunidades utópicas; creó en su jardín la Escuela de Filosofía de Concord y su hija Louisa May se convirtió en la famosa autora de *Mujercitas*.

Harrison Gray Otis BLAKE (1816-1898), maestro rural que tras abandonar su carrera religiosa se estableció en Worcester (estado de Massachusetts), mantuvo una intensa relación epistolar con Henry y heredó de Sophia su diario.

"Capitán" John BROWN (1800-1859), abolicionista radical y líder de una banda armada que intentó liberar a los esclavos por la fuerza; tras asaltar un arsenal en Harper's Ferry (Virginia), fue juzgado y condenado a muerte.

William Ellery CHANNING el Joven (1817-1901), que tras escapar de la Universidad de Harvard se convirtió en compañero de correrías de Thoreau. Abandonó a su esposa, hermana de Margaret Fuller, y escribió en 1873 la primera biografía de Henry.

Ralph Waldo EMERSON (1803-1882), escritor y filósofo trascendentalista. Rompió con su carrera religiosa y tras su segundo matrimonio se mudó a Concord (Mass.), donde aglutinó un influyente movimiento intelectual y artístico.

Lydia ("LIDIAN") Jackson Emerson (1802-1892), segunda esposa de Emerson y buena amiga de Henry, que vivió en su casa durante varias temporadas.

MARGARET FULLER-Ossoli (1810-1850), escritora, educadora y una de las primeras feministas norteamericanas. Tras dirigir la revista trascendentalista *The Dial*, viajó por Europa como corresponsal de prensa y se casó con un revolucionario italiano.

William Lloyd GARRISON (1805-1879), líder del movimiento abolicionista norteamericano y la Sociedad Antiesclavista, creó el periódico *Liberator* y vivió para ver la emancipación de los esclavos durante la guerra civil.

Horace GREELEY (1811-1872), periodista y en una ocasión candidato a la presidencia de los EE.UU., fundó y dirigió durante treinta años el *New York Tribune*, desde donde trató de promover la carrera literaria de Henry.

Nathaniel HAWTHORNE (1804-1864), escritor. Gracias a su mujer, Sophia Peabody, conoció al grupo de Concord, donde vivieron en la Vieja Rectoría.

James Russell LOWELL (1819-1891), compañero de Henry en Harvard, más tarde crítico literario y director de la revista *Atlantic Monthly*.

Franklin Benjamin SANBORN (1831-1917), otro maestro que a petición de Emerson abrió una escuela en Concord. Allí se convirtió en seguidor de John Brown y publicó la segunda biografía de Henry.

ELLEN SEWALL-Osgood, hermana mayor de uno de los pupilos de Henry, quien le propuso matrimonio. El padre de la novia vetó el compromiso y Ellen acabó casándose con otro.

CYNTHIA DUNBAR-Thoreau (1787-1872), madre de Henry, nació en Keene (New Haven) y se casó con John Thoreau en 1812. Convirtió su casa en una pensión tras establecerse definitivamente en Concord.

JOHN THOREAU (1787-1859), padre de Henry, nació en Boston pero su familia se mudó a Concord en 1800. Allí abrió su primer negocio (al que seguirían varios) en 1808.

HELEN Louisa Thoreau (1812-1849), hermana mayor de Henry, sus clases de música y pintura ayudaron a pagar los gastos de Henry en Harvard. Militante abolicionista.

JOHN Thoreau hijo (1815-1842), el hermano mayor y para muchos el más prometedor de los Thoreau. Él y Henry fueron inseparables.

SOPHIA Thoreau (1819-1876), hermana menor y albacea literario de Henry, abrió una escuela con su hermana donde impartía clases de botánica.



Trama 1: Henry D. Thoreau en 1856.

1856
(todos los días un dios)

Cuando se sentía nativo del universo, Thoreau se alegraba al descubrir los materiales con los que, decía, podrían hacerse un millón de Concords, Massachusetts, Estados Unidos, Américas. Así dispuesto, el primero de diciembre de 1856, como casi todos los días, salió de casa de sus padres para pasear con las botas engrasadas, pantalones de pana y un abrigo lleno de remiendos, reliquia de sus años en Harvard. Era su modo de emplear las tardes y buena parte de las mañanas.

Al día siguiente se dijo que debía guardar en casa su barca, que había permanecido boca abajo junto al río durante todo el verano. La distancia entre el porche trasero y la orilla del Sudbury no era grande, pero terminó cubierto de sudor y subió a su habitación del ático para cambiarse. Sobre la mesa pintada de color verde tenía un cuaderno: su diario, abierto en un apunte del pasado 18 de octubre. Antes de bajar, releyó un par de páginas:

Los hombres suelen exagerar el tema. Algunos son significativos y otros insignificantes. Yo creo que mi vida es muy hogareña y mis gustos, muy sencillos. Pena y alegría, éxito y fracaso, grandeza, miseria y en realidad todas las palabras de nuestro idioma no significan lo mismo para mí que para mis vecinos. Veo que me miran con lástima, que creen que es un mísero y aciago destino el que me hace caminar por estos campos y bosques y navegar solo por este río. Pero no puedo vacilar en la elección mientras encuentre aquí el único paraíso real. Mi trabajo es escribir, y no vacilo, aunque sé que ningún tema me parece demasiado trivial, según las pautas normales; porque el tema no es nada, hombres necios, la vida lo es todo. Lo que le interesa al lector es la profundidad y la intensidad de la vida agitada. Rozamos nuestro tema sólo en un punto que no tiene anchura, pero la pirámide de nuestra experiencia, o nuestro interés en ella, se apoya en nosotros en una base mayor o menor. Es decir,

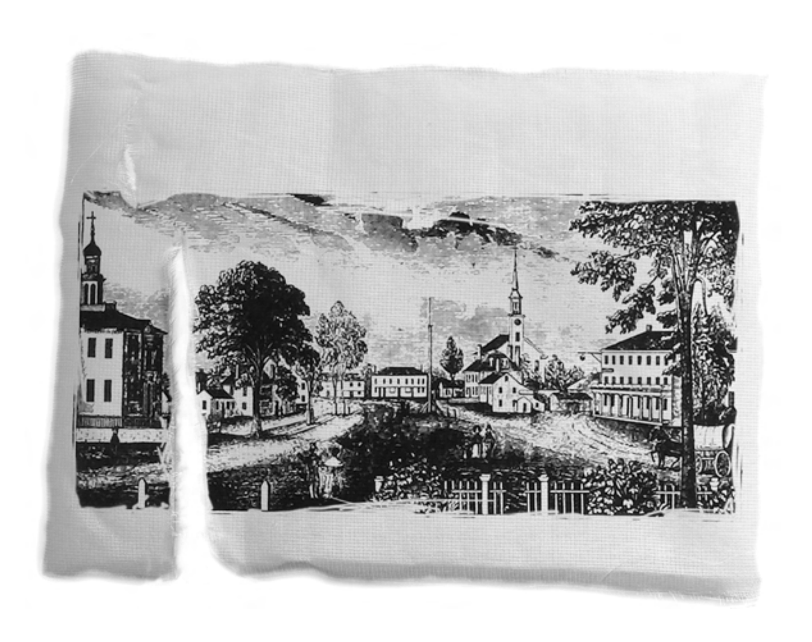
el hombre lo es todo en todos los sentidos, la Naturaleza nada, menos cuando lo saca y lo refleja. A mí dadme temas simples, sencillos y hogareños.

Rumiando estos pensamientos mientras salía de casa, se dijo a sí mismo que uno nunca puede caminar demasiado pronto sobre la nieve reciente. Dirigiéndose hacia el suroeste, dejó atrás las casas del centro de la villa; siguiendo el camino que unía las granjas de los alrededores, llegó junto a la línea férrea entre Boston y Fitchburg. No se oía un solo sonido; la única señal de vida eran las huellas de un cuervo sobre la nieve. Las vías trazaban una recta entre la blancura; intentó colocar un pie en cada traviesa y mantener el ritmo. Traviesa se dice *sleeper*, durmiente en inglés, y el juego de palabras no se le ocultó. Recordó entonces los primeros versos del *Canto a mí mismo* de Whitman, a quien había conocido en una visita a Nueva York con su amigo Bronson Alcott. No había olvidado aquel encuentro en un cuarto de Brooklyn: Walt Whitman, el mayor demócrata que el mundo haya visto, dijo Thoreau, le observó como un animal que no sabe cómo reaccionar ante un semejante. Mientras Alcott no dejaba de mirar aquel orinal aún por vaciar junto a la cama deshecha, Whitman les entregó un ejemplar firmado de la segunda edición de *Hojas de hierba*, el libro que había causado tanto escándalo, al que Thoreau correspondió con otro de su *A Week*. Whitman destacó muy satisfecho la carta impresa en la contraportada de su libro, donde el mismísimo Ralph Waldo Emerson saludaba al poeta en el inicio de una gran carrera, sin reparar en el orinal, ni mencionar que, como todos sabían, Emerson no había autorizado esa publicación.

Nadie recuerda que los días son dioses, había dicho Emerson, pero Thoreau entablaba correspondencia con ellos mañana y tarde. Llevaba seis años escribiendo un diario sin someter sus páginas al cortar y pegar de los primeros cuadernos. Trabajaba en él con regularidad, aunque a veces se limitaba a garrapatear algunas notas para luego, tal vez días después, pasarlas a limpio de una sen-

tada. En ese siglo diecinueve que le parecía tan inquieto y apresurado, llevar un diario era una forma normal y hasta pública de sosiego. Casi todos sus vecinos escribían (los Emerson, Hawthorne, Alcott) y a veces se intercambiaban los cuadernos para leer las observaciones ajenas. Thoreau anotaba sus impresiones como quien recoge plantas vivas, haciendo pasar las palabras de su experiencia a las páginas del diario, del diario a la conferencia pública, de la conferencia al libro de ensayos. Le gustaba que las palabras, como las verduras en el mercado, llegasen al libro con algo de tierra todavía entre sus raíces. Pensaba que ningún dios podría serle adverso, y no le entristecía tener cerrado el acceso al río durante una temporada. El hielo imponía una pausa a sus navegaciones, pero pensó que si ahora se veía obligado a guardar su barca, con más placer volvería a botarla en primavera. El 5 de diciembre, al llegar a casa, escribió en su cuaderno que no disfrutar de ninguna ventaja particular era su ventaja mayor, y concluyó entonces que todavía no se había repuesto de la sorpresa de haber nacido en el lugar más estimable del mundo,

y en su mejor momento.



Trama 2: La First Parish Church en el centro de Concord, 1841.

CONCORD
(el lugar más estimable del mundo)

Thoreau también se sentía nativo de Concord, y lamentaba no ser ya tan sabio como el día en que allí nació, un 12 de julio de 1817 en una modesta granja de las afueras. Esta tranquila villa fue el primer establecimiento de los puritanos en el interior del continente, a unos treinta kilómetros de Boston, y contaba por aquel entonces con tres calles de casas de madera, una iglesia, una posada con cárcel adyacente, y unos dos mil habitantes, dedicados en su mayoría a la agricultura en el fértil encuentro de los ríos Concord, Assabet y Sudbury. Fue el tercero de los cuatro hijos de Cynthia Dunbar y John Thoreau, y le bautizaron como David Henry, un nombre cuyo orden invirtió al regresar de la universidad. *Thoreau* se pronuncia en Concord casi igual que *thorough*, aunque Henry pronunciaba la erre un poco a la francesa, quizá por influencia de su padre, que aún no había perdido el acento de sus antepasados, hugonotes que se refugiaron en la isla de Jersey en el siglo diecisiete antes de emigrar al Nuevo Mundo. John Thoreau fue maestro en Boston hasta que su cuñado, el tío Charles, descubrió por accidente una mina de grafito en New Hampshire. Charles Dunbar era un viajero empedernido que cambiaba de empleo sin cesar y de vez en cuando aparecía dormido en la cocina para quedarse con los Thoreau durante unos meses. Ser el excéntrico de la familia no le impidió percibir el potencial del grafito como negocio, ni convencer al padre para abrir juntos una fábrica de lápices en Concord. Los resultados fueron tan buenos que pronto la familia entera se mudó allá y Henry comenzó a ir a la escuela pública de Concord con su hermano mayor, John hijo; allí los compañeros le consideraron el más solemne de los dos y comenzaron a llamarle *el Juez*. Para conseguir algo más de dinero, la familia se dedicó a alber-

gar pensionistas en casa (además de la tía Louisa Dunbar, que ya vivía con ellos desde 1830) y eliminó lujos como el azúcar y el té para que las niñas pudieran asistir a clases de música; el huerto suministraba buena parte de la dieta, pero se invitaba a merendar a los vecinos. Una mañana de enero el termómetro marcó doce grados bajo cero Fahrenheit en el exterior, unos veinticuatro bajo cero Celsius; en días así los niños permanecían en la cocina contando historias familiares: de cuando Henry fue coceado por un buey que pasaba, de la noche en que quiso acostarse sin quitarse las botas nuevas, de sus preguntas de niño serio, como

¿quién es el dueño de toda la tierra?

Esa sencilla vida doméstica fue perturbada por un pequeño cisma religioso cuando Henry tenía nueve años. Hasta entonces la villa entera era congregacionista: su única iglesia se gobernaba de modo autónomo, a diferencia de las regidas por una jerarquía de obispos. Aunque su punto de partida doctrinal era el calvinismo, en esos años algunas congregaciones de Nueva Inglaterra habían comenzado a disentir de la estricta ortodoxia. Las lideraba el tío de un amigo de Henry: William Ellery Channing, pastor de la iglesia de Federal Street en Boston desde 1803. Educado en Harvard, el tío Channing fue el portavoz de quienes no aceptaban la doctrina de la maldad inherente al ser humano; aquellos que, como dijo Milton, podrían ir al infierno, pero se negaban a respetar a un dios como el de los calvinistas. Su influencia alcanzaba más allá de lo espiritual y le llevó a denunciar el utilitarismo reinante y a sostener que la conciencia tiene prioridad sobre la conveniencia. En sus sermones y escritos, insistió en que el individuo no ha sido hecho para el estado, sino al revés, y que si se le ordenase servirle con actos degradantes (y aquí Thoreau pensaría en la esclavitud de los negros o la guerra contra México) nadie debería dudar ni un momento, pues por ningún bien externo se debe violar lo que Channing llamaba la ley interior. Con todo, nunca rompió del todo con el con-

gregacionismo y se pasó la vida enredado en la polémica que, ya desde el primer Gran Despertar del sentimiento religioso hacia 1740, dividía a los congregacionistas de Nueva Inglaterra en dos bandos: el tradicional y el liberal, también llamado unitario por reunir a aquellos que rechazaban el dogma de la trinidad. Contrarios en este punto a la tradición congregacionista, los unitarios comenzaron a alejarse tanto de la ortodoxia de la inevitable maldad humana como del recurso a las emociones fáciles de los movimientos reformistas de la época. Para evitar tanto el frío dogma como el entusiasmo ciego, los unitarios terminaron por defender ante todo la capacidad individual para discernir la vida buena. Thoreau se educó en esa teología en la que cada persona podía descubrir, mediante el uso de los sentidos y el ejercicio de la razón, las leyes de un universo benévolo por naturaleza. La revelación no tenía más función que la de confirmar esos hallazgos, y por eso se desconfiaba de las iluminaciones repentinas que, llegando sin esfuerzo, difícilmente traían consigo un cambio de mentalidad permanente. En las primeras décadas del siglo diecinueve Boston se había convertido en la ciudad más moderna de la nación, y los unitarios tomaron el control de la cercana universidad de Harvard para convertirla en su centro intelectual. El unitarismo se convirtió entonces en la religión de los ciudadanos más acomodados de Boston, cuya liberalidad quedaba siempre atemperada por un sólido conservadurismo en todo lo referente a las convenciones sociales.

En cuanto al cisma, lo que ocurrió en 1826 es que un grupo de parroquianos de la primera iglesia de Concord, la Parish Church, se negó en público a abandonar el dogma de la trinidad y formó su propia iglesia, la Trinitarian Congregational Church. Entre los disidentes se encontraban las tres tías paternas de Thoreau: Elizabeth, Jane y Mary. Su madre, Cynthia, pertenecía a la iglesia unitaria desde 1811, pero las tres cuñadas consiguieron ganarla para la causa trinitaria. No obstante, su candidatura fue rechazada por la

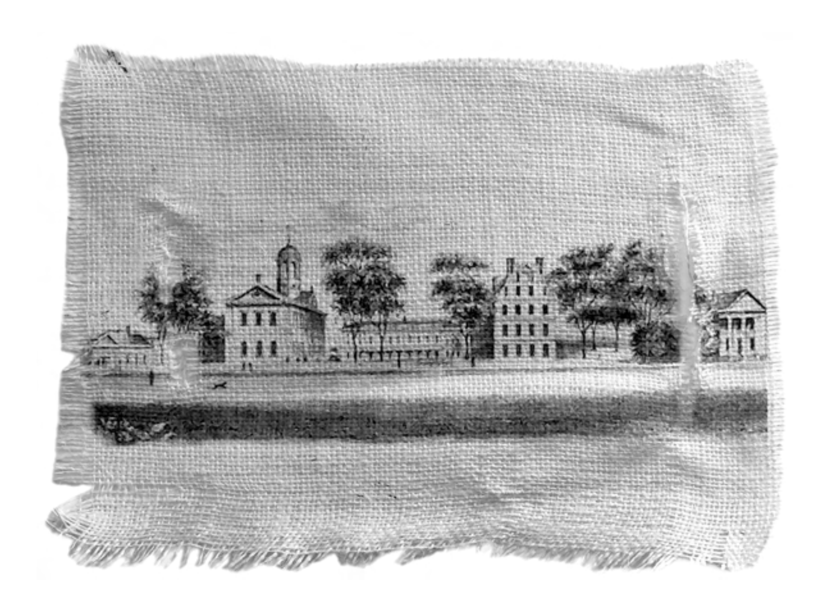
nueva congregación, quizá porque ella no se mostró dispuesta a aceptar del todo la nueva ortodoxia, o porque la iglesia no estaba dispuesta a tolerar su conocida independencia de criterio. El caso es que Cynthia Thoreau regresó a la First Parish Church y desde entonces se mantuvo fiel a ella.

Dos años después, John y Henry ingresaron en la Academia de Concord, una escuela mixta creada por iniciativa privada en 1822. El único profesor, Phineas Allen, había sido huésped en la pensión de los Thoreau. Cynthia deseaba dar la mejor educación posible a sus hijos y lo consiguió, aunque las tasas académicas tuvieron que pesar mucho en la magra economía familiar. Allen les enseñó a leer en su lengua original a Virgilio, Salustio, Cicerón, Cesar, Eurípides, Homero, Jenofonte, Voltaire, Molière y Racine. También había clases de geografía, historia, ortografía y gramática, astronomía, botánica, álgebra, historia y matemáticas. Se conserva una redacción de aquella época, titulada *Las estaciones*, escrita por Henry a los once o doce años; es destacable por la curiosa manera en la que emplea la palabra *ahora*:

Ahora vemos cómo el hielo comienza a derretirse, ahora el invierno comienza a ceder paso a la primavera, ahora vemos un hermoso paisaje. Ahora es la parte más bonita del año. Ahora comienza a formarse el fruto, ahora los granjeros empiezan a hacer sus planes para el otoño, ahora vemos el suelo cubierto de nieve...

El ciclo de las estaciones y el *carpe diem* se convirtieron en dos de los grandes temas de su obra. Más de veinte años después, Thoreau escribiría en su diario la siguiente invitación a recuperar ese presente total de su infancia:

¡Ahora o nunca! Debes vivir en el presente, lanzarte con cada ola, encontrar en cada instante tu propia eternidad. Los necios se quedan con sus oportunidades como en una isla, mirando hacia la otra orilla. No hay otra orilla; no hay más vida que ésta, u otra semejante a ésta. La buena tierra se encuentra allá donde esté el buen granjero. Toma otro rumbo y tu vida no será más que una sucesión de lamentaciones.



Trama 3: Harvard en 1833, el año en que Thoreau se matriculó allí.

HARVARD
(muchas ramas y ninguna raíz)

Cambridge, la ciudad universitaria separada de Boston por el río Charles, era en 1833 una población pequeña, casi rural, con calles flanqueadas por olmos, tilos y castaños de Indias, y bosques y campo abierto a pocos minutos de distancia. El colegio universitario de Harvard, oficialmente un centro unitario, consistía en una serie de modestos edificios de ladrillo rojo: residencias, aulas, una capilla y la biblioteca que, en opinión de Thoreau, redimía todo lo demás.

Un día lectivo comenzaba en Harvard a las seis de la mañana (en invierno, media hora antes del alba), cuando todo el colegio se reunía para rezar en la capilla sin calefacción. Tras las plegarias, los alumnos repasaban sus lecciones antes del desayuno, que consistía en café, bollos calientes y mantequilla, aunque algunos conseguían recuperar las lonchas de carne que habían dejado clavadas bajo la mesa desde la cena. De diez a doce todos los estudiantes recitaban o escuchaban lecciones. Después de comer, más clases y plegarias vespertinas a las seis, o al ponerse el sol en invierno. Se cenaba té y bocadillos de pan duro. A las ocho o nueve sonaba el toque de queda; quien rompiese el silencio recibía la visita del encargado y, en caso de ofensa grave, era amonestado en privado o en público. La vida académica estaba regida por un sistema inventado por el rector Josiah Quincy: los estudiantes ganaban puntos por asistencia a clase y los perdían por mala conducta. El cómputo incentivaba la competición, la repetición de memoria y la aceptación de la autoridad. Tanto, que en marzo de 1834 las cuatro promociones de alumnos solicitaron al claustro su abolición, por fomentar la envidia y el aprendizaje superficial. En el curso de Thoreau treinta y ocho estudiantes firmaron la petición, pero no recibieron respues-

ta alguna. El descontento creció hasta que un incidente puso el colegio patas arriba. El lunes 18 de mayo, el profesor de griego informó al rector de que en la clase de Thoreau un alumno se había negado a recitar la traducción que tenía asignada. Cuando le ordenó que lo hiciera, el estudiante cerró su libro y respondió:

No reconozco su autoridad.

Se le exigió entonces que pidiese disculpas al profesor, pero se negó a hacerlo y abandonó la universidad. Durante la noche del miércoles, el aula de griego fue desmantelada por un grupo de estudiantes que destrozaron muebles y ventanas. Al día siguiente, toda clase de ruidos procedentes de los bancos del alumnado perturbaron las plegarias matinales y vespertinas. Por la noche, desconocidos atacaron con piedras a la patrulla establecida para salvaguardar la propiedad universitaria. En una decisión sin precedentes, el rector decidió llevar a los responsables de los desórdenes ante la administración civil de justicia y, con sólo tres excepciones, el segundo curso fue expulsado durante tres meses.

Thoreau no participó en esa revuelta. De los sesenta y tres estudiantes de su promoción, se encontraba entre los diecinueve que se licenciaron sin haber sido sometidos por una razón u otra a la disciplina académica durante los tres años de estancia en Harvard, que para él fueron cuatro, pues tuvo que ausentarse por enfermedad durante varios períodos. Durante todo ese tiempo se mantuvo lejos de cualquier protagonismo. Aunque usaba un abrigo verde en el campus cuando las normas estipulaban el color negro para esa prenda, eso nunca se consideró una ofensa, pues las autoridades sabían que Thoreau no vestía de color verde para infringir las normas, sino porque no podía pagarse un abrigo nuevo. Cuando un hijo de familia rica como James Russell Lowell apareció vestido de marrón, Quincy le llamó de inmediato al orden. Por otra parte, cuando no estaba en la biblioteca Thoreau se dejaba llevar por la atracción que ejercían sobre él las riberas del río y los campos cer-

canos a Cambridge; eso no mejoró precisamente sus resultados académicos y tuvo que andarse con cuidado para conservar la beca que le permitía estudiar. Había descubierto que en los alrededores había más clases de pájaros que en Concord. Quizá fuese porque en el interior los granjeros dominaban el terreno, aunque Thoreau se inclinaba a pensar, y así se lo explicó más tarde a un naturalista, que en un entorno urbano las aves encuentran más comida y protección. O tal vez fuera porque el menor número de árboles en Cambridge traía consigo una densidad mayor de pájaros. O porque, si uno observa con atención y tiempo suficiente, la naturaleza salvaje puede encontrarse en los lugares más insospechados.

Harvard le dejó un insaciable apetito lector. Una vez que paseaba con el joven Channing por Dunstable quiso leer la historia que de esa villa había escrito un erudito local; para satisfacer su ansia no se le ocurrió otra cosa que llamar a la mejor casa del pueblo y preguntar a la muchacha que abrió la puerta si poseían el libro en cuestión. Así era; ella se lo enseñó. Tras consultar el ejemplar, y para no tenerla esperando en el umbral durante más tiempo, le preguntó si no se lo venderían. La muchacha sonrió sorprendida, pero acabó por entregarle el libro a cambio de una modesta suma, tras lo cual los dos amigos continuaron el camino con nuevos bríos.

Se dice que Thoreau llegó a rechazar su diploma de Harvard, pero no fue el de bachiller, que aún se conserva guardado en algún sitio, sino uno de *Master of Arts* que la universidad concedía automáticamente a todos sus bachilleres pasados tres años de la graduación, siempre y cuando pagasen cinco dólares. Más de la mitad de los graduados de su promoción pagaron esa suma, pero él dijo que a cada oveja le basta con su propia piel, y se negó a acumular más pergaminos. Eso sí, su expediente le permitió tomar parte en la ceremonia de graduación junto con otros dos estudiantes. El título del discurso que preparó para la ocasión es memorable:

El espíritu comercial de los tiempos modernos, considerando su influencia en el carácter político, moral y literario de una nación.

En la parte que le tocaba del acto, subió al estrado y se dedicó a denunciar el creciente apego de sus conciudadanos por los bienes materiales. Ante compañeros y profesores continuó el discurso con la declaración de intenciones que animó toda su vida:

Que los hombres sigan con autenticidad el camino que les indica su naturaleza y cultiven los sentimientos morales, viviendo vidas independientes y virtuosas; que hagan de las riquezas medios para la existencia, nunca fines, y no volveremos a escuchar una palabra sobre el espíritu comercial. El mar no va a detener su movimiento; la tierra seguirá siendo tan verde y el aire tan puro como siempre. Este curioso mundo que habitamos es más maravilloso que conveniente, más hermoso que útil; está más para ser admirado y disfrutado que para ser utilizado. El orden social de las cosas debería invertirse en cierto modo: el séptimo debería ser el día de labor en que el hombre se gane el pan con el sudor de su frente; los otros seis, su descanso dominical para el alma y los sentidos, para poder recorrer este amplio jardín y beber de los sutiles influjos y las sublimes revelaciones de la naturaleza.

Cierto es que pudo poner en práctica ese credo durante sus años de universidad gracias a las becas que recibía a cambio de buenos resultados académicos. También pasó sus apuros cuando éstos fueron malos, y tuvo que pedir ayuda al influyente Emerson para que abogase a su favor ante el rector. Quincy respondió a su solicitud con una carta en la que describía la conducta general de Thoreau como satisfactoria, atribuyendo los baches en su rendimiento a la enfermedad que comenzaba a aquejarle. Pero los instructores debían de haberle advertido de cierta indiferencia en su actitud, pues añadió que Thoreau había desarrollado ciertas opiniones propias acerca del sistema de emulación y calificaciones, y que eso podía haber causado cierta disminución en su empeño y hasta en sus ejercicios. No obstante, Emerson insistió hasta que Quincy presentó el caso ante una instancia superior que finalmente renovó la ayuda. Así y todo, cuando Emerson dijo con orgullo

que Harvard impartía todas las ramas del saber, Thoreau le contestó con cierta arrogancia:

Sí, muchas ramas y ninguna raíz.

Emerson podría haber respondido a su vez que al menos Harvard le había dado la oportunidad de conocerle a él, un verdadero pensador radical, alguien que planta semillas. En su lugar, le hizo una pregunta:

¿Qué estás haciendo ahora?

Y luego otra:

¿Llevas un diario?

Era un 22 de octubre de 1837. Ese mismo día Thoreau se hizo con un cuaderno y redactó la primera entrada transcribiendo aquella breve conversación. Así comenzó su diario, con una llamada a la aventura de poner en práctica y por escrito lo que ya estaba aprendiendo con Emerson. Años más tarde, un amigo de ambos, Frank Sanborn, añadió que la amistad nació gracias a Lucy Brown, y es cierto que la relación se hizo menos académica y más familiar cuando, tras ser abandonada por su marido, esta cuñada de Emerson se alojó en la pensión de los Thoreau. Henry tenía veinte años y Lucy le doblaría en edad, pero Emerson venía a visitarla todos los días a su cuarto, que también era la biblioteca de casa, y así comenzaron a intimar los tres. Un día Henry envió a Lucy unos versos atados a un ramo de violetas recogidas por el campo. Era uno de sus primeros poemas, escrito en un metro ya casi olvidado. El título es *Sic Vita*, así es la vida, y en él Thoreau se describía como un manojo desarraigado de violetas y hierba. El poema continuaba desarrollando la imagen del ramo, ligándola con el tema de la soledad y fragilidad de lo que se sabe efímero; aquí florezco una hora breve, escribió Thoreau, sin ser visto, absorbiendo mis propios jugos, plantado en un jarrón vacío...

Yo soy un haz de esfuerzos vanos
que en un ramo al azar atados

van de aquí para allá; su trama
es tan liviana que, me temo,
sólo se hizo para el buen tiempo.

Emerson le dijo que sus versos mejorarían si se tomase la tarea de corregir con más paciencia, pero para entonces Thoreau ya estaba inmerso en otros experimentos, en prosa y también en amores.



Trama 4: Ellen Sewall hacia 1840.

ELLEN
(el amor sin remedio)

Un licenciado por Harvard podía escoger su futuro entre cuatro carreras: la religiosa, la jurídica, la médica o la docente. Cuando todavía era un estudiante, Thoreau preguntó a su madre cuál escoger. Ya puedes hacer el petate, le respondió, y marchar por el mundo para hacer fortuna. La broma le hizo saltar las lágrimas, pero su hermana Helen le consoló:

No, te quedarás en casa y vivirás con nosotros.

Y así fue. En cuanto regresó de la universidad, la escuela pública de Concord le ofreció trabajo como maestro. No todos sus compañeros de promoción tuvieron tanta suerte, ya que el país estaba sufriendo una grave crisis económica. Sus hermanos habían impartido clases para pagarle los estudios; Henry no pudo menos que aceptar la oferta. Tampoco le faltaba experiencia, pues en 1835 había pasado más de un trimestre dando clases en Canton, una pequeña población de Massachusetts donde vivió con Orestes Brownson, un trascendentalista con quien aprendió alemán.

Todo fue bien durante las dos primeras semanas del curso, pero cuando un miembro del consejo escolar visitó su clase, la encontró demasiado bulliciosa y le advirtió que, de no utilizar la correa, los alumnos se le echarían a perder. Thoreau rechazaba ese método desde el principio; al comprobar que no podía ejercer como profesor según sus propios criterios, presentó su dimisión una vez terminada la semana lectiva. No sería nada fácil volver a conseguir un puesto de trabajo como ése, de modo que comenzó a trabajar en la pequeña industria familiar del grafito. Los fabricantes norteamericanos no conseguían igualar la calidad de los lápices Faber importados de Alemania, así que Thoreau hizo una excursión a Harvard y en la biblioteca descubrió la causa del problema: el gra-

fito local era excelente, pero los alemanes utilizaban una arcilla especial en la mina del lápiz. Como también descubrió que la New England Glass Company importaba esa misma arcilla para otros propósitos, no le resultó difícil conseguir la materia prima y adaptar el método alemán hasta obtener los primeros lápices americanos de primera calidad. A consecuencia de las mejoras, la fábrica de lápices se amplió hasta cubrir una serie de cobertizos detrás de la casa Parkman en la carretera de Sudbury. Allí los Thoreau fabricaban también papel de aguas y de lija, y hasta llegaron a reparar relojes, pero el éxito de los lápices les permitió concentrar su labor en el grafito, a pesar de que el fino polvo levantado por las máquinas no podía ser muy bueno para los pulmones de la familia.

En verano de 1838, tras otro intento fallido de buscar trabajo como maestro en Maine, Henry tomó la decisión de abrir su propia escuela privada en casa. Los alumnos afluyeron en tal cantidad que John, su hermano mayor, tuvo que ayudarle en las tareas docentes, y acabaron por reabrir la vieja Academia de Concord. Cuando un niño ingresaba en esa escuela, los hermanos le llevaban aparte para preguntarle por qué venía a la Academia. Si respondía que deseaba aprender latín, álgebra y lo demás, le hacían esta proposición con toda seriedad:

Si realmente quieres aprender esas cosas, nosotros te las enseñaremos, si sigues nuestras reglas y prometes entregar tu mente al estudio; pero si sólo vienes a jugar y hacer el vago, o a ver cómo estudian los otros, no te querremos como pupilo. ¿Prometes hacer lo que te pedimos? Si es así, nos esforzaremos en transmitirte todo lo que sabemos.

Meses antes, convencido de que podría hacer de la educación algo agradable tanto para el profesor como para el escolar, Thoreau había explicado su método en una carta a Brownson: la disciplina que creamos para la vida en el aula, escribió, no debería ser diferente en la calle; si es que queremos serles de provecho, tendríamos que esforzarnos en ser compañeros de nuestros alumnos,

y aprender no sólo con, sino también de ellos. Además del currículum habitual, los hermanos Thoreau les enseñaban a conocer y apreciar el paisaje; hacían excursiones por tierra y en bote, y buscaban vestigios de los indios que antaño habitaban la zona. No había castigos físicos, pero la disciplina no fue problema, y además la actividad educadora de Thoreau nunca se limitó a las clases, ya que impartió al menos setenta y cinco conferencias públicas. Según un pequeño esbozo autobiográfico, la primera tuvo lugar el 11 de abril de 1838 ante el Liceo de Concord, que se reunía en el Templo Masónico. Titulada *Society*, de esta conferencia no quedan más que los fragmentos que aún permanecen en el diario. En esas notas Thoreau recuerda las enseñanzas de Channing, el viejo unitario, y comienza a describir la suya como una sociedad de masas. El 18 de octubre le eligieron secretario del Liceo, cargo que ocupó hasta el final de 1840, y participó mucho en la vida pública de Concord durante todos esos años. El 27 de enero de 1841 defendió con John y contra Alcott la posición afirmativa en un debate sobre si es adecuado ofrecer resistencia activa. Los dos hermanos ganaron la partida a Alcott, que era pacifista por naturaleza. A las pocas semanas Thoreau tuvo que interrumpir su actividad pública; confinado en casa por la bronquitis hasta el mes de marzo, le invitaron a la granja de Brook Farm, un experimento comunitario de corta vida, pero declinó la oferta: para toser a gusto, dijo, mejor un piso de soltero en el infierno que una pensión llena de ángeles. Se reafirmaba en su vocación de solidario solitario.

Dos años antes, el 17 de junio de 1839, en la pensión regentada por su madre, la viuda de Joseph Ward y su hija Prudence esperaban la visita de su nieto y sobrino Edmund Sewall, de once años. Cuando llegó, Henry se encargó de llevarle de excursión a los Cliffs, unos riscos pedregosos sobre el hermoso ensanchamiento del río Sudbury conocido como Fair Haven Bay. También navegaron por el río Concord y visitaron Walden. Para Thoreau fue como

verse otra vez descubriendo la belleza de los bosques y la laguna, y se encariñó con el muchacho hasta el punto de enviarle algún poema. Entonces los padres de Edmund enviaron a Ellen Sewall, su hija de diecisiete años, a Concord para que pasase un par de semanas de julio con su hermano, los Thoreau y y las señoras Ward. Henry tenía veintidós años recién cumplidos y, al ver a Ellen, olvidó por completo a Edmund y comenzó a escribir poemas para ella desde el mismo día de su llegada, versos que nunca pasarán de las páginas del diario a los anales de la literatura, pero bastante inequívocos en la expresión de sus sentimientos. Para el 25 de julio, Thoreau se encontraba ya más allá de la poesía y sólo pudo escribir una frase:

No hay remedio para el amor, salvo amar más.

La única ocasión en que renunció a complacer a Ellen fue cuando ella le pidió que la acompañase al servicio religioso. Thoreau se negó en redondo y le explicó que su lugar de culto se encontraba de puertas afuera. No obstante, Henry no había sido el único que se fijó en Ellen; su hermano John se las arregló para mantener correspondencia con ella hasta el 31 de agosto, cuando los dos Thoreau aprovecharon lo que quedaba de las vacaciones para emprender la excursión de dos semanas en bote que más tarde se convertiría en el argumento del primer libro de Henry. Durante las vacaciones de Navidad los Thoreau y la tía visitaron a los Sewall; siguieron regalos y más poemas por correo, y en marzo de 1840 Edmund ingresó en la escuela, en la pensión y casi en la familia de los Thoreau. En junio, Ellen regresó a Concord y Henry volvió a pasear con ella. Al final de las vacaciones, John le propuso matrimonio y Ellen aceptó, pero al llegar a casa se arrepintió y le contó a su madre que prefería a Henry. Su madre insistió en cancelar el compromiso, pues rompería el corazón del señor Sewall, un unitario de la vieja escuela a quien no le gustaba el ambiente excesivamente liberal de Concord. Sabedores del interés de su hija por los

Thoreau, los padres enviaron a Ellen a pasar el resto del verano con unos familiares de Nueva York, y Henry esperó hasta noviembre de 1840 para declararse a Ellen con una carta. Esta vez ella consultó a su padre antes de contestar. Éste le ordenó por escrito que regresara inmediatamente a su casa de Scituate, pero no sin antes responder al señor Thoreau de la manera más breve, explícita y fría que fuese posible. Lo hizo con premura, aunque declaró en su descargo que jamás se había sentido tan mal.

A la hora de rechazar a los Thoreau, quizá Ellen tuviera ya en cuenta a Joseph Osgood, un joven pastor unitario con quien se casaría en 1845. Años más tarde, contaría a sus hijos que rechazó a Henry para no aumentar el sufrimiento provocado por su error con John; pero tal vez fuese que su corazón, como el de muchas mujeres de su tiempo, era una mercancía que pertenecía a papá. Con las mujeres excluidas por completo de la vida pública y la toma de decisiones, sólo entonces comenzaba a hablarse en favor del sufragio femenino. Hubo que esperar a 1848 para que dos abolicionistas, Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton, proclamaran que los derechos de las mujeres sufrían casi tanto menoscabo como los de los esclavos negros y actuasen en consecuencia. Mientras tanto, el de 1840 fue un noviembre triste para Thoreau, pero no tardó en rehacerse. A primeros de diciembre describe en el diario cómo su cuerpo se llena de vigor a la vista de las piñas y las agujas del pino en el aire helado, a pesar de que, escribió, nuestra vida sin amor sea como carbón y cenizas. Más adelante Thoreau llegaría a trabar amistad con otras mujeres, pero siempre desde la segura distancia que le daba la diferencia de edad o de estado civil. Pensaba que el corazón es siempre inexperto, y cuando le propuso matrimonio Sophia Ford, la preceptora de los hijos de Alcott, Henry rechazó la oferta con determinación, y nunca se volvió a enamorar de una mujer casadera.

En julio de 1841 escribía a Lucy Brown desde las colinas, a

donde iba para ver ponerse el sol del mismo modo, dijo, que otros regresan a casa por la tarde. En septiembre de ese mismo año Thoreau consideraba en su diario la posibilidad de un poema que tuviese por nombre *Concord*. Tendría como argumento, escribió, el río, los bosques, las lagunas, las colinas, los campos, las ciénagas y las praderas, las calles, los edificios y los vecinos; luego la mañana, el mediodía y la tarde, primavera, verano, otoño e invierno, el veranillo de San Martín y las montañas en el horizonte. Aunque sus oficios fueran muchos, en toda su vida Thoreau no hizo otra cosa que intentar escribir ese poema. Tras cerrar la Academia a causa de la mala salud de John, aceptó una oferta de los Emerson para residir en su casa, pagándose el alojamiento como jardinero y encargado de mantenimiento. Allí pasó dos años leyendo y escribiendo con entera libertad, reorganizando el diario y comenzando a compilar su primer libro. Escribió también algunos poemas y ensayos que publicó en *The Dial*, la revista del círculo intelectual de Emerson, con quien iba fortaleciendo la amistad tras compartir una serie de desgracias.

El día de Año Nuevo de 1842, mientras se afeitaba, su hermano John se rebanó ligeramente un dedo con la navaja. No pensó más en ello hasta que la herida se hubo gangrenado, y al día siguiente sufrió una infección galopante de tétanos. El médico llegado de Boston le dijo que se preparase para una muerte rápida y dolorosa. John hijo se despidió de sus amigos y Henry se hizo cargo de él hasta que murió en sus brazos el 11 de enero. No lloró ni rompió la calma en ningún momento, pero se pasó dos semanas en la cama, recuperándose de los mismos síntomas de la infección que se llevó a John y sin haberse hecho un rasguño, como si quisiera acompañarle en su trance. Más tarde le escribió a Lucy que ya no quería volver a ver al John que murió, sino a la persona en la que él hubiera deseado convertirse. El 27 de enero, cuando comenzaba a recuperarse, el hijo menor de Emerson, el joven Waldo,

murió de escarlatina a los cinco años. Emerson quedó destrozado, y Thoreau le aconsejó que actuase como lo haría la naturaleza, pensando como un árbol, pues ella encuentra a los suyos sin pérdida alguna, una y otra vez, siempre bajo nuevas formas; la muerte, le dijo, puede llegar a ser hermosa si se la concibe como una ley necesaria; no un accidente, sino algo tan común como la vida. Si la naturaleza no conoce la muerte, añadió, hagamos que nuestra queja sea semejante a los suspiros del viento sobre los campos, que ningún arbusto interpretaría como dirigidos a su caso particular. Tiempo después, cuando un día de invierno los dos amigos salieron juntos a patinar con el escritor Hawthorne, que también se había instalado en Concord, Thoreau danzaba ditirambos y daba saltos dionisíacos sobre el hielo mientras Hawthorne se movía grave y majestuosamente, como una estatua griega autopropulsada; Emerson, cargado de hombros y demasiado cansado como para mantenerse erecto, cerraba el trío con la cabeza baja y medio flotando en el aire.



Trama 5: Ralph Waldo Emerson.

EMERSON
(el hechicero de la tribu)

Una tarde de noviembre Emerson y Thoreau caminaron juntos hasta los bosques de Walden, donde aquél estaba pensando en comprar algunas tierras para salvar los árboles de la especulación. Henry le entretuvo quejándose de los terratenientes que cercaban sus campos:

No respetaré ninguna cerca en cuya construcción no haya participado, pues supongamos que antes de mi nacimiento alguien hubiese comprado todo el planeta: ¿habría adquirido entonces el derecho a expulsarme de la naturaleza? No, no he sido informado de esos arreglos, tampoco me siento llamado a consentir a ellos, y por lo tanto cortaré mis cañas de pescar sin preguntar quién tiene más derechos que yo sobre el bosque. ¿No me pertenece el mundo tanto como a cualquier otro?

Emerson no estaba tan seguro de querer saltarse las normas, o las cercas, pero le dejó abierta la puerta de su bien dotada biblioteca y le presentó a muchos de sus amigos. Así, a finales de julio de 1842, conoció Thoreau un día a William Ellery Channing II, sobrino del pastor unitario del mismo nombre. El joven Channing fue el más fiel compañero de Thoreau, pero todo Concord sabía que era un personaje impredecible. Malcriado por un padre demasiado indulgente, decían, tras una breve experiencia en Harvard abandonó los estudios para vivir por un tiempo en una cabaña de Illinois. Tras casarse con una mujer de Concord, se estableció allí en 1843, justo cuando Thoreau partía hacia Staten Island, Nueva York. Hawthorne dijo que Concord salía perdiendo con el cambio; su esposa, en cambio, era de la opinión contraria:

Channing tiene una manera más agradable de decir las cosas, ya que a diferencia del señor Thoreau las dice sin el menor asomo de tomárselas en serio.

También en casa de Emerson se encontraron Thoreau y Frank

Sanborn, y con él ocurrió lo mismo que con otros amigos suyos, como Blake o Cholmondeley: acabó por pasar más tiempo con Henry que con Waldo. Solían cenar juntos de vez en cuando y hablaban, entre otras cosas, de la enseñanza del griego y el latín, que a juicio de Thoreau debería ser obligatoria y pagada del erario. Al parecer, a Sanborn le fastidiaba encontrar en los gestos y el tono de voz de su amigo ciertas reminiscencias de un Emerson algo más rústico. De momento Thoreau se limitaba a vestir con sencillez, a dejarse la barba en el cuello y a no preocuparse si el sol oscurecía su tez, ya bastante morena, mientras que Emerson era el hechicero mayor de esa tribu de excéntricos. Uno rara vez entraba en la iglesia; el otro fue pastor unitario hasta 1832, cuando renunció a su ministerio en la Old North Church de Boston, harto de lo que a él le parecía la supersticiosa adoración de tradiciones muertas. Uno, que apenas salía de Concord, rimaba vagones, *cars*, con preocupaciones, *cares*; el otro había recorrido Europa y visitado a Wordsworth, Coleridge, Carlyle y Mill, y cuando se estableció en Concord comenzó una espectacular carrera como escritor y conferenciante en los EE.UU. e Inglaterra. Ambos descreían de la separación entre teoría y práctica, pero ante todo Emerson era un teórico y Thoreau un práctico.

Como filósofo, Emerson nunca fue un constructor de sistemas; su forma favorita es el ensayo; su héroe, Montaigne. Sus escritos conforman una obra abierta, llena de sentencias memorables que, como dijo Borges, no proceden de la anterior ni preparan la que vendrá. Fue un mentor difícil, pues su genio despertaba el de otros pero no reconocía predecesores ni sucesores; con todo, fue lo más parecido a un padre espiritual para la generación de Thoreau, cuyo magisterio no podían aceptar ni tampoco olvidar. Cuando Henry le escuchó decir que quien aspire a ser plenamente humano ha de ser ante todo un inconformista, se limitó a llevar el dicho al hecho. Así se convirtió en el primer hombre, y Margaret Fuller la prime-

ra mujer, que puso en práctica el programa intelectual propuesto por Emerson a toda América. Emerson razonaba con fragmentos, imágenes y modelos: el retrato de *Hombres representativos* como el filósofo, el místico o el poeta, o los *Ensayos* sobre temas generales como experiencia, compensación, confianza, amistad, política, etc. Pensaba que nadie había sido convencido jamás por un razonamiento y que bastaba enunciar una verdad para que ésta se imponga por sí sola.

Thoreau leyó *Nature*, su primer libro, en 1836, a los siete meses de su publicación, y conservó siempre en su biblioteca el ejemplar que más tarde obtuvo. Leerlo fue una de las experiencias cruciales en su vida. Emerson afirma en él que, a diferencia de las pasadas, su propia generación ya no contempla las cosas cara a cara, sino a través de los ojos de los ancestros. A continuación formula con una pregunta el imperativo trascendentalista: ¿por qué no disfrutar de una relación original con el universo? *Nature* expresa también su confianza en las vastas posibilidades de América para ser matriz de una nueva cultura que esté basada en la afirmación de la individualidad. Junto a los demás trascendentalistas, Emerson creía que el país sólo cambiaría a mejor si cambiaban sus habitantes. No porque ellos hayan creado el sistema y por lo tanto sean responsables de su reforma, sino más bien porque las personas y sus relaciones son el sistema y, si hay que reformar algo, es eso y nada más. Como para ellos no existían fisuras entre naturaleza y sociedad, el único modo de cambiar el mundo pasa por la reforma individual y comunitaria. Para este cambio de mentalidad Emerson no ofrece recetas, pues sostenía que el verdadero aprendizaje nunca tiene lugar siguiendo fórmulas, sino mediante el ejemplo de la osadía del espíritu humano en permanente búsqueda, la continua recuperación de lo que somos y buenas dosis de humildad. Buscando ofrecer un modelo, Emerson describió en *The American Scholar* el prototipo del intelectual americano como una fuente original: no el loro del pen-

samiento de otros, sino una persona cuyo vocabulario fuese una vida de acción sin cortapisas y cuya inteligencia abarcara no sólo los clásicos, sino también la literatura popular, los sentimientos infantiles, la filosofía de la calle o el significado de la vida doméstica. En la primera serie de sus ensayos, publicada en 1841, Emerson incluyó una pieza titulada *Self-reliance* para defender la autonomía individual y la confianza en el propio juicio por encima de las autoridades: nada es sagrado salvo la integridad personal, afirmó entonces. Esa integridad no tiene nada que ver con la fidelidad a un conjunto de mandamientos; Emerson no entiende la integridad como la mecánica coherencia que constantemente repite las mismas respuestas, sino como el amor a la verdad que, por encima de los arreglos mundanos y del temor a los malentendidos, siempre ha caracterizado a los grandes hombres. Las coherencias simplonas, escribió, son la superstición de las mentes pequeñas.

En mayo de 1843 Thoreau se desplazó a Staten Island para trabajar como preceptor privado y entrar, sin mucho éxito, en el mercado literario neoyorquino. Allí fue también durante más de siete meses el tutor de los sobrinos de Emerson. Esta fue su estancia más prolongada fuera de Concord, y la menos agradable: Nueva York le pareció mil veces más ruin de lo que se temía. La estancia le permitió conocer a la familia de Henry James y a Horace Greeley, que se convirtió en su amigo y agente literario, y también ganó acceso a nuevas bibliotecas. Pero ni la mala salud ni, sobre todo, una nostalgia brutal por Concord le dejaron libre un momento. Con todo, su actividad literaria durante este periodo fue muy intensa, aunque en proyectos de poca envergadura. Sólo en 1843 había publicado catorce contribuciones, entre poemas, traducciones, selecciones, reseñas y ensayos. Uno de ellos, titulado *Un paseo de invierno*, es un buen ejemplo de la clase de relatos reales en los que comenzaba a encontrar su voz propia. Cuando Emerson leyó el manuscrito de esta excursión, compuesto en pleno verano, expli-

có a Thoreau lo que a su juicio era su principal defecto como escritor: las contradicciones sin límite. El truco de tu retórica se aprende rápido, le dijo, ya que consiste en sustituir cada palabra o pensamiento obvio por su término opuesto:

Alabas las montañas salvajes y los bosques invernales por su aire doméstico; el hielo y la nieve por su calor; los aldeanos y leñadores por su urbanidad, y la naturaleza desierta por asemejarse a París y Roma. A pesar de esa constante inclinación tuya a despreciar las ciudades y la civilización, no puedes encontrar otra forma de conocer los bosques y sus habitantes que compararlos con las ciudades y los ciudadanos. Puede que a Channing la pieza le parezca excelente; pero, con todos sus méritos, leerla me provoca malestar y nerviosismo.

Nada se sabe de la réplica de Thoreau, pero la tensión entre lo civilizado y lo natural no es un mero recurso retórico en su obra, sino su tema principal; con toda su ambigüedad y vacilaciones, esta excursión fue, junto con *A Walk to Wachusett*, la primera muestra de la escritura creativa de no ficción que Thoreau intentaba elevar a categoría de género literario. Al menos *Un paseo de invierno* es mejor que otro intento de esos días, *The Landlord*, una pieza acerca de la hospitalidad en la que afirma su preferencia por la taberna frente a la iglesia. Thoreau consiguió colocar a su posadero en la *Democratic Review*, pero es uno de sus retratos menos característicos y memorables. Al fin y al cabo, él no pasaba mucho tiempo en las tabernas.

Mientras tanto, el ferrocarril había llegado a Concord. Lo trajeron miles de obreros irlandeses, trabajando dieciséis horas al día por un jornal de cincuenta centavos de dólar. Emerson pensó que, en efecto, la esclavitud había llegado a Massachusetts y comprobó la compasión que los irlandeses despertaban entre la población, pero también se sentía impotente ante los nuevos fenómenos. Se preguntaba qué podría hacerse para ayudarlos, cuando todos los días llegaban nuevos buscadores de trabajo dispuestos a aceptar las mismas condiciones. Cuando llegó finalmente a la estación de Concord, el billete a Boston costaba cincuenta centavos, tres veces

más barato que la diligencia, y permitía llegar a su destino cuatro veces más rápido. Emerson anticipó que esta novedad lo cambiaría todo. No se equivocaba.



Trama 6: La Escuela de Filosofía de Concord en el jardín de Alcott.

REFORMAS
(el club de los trascendentalistas)

El próximo miércoles el club de clubes se reunirá en mi casa, solía anunciar Emerson; ¿nos harás el favor de venir para verme y animar nuestros espíritus de reptil? Alcott y Thoreau asistían sin falta a las reuniones, que no tenían nada de letárgico. Entre estos intelectuales que comenzaron a reunirse en Boston en 1836 y en Concord por lo menos desde 1840 se encontraban Emerson y Margaret Fuller, el señor y la señora Ripley, Sarah Clark, Henry Hedge y Theodore Parker. Allí aprendieron filosofía alemana con Hedge, pero nunca crearon una escuela filosófica, sino una especie de tribu nómada, más preocupada por la vida que por la mera especulación; ninguno sucumbió a la tentación de presentar sus ideas en forma de sistema. Lo más cercano a una definición fue lo que dijo Emerson a una audiencia de Boston:

Lo que entre nosotros se llama popularmente trascendentalismo es idealismo; el idealismo tal como se lo entiende en 1842.

Ese idealismo era, empero, bastante práctico. Les preocupaba cómo estaba cambiando el país, y se temían que los EE.UU. de 1942 no llegarían a ser mucho mejores que los de entonces. Contemplaron la rápida desaparición de los indios, las pésimas condiciones laborales de los irlandeses, la expansión de la esclavitud, la guerra con México y la tala masiva de árboles, convertidos en casas, postes de telégrafo y traviesas para el ferrocarril. Mientras Margaret organizaba *conversaciones* (así llamaban a sus informales tertulias) para defender los derechos de la mujer, asistieron a una expansión de la economía y las comunicaciones que permitió unir Maine con Texas aunque, como escribió Thoreau, Maine y Texas no tuvieran nada que decirse, pero también a una ampliación de la brecha entre Norte y Sur que paralizó el sistema político y amena-

zaba con dividir la nación. La revolución industrial, el abaratamiento de los transportes y los nuevos movimientos sociales transformaron la sociedad del Norte, pero estos fenómenos no afectaron mucho a los estados esclavistas contiguos y nada en absoluto al Sur profundo. En definitiva, los trascendentalistas vieron cómo su país se iba convirtiendo en la avanzadilla del mundo desarrollado y pensaron que quizá todos esos cambios procedieran de un punto de vista erróneo, de esa tradición del progreso optimista que los unitarios enseñaban en Harvard.

Cuando Emerson dijo que los hombres buenos no habían de distinguirse precisamente por su pronta obediencia de las leyes, la tribu de los trascendentalistas comenzó a rebelarse contra la tradición unitaria, en pos de una experiencia más directa de la realidad, fuera buena o mala. (Vive tu vida, dijo Thoreau, no le pongas nombres.) Lo que diferenciaba de sus predecesores a esta peculiar tribu era que el éxito en esa búsqueda no dependía ni de la perseverancia en la ortodoxia ni del prudente ejercicio de la virtud, sino del propio impulso individual hacia la comunión con dios o la naturaleza. Eran, en efecto, una secta de panteístas: creían que dios y la naturaleza, espíritu y materia, son una y la misma cosa. Emerson repetía que no hay un ser que no sea un microcosmos, un mundo minúsculo. El alma del individuo se identifica con el alma del mundo y las leyes de la física se confunden con las morales. Si dios está en cada alma, razonaban, toda autoridad externa desaparece; a cada uno le basta su profunda y secreta divinidad. Eran también románticos, y celebraban la introspección, la soberanía del individuo, la humanidad y la belleza natural. Sus sentimientos religiosos se expresaban tanto en la contemplación de la naturaleza como en la creación artística; como los antiguos, veneraban su buen genio, esa pequeña divinidad personal que les dice qué hacer y, sobre todo, qué no hacer. Encontraban a cada momento una correspondencia directa entre micro y macrocosmos, entre uno y el univer-

so. Coleridge les enseñó que la facultad humana más elevada es la imaginación, no la razón, y observaron la perfección de la naturaleza hasta en sus más pequeños detalles; cuanto más cerca se esté de ella, decían, tanto mejor podrá la conciencia intuir lo verdadero, lo bueno y lo bello. Eran, en fin, cosmopolitas. James Elliot Cabot y Charles Stearns Wheeler enviaban artículos para *The Dial* desde Alemania. Gracias a ellos, los demás profundizaron en la obra de Kant, un estudio ya iniciado por Hedge y Theodore Parker. La teoría kantiana del conocimiento se oponía frontalmente a la filosofía escocesa que enseñaban en Harvard, pues Kant no ahorraba sarcasmos contra esos defensores del sentido común que, según él,

tendrían que haber penetrado muy profundamente en la naturaleza de la razón, lo cual les resultaba fastidioso. Por eso los escoceses idearon un expediente más cómodo para porfiar sin ninguna comprensión: a saber, la apelación al sentido común. En verdad, resulta un gran don de los cielos poseer un sentido recto (o, como se lo ha calificado últimamente, un sentido de la simplicidad). Pero hay que dar pruebas de él con hechos, con pensamientos y dichos sensatos y prudentes, y no refiriéndose a él como a un oráculo, cuando uno no puede alegar nada inteligente para justificarse.

En cuanto a Thoreau, escribió que nuestro sentido más común es el sentido de los mediocres, los conformes y los subordinados, frente a los cuales ningún espíritu libre dejaría de rebelarse. Y en aquel momento Norteamérica era el laboratorio perfecto para que los espíritus libres pusiesen en práctica nuevas ideas, como las de Fourier y otros socialistas utópicos. Thoreau conoció una explosión de movimientos comunitarios, y otros amigos además de Alcott, como Hawthorne y Charles Lane, participaron en varios experimentos de ese tenor. Su familia también era reformista y hasta militante, en especial en lo que se refiere a la lucha contra la esclavitud; su madre y la tía Mary eran fundadoras de la Sociedad de Mujeres Abolicionistas de Concord, y en casa recibían el

Liberator, el periódico antiesclavista de William Lloyd Garrison. Pero Henry no congeniaba demasiado con los reformadores y sus partidarios; le repelía su gregarismo y su falta de alegría. En 1843 se le presentó una oportunidad de desarrollar sus críticas en *Paradise (To Be) Regained*, reseña de un libro de cierto J. A. Etzler, un reformador que sostenía que los grandes logros de la humanidad siempre han sido comunitarios. A este visionario Thoreau le responde deplorando su falta de fe en la excelencia individual:

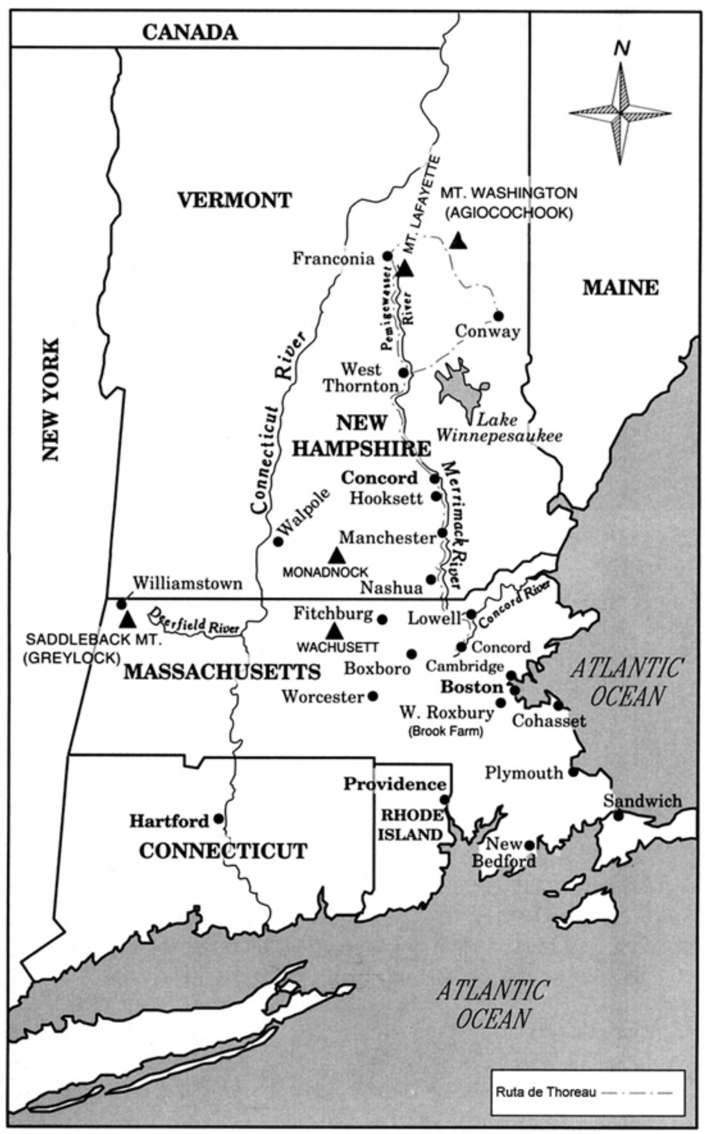
Nada puede lograrse sin el individuo, y de ahí el gran problema de nuestra época de masas. Debemos medrar primero en solitario para poder luego disfrutar juntos de nuestro éxito.

Thoreau esperaba que los movimientos sociales de sus días no diesen por satisfechas sus aspiraciones a bajo precio. En este asunto de la reforma mundial tenía poca fe en las sociedades y corporaciones; el mundo no se ha formado ni tampoco reformado de esa manera, decía. La furia reformadora de Etzler le llevó a afirmar que por medio de las máquinas resolvería los problemas de la humanidad en cosa de diez años; aunque Thoreau reconocía que ni siquiera sospechamos cuánto podría mejorar nuestra relación con la naturaleza por medio del ingenio, se declaraba escéptico ante esa inminente instauración del paraíso por medio de la ingeniería social. Trabajar es importante, pero a su juicio lo decisivo es la fuerza moral necesaria para utilizar bien el poder que las máquinas nos proporcionan. En su peculiar manera de ver el mundo, el poder físico no vale mucho en comparación con el poder moral, y la fuerza bruta nada puede frente a esa tremenda fiereza que, como dijo más adelante, preside el encuentro de los amantes y las gentes de buena voluntad. Por eso toda reforma comienza en la mente de los individuos, cuando deliberan y finalmente se resuelven a mejorar a fondo su vida, y por eso la reforma externa no puede explicarse ni llevarse a cabo sin hacer algún tipo de referencia a la vida interior de los reformadores. En última instancia, la única reforma

necesaria para Thoreau es un cambio de mentalidad; sin ella, escribió, el paraíso del ingeniero Etzler no llegará ni en diez mil años.

Cuando, en noviembre de 1843, su hermana Helen manifestó cierto interés en el movimiento comunitarista, Henry le respondió por carta que los reformadores y sus comunidades deberían curarse a sí mismos antes de pregonar a los cuatro vientos su evangelio. Afirmar que la reforma bien entendida comienza por casa no quiere decir que Thoreau fuese un enemigo del cambio; antes bien, pensaba que eso es lo único permanente y por ello se permitía criticar por igual a conservadores que ayer eran reformadores y a reformadores que mañana serán conservadores. Eso precisamente hizo en marzo del año siguiente, cuando pronunció dos conferencias en el Amory Hall de Boston. Al abrazar causas colectivas, explicó entonces, tanto los reformadores como los conservadores pierden su individualidad, y para él no cabe otra reforma que la individual. El verdadero reformador no necesita cooperación, dinero ni consejos, dijo; ni siquiera tiempo, esa materia de la que están hechos los retrasos. Aunque se ha perdido el texto de esas conferencias, queda una amalgama de borradores de *A Week* y *Walden* de cuando Thoreau intentaba salvar algunos fragmentos para incluirlos en sus obras mayores. En esos papeles insiste, como Emerson, en que no hay mejor enseñanza que el propio ejemplo, convertirnos en el cambio que deseamos ver a nuestro alrededor, y propone que el objetivo de toda educación superior sea crear gentes de acción y no sólo de palabra. Thoreau pensaba que las sociedades están bien si sirven al individuo, no al contrario. Más aún: no sólo sostenía que toda reforma efectiva tiene carácter individual, sino también que es bueno que así sea, ya que si el experimento reformador fracasa, la responsabilidad sólo ha de recaer sobre quien lo haya emprendido. Y es que el reformador se imagina cuántas cosas se lograrían si la comunidad entera arrimase el hombro, mas para Thoreau todo podría lograrse si dos personas o

incluso un solo individuo armonizasen sus fuerzas. A sus ojos, el conservador que busca preservar el orden, las leyes y las instituciones de la sociedad representa a una familia en decadencia, y si dice constantemente *nosotros* y *nuestro* es porque duda de su propia existencia como individuo. Por otra parte, si el conservador le parece ante todo un hijo de las generaciones pasadas, en los reformadores encuentra la aspiración de engendrar a las futuras. Buscan discernir el mejor de los órdenes posibles, el orden natural de las cosas, pero la mayoría de los reformadores no son lo suficientemente radicales para Thoreau, pues pretenden reformar el mundo sin hacerlo ellos mismos. Al margen de cuánto tiempo lleve reconocerlo, dijo, sólo cuando el reformador se decide a vivir la vida que ha imaginado se convierte en el verdadero padre de las generaciones futuras. Entonces se le hace patente que el verdadero paraíso a recuperar no es sino la libertad, la creación responsable de nuestras relaciones con la naturaleza, con nosotros mismos y con los demás. Al menos él estaba dispuesto a vivir de esa manera, pues el tiempo de preparación había terminado; se acercaba el momento de ir al bosque.



Mapa 1: La ruta de los hermanos Thoreau en su viaje de 1839.

MUSKETAQUID & MERRIMACK
(dos ríos y un fracaso)

A comienzos de la primavera de 1845, Thoreau comenzó a talar algunos pinos en la orilla de la laguna Walden, a tres kilómetros del centro de Concord. Tenía veintisiete años. Deseaba poner algo de distancia entre el mundanal ruido y su trabajo, y escribir un libro o dos al tiempo que ponía en práctica algunas nociones que había ido acumulando. Quería

vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida, y ver si puedo aprender lo que ésta tenga que enseñarme; para no tener que descubrir, en la hora de mi muerte, que no he vivido.

Acababa de recibir una carta de Channing desde Nueva York en la que su amigo le urgía a construirse una cabaña para comenzar allí, le dijo, el grandioso proceso de devorarse vivo. Obtuvo permiso de Emerson para establecerse en sus tierras al menos hasta que completase su primer libro, y, tras cortar y limpiar los troncos, a mediados de abril la estructura de la casita ya estaba levantada. Entonces compró la vieja chabola de un irlandés que trabajaba en el ferrocarril para aprovechar las tablas y los clavos. Tras excavar un sótano en el suelo de fina arena, estableció su nuevo hogar bajo la protección de un pinar que se eleva sobre la laguna a unos sesenta metros de la orilla. Un brezal separa el lugar del camino que va a Lincoln, y al otro lado de la laguna pasa la línea férrea. No era un lugar apartado ni aislado, pero le proporcionaba la tranquilidad que Thoreau buscaba. Durante el verano salía de casa de sus padres bien temprano con el almuerzo envuelto en un periódico. Poco a poco, fue desbrozando el brezal para tener un huerto donde cultivar patatas y judías destinadas a la venta, así como algo de maíz, guisantes y nabos para consumo propio. Finalmente, el 4 de julio de 1845, Día de la Independencia, se esta-

bleció en Walden. La casita todavía no contaba con chimenea, las paredes no estaban revocadas aún y los huecos entre la madera dejaban entrar el aire nocturno. La construcción tenía el aire de un refugio de montaña. Más adelante, ya entrado el otoño, una estufa calentaría la única habitación de doce metros cuadrados, con sótano y desván, una gran ventana a cada lado y una chimenea de ladrillo frente a la puerta. Una letrina en el bosque y la laguna como bañera y nevera completaron la mansión. En cuanto a suministro de agua corriente, Thoreau podía recurrir a un manantial cercano o tomarla con un cacito directamente de la laguna durante buena parte del año. Con todo, no había pasado el segundo día de su estancia cuando su hermana Sophia vino a visitarle con un cesto de comida. Aunque Henry cocía arroz, pescaba en la laguna y experimentó con varias formas de hacer pan, además de recoger toda clase de frutos y plantas silvestres, para evitar más insomnios en la familia aseguró a Sophia que pasaría por el pueblo con regularidad. Tanto, que se llegó a decir que cada vez que Lidian Emerson tocaba la campanilla para cenar, allí aparecía Thoreau saltando sobre cercas y campos para ser el primero en llegar a la mesa; al saberlo, Henry respondió que si alguna vez cenó fuera, como había gustado siempre de hacer y esperaba que no le faltase oportunidad de repetir, a menudo lo hizo sacrificando sus hábitos domésticos. El huerto se llevaba buena parte del trabajo matutino, y para obtener otros bienes trabajaba unas seis semanas durante cada invierno. Así, a los diez años de su graduación, cuando Harvard se interesó por su trayectoria, respondió que su profesión no era una, sino legión:

maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, granjero, pintor de brocha gorda, carpintero, albañil, jornalero, fabricante de lápices y papel de lija, escritor y poetastro ocasional.

Y que su única ocupación estable consistía en ser lo mejor que podía llegar a ser y mantenerse listo para cualquier circunstancia.

Como prueba, añadió que los últimos dos o tres años había vivido en los bosques de Concord, en soledad, a algo más de una milla de cualquier vecino, en una casa construida enteramente por él mismo. No obstante, y aunque en lo fundamental nunca cambiaría las rutinas aprendidas en Walden, para 1847 comenzó a pensar que tenía otras vidas que vivir. Había pasado los últimos años trabajando en el libro sobre la excursión que su hermano y él habían emprendido en 1839 por los ríos Merrimack y Concord (o *Musketaquid*, el río Herbazal en la lengua de los indios que habitaron sus orillas). Al principio se trataba de un mero relato del viaje, pero tras la muerte de John el texto se convirtió en una elegía. Cuando un 6 de septiembre abandonó la casa de la laguna había logrado su objetivo inicial con creces: no sólo tenía *A Week* casi terminado, sino que además el primer borrador de *Walden* estaba listo. Comprobó que si uno avanza confiadamente en la dirección de sus sueños, empeñándose en vivir la vida que ha imaginado, se encontrará con un éxito inesperado en sus horas de vigilia. Esa es la conclusión de *Walden*, el libro que mejor fama ha conocido de entre lo publicado por los trascendentalistas, pero no hay que olvidar que su triunfo se edificó sobre el fracaso de la primera obra de Thoreau: las malas ventas de *A Week* hicieron que el editor desistiese de publicar, como había anunciado, el segundo libro inmediatamente después del primero. Esto provocó las sucesivas siete versiones del manuscrito que convirtieron a *Walden* en lo que es.

A pesar de su fracaso, *A Week* es una obra de especial interés para entender a Thoreau. Aunque su nombre no se menciona, el libro está dedicado a la memoria de John y la trama se articula alrededor del viaje con él, que Henry agrupó en siete capítulos, correspondientes a cada uno de los días de la semana que da título a la obra. Hay también uno extra dedicado, a modo de introducción, al río Concord. El primer capítulo describe un sábado, 31 de agosto de 1839, cuando los dos hermanos levan anclas en este río a su

paso por Concord. Al pasar junto a los estribos del viejo North Bridge, el punto donde en abril de 1775 tuvo lugar la primera escaramuza de la Revolución americana, los dos dejan de remar mientras cruzan por debajo del puente, pero Thoreau prefiere, en lugar de batallas, describir las flores y plantas, los pescadores y los peces que iban encontrando a lo largo de su curso fluvial. El capítulo termina con la llegada a una orilla desierta donde acampan para pasar la noche. *Sunday*, el capítulo del domingo, no podía ser sino contemplativo y dedicado a la religión; Thoreau nunca olvidó cómo un grupo de parroquianos les miraba con desaprobación desde la orilla, ya que en la puritana Nueva Inglaterra no estaba bien visto viajar durante el *Sabbath*. Les devuelve la censura con humor: contemplando a los que salen del servicio religioso, se le ocurre que el dios que adoran no es divino sino humano, demasiado humano; que su objeto de culto es en realidad su propia autoridad y respetabilidad, que sacan a pasear los domingos, ese día que los hombres dedican a hacerse reverencias los unos a los otros. En el panteón de Thoreau todavía reinaba Pan en su prístina gloria, con su ruda faz, su barba al viento, su cuerpo cubierto de vello, su gaita y su cayado, pues el gran dios Pan no ha muerto, como se rumoreaba. Ningún dios muere jamás, escribió; pero de entre todos los templos a los dioses de Nueva Inglaterra y la Antigua Grecia, el de Pan era el que visitaba con mayor constancia.

Mientras continúa el lento avanzar de los dos hermanos río arriba, el capítulo del lunes comienza con una reflexión sobre los reformadores, un grupo del que Thoreau escapa con evidente placer, especialmente si no inventaron sus doctrinas y se limitan a repetir lo que les ha sido impuesto. A esos les dice:

Examina tus autoridades.

Y a los que le quieren reclutar para alguna noble causa:

Por supuesto que existen injusticias. Bien, ¿y qué? También existimos tú y yo. La reforma de la que me hablas puede llevarse a cabo cualquier maña-

na sin necesidad de tocar a rebato. No hace falta convocar una asamblea. ¿Por qué no lo intentas? No me permitas retrasarte.

El capítulo del martes lo dedica a rememorar una excursión en solitario al Monadnock y otras cimas de los alrededores. Recuerda entonces Thoreau cómo cruzaba las colinas a pie durante serenos días de verano, recolectando frambuesas al borde del camino, y comprando de vez en cuando una hogaza de pan en alguna granja, con su bastón en la mano y una mochila a la espalda que contenía una muda de ropa y algunos libros de viaje. Subiendo al monte Greylock se detuvo por un momento en la última casa; allí le aseguraron que no llegaría a la cima antes de caer la noche, pero él tenía ideas propias sobre montañismo y orientación, y llegó a tiempo para improvisar fuego y refugio con unas tablas de madera y pasar leyendo la noche en la cumbre. Tras incluir en el capítulo correspondiente al miércoles un ensayo sobre la amistad, en el del jueves Thoreau comienza a describir el retorno a casa. Con el viernes llega el otoño y los dos hermanos se deslizan río abajo, reencontrándose con el mundo que dejaron atrás hacía una semana.

Este breve resumen no debería hacer pensar en *A Week* como un relato de viajes más o menos sentimental; es un libro tan largo y ondulante como los ríos que lo engendraron, y entre sus muchos peces raros se esconde una de las primeras críticas internas a la colonización de Norteamérica. Aunque sólo deseaba contar consigo mismo, Thoreau era consciente de que su libertad era producto de un contexto social e histórico, y a él pertenecía sin remedio, marcado como estaba por el choque de dos culturas radicalmente distintas: la de los indios y la de los colonos. Recogiendo los testimonios que encontraron en el trayecto sobre ese choque, Thoreau retrató la historia incivil de América, el brutal reflejo que los EE.UU. se ocultaban a sí mismos. Sus contemporáneos todavía no reconocían que el orden social indio, civilizado a su manera, quedó destruido tras su exposición a las formas blancas de comercio y

distribución de la propiedad, que la aniquilación india fue casi total y la desmemoria absoluta. Por el contrario, Thoreau hacía notar que cuando un indio muere, ni siquiera recordamos dónde está enterrado, al mismo tiempo que era consciente de que este desastre ocurrió sin demasiada saña o mala intención: las transacciones económicas entre los indios y los blancos podrían haber sido perfectamente voluntarias y sin traza de fraude o amenaza, y el resultado sería el mismo. Thoreau reconocía que a los colonos no les faltaba el coraje o la honestidad, virtudes que a él le parecían más necesarias que nunca para encarar el pasado y reformar el presente. Pero tenía sus dudas acerca del heroísmo de su generación, y se temía que el territorio hubiese quedado bastante despoblado de individuos. En cualquier caso, Thoreau no se situó al margen de la historia que quería contar, sino en su mismo centro. Era el heredero de esos colonos y no temía mirar a la cara al horror enterrado en la fundación política de su país, de todos los países, pues para él era imposible escapar de su pasado, de sus congéneres o de su sociedad. Contra lo que quepa pensar, su individualismo no es desmemoriado ni ajeno al entorno, sino sensible al denso tejido natural y social que le rodeaba. Por algo recuerda al inicio del capítulo del miércoles que el hombre es el enemigo del hombre, pero también su destino.

Thoreau tuvo muchos oficios, pero fue ante todo un escritor y, como tal, prefería los libros que cuentan una historia real sin por ello renunciar a los recursos de la ficción. Para él, la única obligación del escritor es ser sincero, pues escribir una verdadera obra de ficción, dijo, apenas supone tomarse ciertas libertades para describir con más exactitud cómo son las cosas. Su prosa aspiraba a la densidad y concisión poética. El arte de escribir para Thoreau consistía en hacer cuadrar frases que muestren más de lo que dicen, que tengan una atmósfera en torno a sí, que no se limiten a registrar una impresión vieja, sino que creen otras nuevas; frases, dijo,

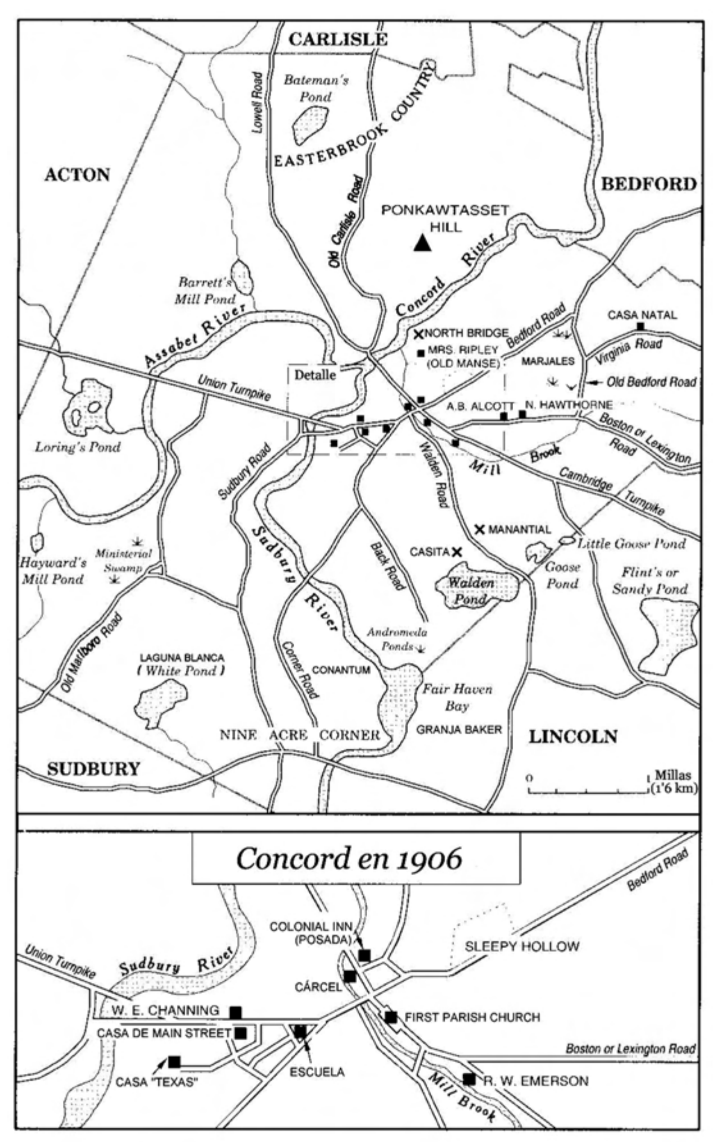
que hagan surgir tantas cosas y sean tan perdurables como un acueducto romano. Thoreau sabía que frases así no salen gratis; tras revisar varias veces el manuscrito, que no cesaba de crecer, y negociar con varias editoriales ayudado por Emerson, en febrero de 1849 aceptó una oferta de James Munroe & Company para publicar *A Week*. Thoreau se comprometía a pagar a plazos los costes de producción, y el editor a publicar *Walden* en cuanto se hubiera agotado la edición de mil ejemplares del primer libro. Tras más de mil correcciones el texto fue publicado el 30 de mayo de ese año, pero su difusión fue mala y las críticas peores. Quizá fuese demasiado extenso, pues Thoreau superpuso al relato del viaje largas digresiones y extractos de trabajos previamente publicados en *The Dial*. Entonces murió su hermana Helen, que llevaba mucho tiempo enferma de tuberculosis: el 14 de junio, a los treinta y seis años de edad. Aunque ella, como el resto de la familia, había aceptado el final con naturalidad, durante el funeral Henry se puso en pie antes de que levantaran el féretro y, tomando una caja de música, la hizo sonar para todos los allí presentes. Poco después Thoreau encontró una nueva amiga en Ellen, la hija menor de Emerson. Tenía diez años y paperas, y la enviaron a Staten Island para recuperarse de la enfermedad. Recordando lo mucho que él había echado de menos Concord cuando vivía allí, le escribió una carta a la niña, a la que creía conocer bien aunque nunca hubieran tenido lo que se dice una larga conversación. (Como le dijo en la carta, mantenían un buen número de conversaciones cortas.) A Thoreau le resultaba fácil adivinar lo que interesa a los niños. En el fondo, estaba interesado en las mismas cosas, y así se lo hizo saber a la pequeña Ellen:

Supongo que los niños creen que vejestorios como sus padres o yo mismo estamos siempre pensando acerca de cosas muy serias, pero yo sé que en realidad seguimos meditando los mismos viejos temas que nos preocupaban cuando teníamos diez años, sólo que más gravemente. Te gusta escribir, o leer un cuen-

to de hadas, y eso es lo que, de una forma u otra, siempre te gustará hacer. Con el tiempo descubrirás, Ellen, que eso que llaman las necesidades de la vida sólo lo querrás para hacer realidad aquellos sueños.

El sueño de vivir de la literatura se le complicó a Thoreau; las ventas del libro provocaron que, a los pocos meses de la muerte de Helen, al llegar el otoño de 1849, se encontrase endeudado con su editor por una suma considerable. Después de abandonar la idea de comerciar con arándanos, fabricó lápices por valor de mil dólares en el taller de su padre, pero cuando los llevó a Nueva York descubrió que el mercado estaba saturado y para librarse de ellos tuvo que venderlos por debajo de su precio. Hubieron de pasar más de cuatro años para que liquidase la deuda con Munroe, que además se negó a publicar *Walden*, y por todo ello la relación con Emerson comenzó a enfriarse. Después del entusiasmo inicial escribió con amargura en su diario:

Él era mi amigo, yo escribí un libro; le pedí su opinión y no obtuve más que alabanzas de sus partes buenas. Cuando mi amigo se apartó de mí, todo fueron reproches por las partes malas; así obtuve al final esa crítica que le había pedido. Mientras mi amigo era amigo mío me adulaba y nunca decía la verdad, pero cuando se convirtió en mi enemigo me disparó con ella una flecha envenenada. En este mundo hay tanto odio como amor, y el odio hace un buen crítico literario.



Mapa 2: Villa y alrededores de Concord, Massachusetts.

DESOBEDIENCIA CIVIL
(una noche en prisión)

En 1840, al examinar el censo municipal de Concord, Thoreau había observado que su nombre aparecía como David Henry. Se apresuró a informar que tres años antes él mismo se había cambiado el nombre a Henry David (un gesto con el que se negaba a que los demás definiesen su identidad), e insistió hasta que el administrador modificó el registro. Años más tarde todavía se quejaba de que, a diferencia de los indios, sus vecinos no se ganasen nuevos nombres:

Parece como si pudiéramos distinguirnos unos de otros, sin repetirnos, y, sin embargo, no portamos nombres que expresen una distinción proporcional; por el contrario, resultan bastante accidentales... tenemos muy pocos patronímicos, muy pocos nombres de pila. Los hombres dejaron de ser originales cuando cesaron de darse nombres genuinos a sí mismos. No tenemos carácter suficiente para establecer uno nuevo.

Por otra parte, era típico del congregacionalismo norteamericano que los fieles sostuviesen económicamente a sus iglesias, y de Massachusetts en particular que fueran los recaudadores municipales los encargados de recoger ese dinero junto con los impuestos locales. La First Parish Church tomó a Thoreau por uno de sus miembros e incluyó su nombre en el censo fiscal, pero éste dijo no entender por qué no debería imponerse al sacerdote la manutención del maestro, ni por qué el Liceo no debería presentar sus impuestos, al igual que la iglesia, y el estado respaldar sus demandas, así que cuando recibió la petición de dinero de la iglesia, se dirigió al ayuntamiento para anunciar que se negaba a pagarlo. O pagas o te metemos en la cárcel, le replicaron. Pero el asunto no fue más allá porque alguien pagó el impuesto y los administradores olvidaron el asunto. No así Thoreau, que exigió desaparecer del

censo de la iglesia presentando una declaración en los siguientes términos:

Sepan todos por la presente que yo, Henry Thoreau, no deseo que se me considere como miembro de ninguna sociedad a la cual no me haya unido.

Victorioso en este primer encuentro con las autoridades, Thoreau dedicó varias páginas de su primer libro a glosar la *Antígona* de Sófocles y así recordar la primacía de la conciencia sobre la ley y el orden. ¡Todo esto por enterrar un cadáver!, exclamó después de traducir del griego varios pasajes de la tragedia, dando a entender que si Antígona llevaba a tales extremos la compasión por su hermano muerto, ¿qué debería hacer un ciudadano estadounidense ante la esclavitud de los negros, una muerte en vida que además conducía al gobierno a emprender una guerra contra México para anexionarse más territorios? La respuesta de Thoreau es clara:

Rompe la ley, haz que tu vida ayude a parar la máquina.

La desobediencia era para él un deber, una cuestión de principios; tenía que observar, en cualquier circunstancia, que no se prestaba al mismo mal que condenaba. Ese mal era, por supuesto, la esclavitud, una cuestión que amenazaba con fracturar el país y provocaba enfrentamientos constantes tanto en el Norte como en el Sur, donde los intereses económicos de la industria del algodón exacerbaban el creciente nacionalismo americano. Con la excusa de que el dios de la Biblia les había destinado para extender el Imperio de la Libertad (así lo llamaban los apologistas del Destino Manifiesto), los creadores de opinión habían repetido la vieja doctrina Monroe de *América para los americanos* hasta lograr que el presidente Polk ordenase la ocupación militar de un área disputada con México entre el río Nueces y el río Grande. En poco tiempo, la superioridad militar de los estadounidenses se impuso de forma aplastante sobre la numérica del ejército mejicano, pero aunque el Congreso aprobó la declaración de guerra el 13 de mayo de 1846,

muchos veían a Polk como un mero usurpador de tierras; en particular, los abolicionistas insistieron en que la guerra obedecía a un plan fraguado en las plantaciones de esclavos para aumentar su poder cuando se creasen nuevos estados esclavistas en las tierras mejicanas anexionadas. Todos los Thoreau eran abolicionistas convencidos aunque, a diferencia de los seguidores de Harrison, Henry no se dedicó únicamente a la liberación de los negros; pensaba que la mayoría de los blancos eran esclavos de un género de vida más confortable, pero no por ello menos desesperado: instrumentos de sus propios instrumentos, pastoreados por sus propios rebaños, atados a campos que poseen a medias pero que ni siquiera han visto.

Esta oposición a la esclavitud y la guerra le llevó a la prisión del condado, donde pasó la noche del 23 o el 24 de julio de 1846. Thoreau llevaba sin pagar el impuesto de capitación desde 1842, poco antes de que Alcott y su socio Lane se negasen a pagar ese mismo impuesto alegando motivos ideológicos. Ambos fueron arrestados, pero se les dejó rápidamente en libertad cuando otra persona pagó el impuesto por ellos. En Concord el cargo de recolector de impuestos se otorgaba en subasta pública y ese año fue elegido Sam Staples, un amigo de Thoreau que continuó desempeñando esta función durante cuatro años a cambio de una comisión de un centavo por dólar recaudado; tal vez fuera ésa la razón por la que se afanó en hacer cuadrar las cuentas en 1846. El *poll tax*, o impuesto de capitación, era una fuente habitual de ingresos para el estado de Massachusetts desde la época colonial. Sólo podía evitarse viviendo como pionero más allá de la esfera de influencia del gobierno; para eso la relativa autosuficiencia de Thoreau en Walden no era suficiente, aunque el registro fiscal de Concord atestigua que el impago de este impuesto era habitual, sobre todo entre los más pobres, y aquellos que se negaban a pagarlo perdían el derecho al voto pero raramente eran perseguidos por la ley.

Esa tarde de julio Thoreau había ido al pueblo para arreglar un zapato y se encontró en la calle con Staples. El alguacil le reclamó la capitación de los últimos años, ofreciéndose a pagarla por él si es que andaba mal de dinero. También le propuso hablar con los administradores municipales para reducir el importe si Thoreau lo juzgase demasiado elevado, pero éste le replicó que no había pagado por principios y que no tenía ninguna intención de hacerlo en ese momento. Entonces Sam le preguntó qué podía hacer él. Henry le sugirió que renunciase a su cargo. A Staples no debió gustarle la idea, pues le condujo hasta la prisión, que se encontraba en el centro del pueblo. Thoreau dijo después que podría haberse resistido a la fuerza, pero juzgó mejor que fuera la sociedad la que, a la desesperada, le infligiera su castigo. Aquella noche, cuando su compañero de celda se fue a dormir, Thoreau todavía estaba despierto y permaneció junto a la ventana durante un tiempo, mirando a través de la reja y escuchando la actividad de la posada adyacente. Algo más tarde, el prisionero de una celda contigua comenzó a quejarse en voz alta, repitiendo una y otra vez la misma cantinela:

¡Así es la vida!

Esto continuó hasta que Thoreau se asomó entre las rejas y gritó a su vez:

Bien, ¿y qué es la vida, pues?

El de la letanía no supo responder, pero algo de la pregunta debió quedar flotando en el ensayo que Thoreau escribió a petición de algunos vecinos para justificar su conducta. Presentó su posición en dos conferencias, la primera de las cuales tuvo lugar en Concord el 26 de enero de 1848. Aunque no se conservan más que unos borradores de la charla, el 23 de febrero Thoreau escribió a Emerson para contarle su conferencia de la semana anterior, que dedicó, dijo, a glosar los derechos y deberes del individuo en relación al gobierno. Esta segunda conferencia era muy similar a la pri-

mera, pues Thoreau se encontraba muy ocupado corrigiendo las pruebas de *A Week*. Tampoco pudo hacer muchos cambios al texto antes de enviarlo a Elizabeth Peabody, que había oído hablar de las conferencias a su hermana Sophia Hawthorne y lo solicitó a Thoreau en primavera para la nueva revista que estaba preparando. Se lo envió, quejándose de la falta de tiempo, y finalmente *Resistance to Civil Government* apareció el 14 de mayo de 1849 impreso en el número primero, que también sería el último, de *Æsthetic Papers* (Sophia y Channing pensaron que el título *Civil Disobedience* cuadraba mejor a este ensayo sobre el deber de la desobediencia cívica, o civil, pero tardaría unos años en aparecer bajo ese nombre). Mientras tanto, Thoreau continuaba reescribiendo *Walden*, cuyo primer borrador data de septiembre de 1847. En la segunda y tercera versión de este su segundo libro, escritas en 1849, insistía en la necesidad de que cada escritor presentase un relato sencillo y sincero de su propia vida, tal y como podría enviar a sus familiares desde una tierra lejana. Thoreau repetía que si alguien había conseguido vivir sinceramente, tenía que haber sido lejos de Concord, pero también declaró haber descubierto ese país lejano muy cerca, en el mismo centro de la villa, durante su inesperada visita a la cárcel. Fue un viaje nocturno al fondo de las instituciones, y tras él salió a plena luz para continuar su labor.

Thoreau fue a los bosques porque deseaba vivir libre, y por eso también su noche en prisión fue una cuestión de principios, una pregunta que plantear a sus vecinos, que no podían menos que extrañarse cuando a la mañana siguiente Staples fue a liberarle y Thoreau se resistió a abandonar la prisión. En aquel momento estaba endiabladamente furioso y ni las diatribas que escribió en el diario consiguieron calmarle. Se aprestó a recuperar su zapato ya remendado y regresó a los bosques a tiempo para hacerse con su provisión de arándanos en la colina de Fair Haven. Lo que había sucedido mientras estaba en la cárcel es que una persona descono-

cida había pagado el impuesto contra su voluntad. Se supone que fue una de sus tías, que según Thoreau nunca se habían parado a pensar hasta qué punto permitían a sus sentimientos privados interferir con el bien público. En cierto sentido, la experiencia se repitió cuando Thoreau regresó a la vida civilizada tras sus dos años y pico en la laguna. Salió de la prisión porque alguien se entrometió y pagó ese impuesto; se despidió de Walden porque Emerson se fue a dar conferencias por Inglaterra. La invitación a vivir con Lidian y los niños le pareció entonces una buena razón para abandonar la casa de Walden; meses después no estaba tan seguro de haber tomado el camino correcto. Thoreau había cambiado tanto en la laguna que quizá esperaba que Concord, o su relación con el pueblo, hubiera cambiado también. Ni mucho menos: igual que cuando salió de la cárcel, al regresar de los bosques no percibió mejora alguna en la comunidad. Al contrario, le pareció que la amistad de sus ilustres vecinos, Emerson incluido, era sólo para los buenos tiempos.

Emerson deseaba ver a Thoreau fuera de la cárcel y que ahorrase a sus vecinos ese mal trago de tratarle en contra de sus inclinaciones. Mas, para Thoreau, la conveniencia y el quedar bien con unos no era razón para permitir que otros sufriesen males mucho mayores. Su desobediencia fue concebida como una apelación efectiva a la hora de reparar esos males. Siguiendo al cuáquero George Fox, Emerson había escrito que así como el efecto ya florece en la causa y el fruto en la semilla, así el fin preexiste en los medios, pero después del arresto comentó que la conducta de Thoreau era mezquina, escapista y de mal gusto, y le recomendó no rebelarse contra el mundo, pues era cosa de fanáticos emprender una revolución por un quítame de allá esas pajas. Sin embargo, también defendía que los abolicionistas deberían resistir y reunir multitudes en las cárceles a causa de sus bien conocidos desacuerdos con el estado, así que sus diferencias no estaban en las convic-

ciones, sino más bien en la imaginación y en la determinación de llevar las convicciones a los hechos. Thoreau creía que el estado se estaba convirtiendo en uno de esos dioses del Antiguo Testamento y la mitología hindú a cuyas imágenes los devotos sacrifican seres humanos. Por el contrario, Emerson se imaginaba el estado como un amistoso y bienintencionado animal al que no debemos negarle el sustento. Un hombre con los pies sobre la tierra no iniciará una pelea con la vaca que pasta a su lado, dijo. El estado para él era una pobre vaca a la que no debemos escatimarle la hierba:

Mientras no albergue malas intenciones, no le niegues tu calderilla, porque el noventa por ciento se gastará en cosas buenas y sólo el diez en maldades.

Una vez que le dio por insistir en la necesidad de grandes poetas, Thoreau le dijo que había topado con uno de ellos en el bosque. Pero resulta que tenía plumas y no había ido nunca a Harvard, añadió con sorna. Entonces deberíamos cazar ese pájaro y encerrarlo en una jaula, respondió Emerson. Así trata el mundo a sus poetas, concluyó Thoreau. En lugar de enjaular aves y repetir abstracciones, él creía en el bosque y en la pradera y en la noche en la que crece el maíz. Su credo era el evangelio del momento presente: hacer todo con la máxima atención, pero sin excesivo apego. Puede que fuera un místico, pero no precisamente uno de los que pasan días enteros con las piernas cruzadas. Las suyas estaban hechas para caminar.



Trama 7: Hoja del roble escarlata, la favorita de Thoreau.

HOJAS
(una noche al raso)

Pero regresemos a la montaña. Me parecía que el ser humano más celestial y singular sería aquel cuya morada se elevase más sobre el valle. El trueno me había pisado los talones durante todo el camino, pero la lluvia se desvió hacia otra dirección, aunque medio creía que de no hacerlo hubiera pasado por debajo de la cota donde me hallaba. Finalmente llegué a la penúltima casa, donde la senda hacia la cima divergía hacia la derecha, mientras que la propia cima se elevaba justo en frente. Pero yo me decidí a remontar el valle hasta su nacimiento, y desde allí atinar con mi propia ruta pendiente arriba, por ser el camino más corto y aventurado. Tenía planes para regresar a esa casa, de situación tan noble como bien acondicionada, al día siguiente, y quizá quedarme allí una semana si es que descubría con qué entretenerme. La señora de la casa era una joven franca y hospitalaria, que mientras hablabamos permaneció ante mí en salto de cama, peinando su largo cabello negro con despreocupación no exenta de energía, agitando la cabeza tras cada pasada del cepillo con ojos vivos y relucientes, llenos de interés en ese mundo inferior del que yo venía, hablando todo el tiempo con tanta familiaridad como si me conociese de toda la vida, y recordándome a cierta prima mía. Al principio me había tomado por un estudiante de Williamstown, pues solían venir en grupo, andando y a caballo, casi todos los días de buen tiempo, y eran, según me dijo, una bonita pandilla de salvajes; pero nunca subían por el camino que yo tomaba. Al pasar por la última casa, un hombre me llamó para conocer lo que yo tenía en venta, pues al ver mi mochila me tomó por un buhonero que hubiese tomado esta inusual ruta sobre la cresta del valle para ir a South Adams. Me dijo que todavía quedaban cuatro o cinco millas para la cima por la senda que yo había dejado, aunque no más de dos en línea recta desde donde me encontraba, pero que nadie había ido por allá nunca; no había sendero y se me haría tan empinado como el tejado de una casa. Pero yo me sabía más acostumbrado a los bosques y las montañas, y continué a través de su establo, mientras que él,

mirando al sol, me gritaba desde lejos que no llegaría a la cumbre esa noche. Pronto alcancé el nacimiento del valle, pero como no podía ver la cima desde ese punto, ascendí a un pequeño pico en el lado opuesto y desde allí me orienté con la brújula. Me interné de inmediato en los bosques y comencé a trepar por la pendiente en diagonal, tomando como referencia un árbol cada sesenta metros para mantener la dirección. El ascenso no tenía nada de difícil o desagradable, y me llevó mucho menos tiempo de lo que habría necesitado de seguir la senda. He observado que hasta la gente de campo, con tan buen sentido para las demás cosas, magnifica la dificultad de viajar por los bosques, especialmente en las zonas montañosas. Pero yo he ascendido a varios picos altos sin guía ni camino y comprobado, tal como cabría esperar, que sólo lleva más tiempo y paciencia que un viaje por la más cuidada carretera. Es muy raro que en este mundo encuentres obstáculos que el hombre más humilde no posea facultades para superar. En verdad, si llegamos a un precipicio cortado a pico no tenemos por qué saltar al vacío y rompernos la crisma. Si está fuera de sí, un hombre puede caerse al bajar a su propio sótano o abrirse la cabeza en su propia chimenea. Por lo que respecta a mi experiencia, los viajeros exageran a menudo la dificultad de la ruta. Como muchos males, las dificultades son imaginarias, pues ¿a qué viene tanta prisa? Cuánta ansiedad y cuántos peligros se desvanecerían si cada persona que se pierde concluyera que, después de todo, no se ha extraviado, sino que ahí se queda, bien plantada sobre sus viejos zapatos, en ese mismo lugar donde está, donde ha de vivir por el momento; mientras que los perdidos son precisamente esos lugares que lo han conocido. No estoy solo si me quedo conmigo. ¿Quién sabe a dónde se dirige este globo que va girando en el espacio? Vaya por donde vaya, nosotros no nos daremos por perdidos.

Hice mi camino rápido, directamente a través de un denso sotobosque de laurel de montaña, hasta que los arbustos comenzaron a tomar un aspecto infernal y esquelético, como si luchasen contra los duendes de la escarcha, y finalmente alcancé la cima justo cuando se ponía el sol. Allí se había abierto un claro de muchos acres de extensión, cubiertos de rocas y tocones, para instalar en medio un rudo observatorio sobre los bosques. Me permití un hermoso vistazo de la campiña antes de la puesta de sol, pero estaba demasiado

sediento como para desperdiciar la luz en vistas, y me puse de inmediato a buscar agua. Primero, bajando media milla por un sendero bien pateado entre el sotobosque, hasta que llegué a donde había agua dentro de las huellas impresas por los caballos que suben a los viajeros; me tumbé cuan largo era y, una tras otra, apuré en ellas hasta la última gota de un agua tan fría y pura como la de manantial, pero no conseguí llenar mi cantimplora, a pesar de haber ingeniado pequeños acueductos en miniatura con tallos de hierba; era un proceso demasiado lento. Entonces, recordando que al subir había pasado por un lugar húmedo cerca de la cumbre, regresé para encontrarlo de nuevo, y aquí, mis manos armadas con afiladas piedras, agoté el crepúsculo cavando un pozo de unos dos pies de profundidad que pronto se llenó con un agua pura y fría que hasta los pájaros vinieron a probar. Así llené mi cantimplora, y ya de vuelta hacia el observatorio, recogí algunos palos secos con los que hice fuego sobre unas piedras planas dispuestas a tal propósito; cociné así en poco tiempo mi cena de arroz, para la que ya había tallado una cuchara de madera.

Pasé mi velada sentado, leyendo a la luz del fuego las hojas de periódico en las que algún grupo había envuelto su almuerzo; los índices de precios en Nueva York y Boston, los anuncios y los singulares editoriales que algunos habían consentido en publicar sin saber las circunstancias tan críticas en que serían leídos. Todo eso pude leerlo allí desde una perspectiva muy ventajosa, y me pareció que los anuncios, o aquello que se denomina la sección de negocios del periódico, eran con diferencia su mejor parte, la más útil, natural y respetable. Casi todas las opiniones y sentimientos expresados en esas hojas eran tan poco consistentes, tan superficiales y endebles, que pensé que la propia textura del papel debería ser más débil en esa parte, y rasgarse más fácilmente. Los anuncios e índices de precios estaban más estrechamente aliados con la naturaleza, y en cierta medida eran tan respetables como lo son los datos meteorológicos y las tablas de mareas; pero los textos, aquello que, por lo que yo recordaba, era lo más apreciado allá abajo, a no ser que fuesen algún humilde relato científico, o un extracto de algún viejo clásico, se me antojaban algo extrañamente crudo y caprichoso, parcial como una de esas redacciones escolares que los jóvenes escriben y luego queman. Las opiniones eran del tipo que

está condenado a aparecer mañana de otra guisa, como la moda del año pasado; como si la humanidad estuviese todavía muy verde, y en los años por venir, tras haber superado este periodo de inmadurez, hubiera de avergonzarse de sí misma. Había, además, una singular disposición a hacerse el listo y el gracioso, pero que rara vez alcanzaba el menor éxito real, con lo que el éxito aparente se convertía en una terrible sátira del intento: como si el Genio Malvado de la humanidad se riera ruidosamente de sus mejores chistes. Los anuncios, como ya he dicho, mientras fuesen serios y no del moderno tipo charlatán, sugerían pensamientos poéticos y agradables; pues el comercio realmente es tan interesante como la naturaleza. Los propios nombres de los bienes eran poéticos, y tan sugerentes como si hubieran sido insertados en un grato poema: Madera, Algodón, Azúcar, Cueros, Guano y Caoba. Hubiera sido grato leer allí algún pensamiento sobrio, íntimo y original, tan de acuerdo con las circunstancias como si hubiera sido escrito en la cumbre de una montaña; pues la suya es una moda que nunca cambia, y tan respetable como el cuero y la leña o cualquier otro producto natural. Qué compañía tan inestimable sería la de una hoja que así contuviese el fruto de una vida en sazón. ¡Qué reliquia! ¡Qué receta! Se diría una invención divina, por cuyo arte surgirían no huevos de oro, sino pensamientos dorados y actuales.

Como hacía frío, recogí una buena pila de madera y me tumbé sobre una tabla junto al muro lateral del edificio; al no tener manta con que cubrirme, coloqué la cabeza del lado del fuego, para así poder atenderlo, aunque eso fuera en contra de la costumbre india. Pero al enfriar más, a eso de la medianoche, acabé por rodearme completamente de tablas, arreglándomelas incluso para colocar una sobre mí, con una gran piedra encima para mantenerla en su sitio, y así pude dormir cómodamente. Me acordé, es verdad, de esos niños irlandeses que se preocupaban por sus vecinos, que no tenían ninguna puerta con cuya hoja cubrirse de noche, como hacían ellos; pero ahora estoy convencido de que no había nada de chistoso en semejante pregunta. Aquellos que no lo han probado no tienen ni idea de lo cómoda que resulta una puerta para sujetar tu única manta. Estamos hechos en buena medida como esos pollitos que, si los separas de la clueca, piarán desconsoladamente hasta morir aunque los pongas

junto a la chimenea en una cesta de algodón, pero que si les colocas por encima un libro, o cualquier otro objeto pesado, para que oprima la cesta de manera similar a como lo haría la gallina, entonces se duermen tranquilamente. Mi única compañía eran los ratones, que vinieron para recoger las migas caídas sobre esas hojas de papel; pensionistas del hombre, como siempre y en todo lugar, y no sin mejorar en sabiduría este elevado terreno con su presencia. Ellos roían lo que quedaba para ellos; yo roía lo que quedaba para mí. Durante la noche, un par de veces miré arriba y descubrí una nube blanca que se introducía por las ventanas abiertas, ocupando todo el primer piso.

Este observatorio era un edificio de considerable tamaño, erigido por los estudiantes de la Universidad de Williamstown, cuyos inmuebles se podían ver brillar de día a lo lejos en el valle. No sería ventaja pequeña el que cada universidad estuviese situada de esta manera, en las estribaciones de una montaña; una situación como mínimo tan beneficiosa como disponer de una cátedra generosamente financiada. Es tan bueno educarse a la sombra de una montaña como hacerlo en sombras más clásicas. Algunos recordarán, sin duda, no sólo que fueron a la universidad, sino que fueron a la montaña. Y con cada visita a su cima, por así decirlo, se generalizaría la información puntual recogida en la planicie, sometiéndola a comprobaciones más universales.

Me levanté temprano y me encaramé a la punta de esta torre para ver amanecer, pasando el tiempo leyendo los nombres inscritos en el muro antes de que pudiese distinguir objetos más distantes. Un tábano me rondaba tan desenvuelto como si yo fuera una pipa de melazas al cabo de Long Wharf. Hasta aquí debe aguantar uno su monótono zumbido. Pero vengo ahora al meollo de esta larga digresión: Al aumentar la luz descubrí en torno a mí un océano de niebla, que por azar llegaba justo hasta la base de la torre del observatorio, y borraba todo vestigio de la tierra, dejándome flotando sobre este fragmento de mundo a la deriva, con mi plancha de madera en el país de las nubes; una situación que no necesitaba del auxilio de la imaginación para volverse más impresionante. El rápido aumento de la luz procedente del Este me reveló con más claridad este nuevo mundo en el cual me había reencarnado durante la noche, la nueva tierra firme de mi vida futura. No había un resquicio por el

cual pudieran verse los triviales lugares que llamamos Massachusetts, Vermont o Nueva York, mientras que aún podía inhalar la límpida atmósfera de una mañana de julio, si es que todavía era el mes de julio por allí.



Trama 8: Thoreau en 1854, listo para una caminata.

CAMINANDO
(sobre lo silvestre)

Tras subir a colinas y montañas y comprobar que desde allí no se veía el estado, Thoreau tuvo que bajar y volver a la villa. Después de vivir en la casa de la laguna y en la de Emerson, regresó a la de sus padres en 1848 y allí permaneció como pensionista. Su salud empeoró, y a los treinta y cuatro años tenía tantos problemas con su dentadura que decidió sustituirla por una postiza. Ese verano de 1850 la familia se mudó a la calle mayor de Concord y Henry pasó a ocupar el espacioso ático de la nueva casa. Con el tiempo, este centro de operaciones le permitió establecer una rutina matutina y vespertina de estudio y escritura con largas caminatas a partir del mediodía, pero en aquel momento se sentía perdido en un compás de espera, sin poder ver más allá de los dos libros en los que había trabajado durante los últimos años. La melancolía se acrecentó durante el mes de julio, cuando Emerson le envió a Fire Island para tratar de rescatar el cuerpo y los escritos de Margaret Fuller; junto a toda su familia, Margaret había muerto ahogada al naufragar el barco que los traía a América, y Thoreau no pudo traer a Concord más que un botón del abrigo de su marido. A mediados de noviembre se sentía maduro para algo, pero no conseguía descubrir para qué. Y entonces, para pagar sus deudas con la editorial, tuvo que ponerse a trabajar como agrimensor, una profesión que al menos le permitía conocer mejor el terreno y desarrollar su interés por la botánica. Se ingenió una especie de andamio dentro del sombrero para guardar allí ejemplares y en sus paseos de media tarde no se separaba de una guía de plantas. Todo el tiempo libre lo dedicaba a escribir.

Además de prestarle dinero en alguna ocasión, Greeley seguía ofreciéndole ayuda como agente literario; gracias a él Thoreau se

animó a viajar al Québec, aprovechando una de las primeras ofertas de turismo a gran escala. Rumbo a Canadá, partió de Concord en la mañana del miércoles 25 de septiembre de 1850. Tarifa de ida y vuelta, siete dólares; distancia desde Boston, quinientas diez millas; regreso desde Montreal no más tarde del viernes 4 de octubre, o en el plazo de diez días. (En el relato de viaje que escribió más adelante, *A Yankee in Canada*, Thoreau no se entretuvo en detallar los nombres de sus compañeros de viaje, pues le dijeron que eran unos mil quinientos en el mismo tren.) Ese mismo mes se había aprobado una nueva ley de esclavos fugitivos que garantizaba a los amos el derecho a capturar esclavos huidos en cualquier parte de los EE.UU., así como a llevarlos de vuelta al Sur. El primer intento de extradición basado en esta ley fracasó en febrero del año siguiente, cuando los abolicionistas de Boston rescataron de sus captores a un fugitivo llamado Shadrach y lo pusieron a buen recaudo en Canadá. Menos de dos meses después, otro fugitivo, Thomas Sims, fue capturado en Boston; en esta ocasión las tropas locales, estatales y federales hicieron posible que sus amos pudieran llevarle de vuelta a Georgia, pero el caso Sims no caería en el olvido.

Tras el invierno, Thoreau comenzó a escribir su Libro de Lugares Comunes, donde anotaba fragmentos de los libros de biología que iba leyendo cada vez en mayor número. Todavía no se había embarcado en ningún proyecto literario a gran escala, pero a partir de materiales del diario preparó una conferencia titulada *Walking, or the Wild*, que pronunció en Concord el 23 de abril. En los meses sucesivos compiló la primera de una larga serie de listas y tablas acerca de todos los fenómenos naturales asociados a las estaciones, como los ciclos migratorios de las aves o la floración de las plantas. Había escrito mucho sobre sus incursiones en la naturaleza, pero a partir de *Walking* sus escritos versarán sobre la naturaleza misma: el claro de luna, la dispersión de las semillas, la

coloración de las hojas o la maduración de las bayas silvestres. Thoreau buscaba una literatura que, como dijo en esa conferencia, otorgase expresión a la naturaleza, intentando poner los vientos y las corrientes a su servicio, para que hablasen por él. Este cambio de perspectiva es tan importante que en 1852 escribió en la portada de su manuscrito:

Considero esta conferencia como una suerte de introducción a todo lo que pueda escribir a partir de ahora.

Walking es, en efecto, una de las mejores lecturas para acercarse a Thoreau. Aunque este ensayo no se publicaría hasta junio de 1862, la mayor parte del texto procede de anotaciones hechas en el diario durante 1850 y 1852. Posteriormente Thoreau dividió el material en dos partes: una conferencia dedicada al arte de caminar y otra sobre aquello que podría traducirse como lo salvaje o lo silvestre. La primera parte del texto es una vigorosa exposición de los placeres del caminante, solitario o en pareja, que se inicia con un análisis del verbo *to saunter* (pasear, deambular) y continúa con las virtudes derivadas de pasar una buena porción de cada día caminando por montes y valles. Tras hacer una declaración de principios a favor de la naturaleza, a favor de la libertad absoluta y de lo absolutamente salvaje, en contraste con una libertad y una cultura meramente civiles, el ensayo continúa con un poco de etimología creativa. Al parecer, la palabra *sauntering*, que podríamos traducir como *de paseo*, deriva de la gente ociosa que en la Edad Media vagaba por el campo, pidiendo por caridad bajo el pretexto de ir *à la Sainte Terre*, a Tierra Santa; de ahí que se dijera:

¡Allá va un Sainte-Terrer*!*

Un *saunterer*, o sea, un paseante en inglés. Pero no todos los que caminan son paseantes para Thoreau, pues aquellos que no se dirijan a alguna Tierra Santa del mapa o de la imaginación, aunque así lo pretendan, dice, no son más que vagos y transeúntes. Añade otra hipótesis: que la palabra derive de *sans terre*, sin tierra u hogar, lo

cual, en el buen sentido, significa que quien no tenga ninguna casa en particular se sentirá igualmente en casa en todas partes; ése es precisamente el secreto del buen pasear para Thoreau. Además de eso, si quieres caminar bien has de simplificar tu vida, hay que estar en paz con el mundo. El primer deber del caminante, dijo Thoreau, es comprobar que no va a Tierra Santa sentado sobre los hombros de otra persona. Al contrario, el caminante ideal para Thoreau debe ser como un camello, de quien se dice que es la única bestia que rumia mientras camina. Solía recordar que, cuando un viajero solicitó a la criada de Wordsworth que le enseñase el estudio donde trabajaba el poeta, ella le respondió:

Aquí esta su biblioteca, señor, pero su estudio está de puertas afuera.

Caminar era una necesidad vital para él; le resultaba imposible preservar la salud y el ánimo sin emplear como mínimo cuatro horas al día paseando libre de toda atadura mundana. Ahora bien, eso no tiene nada que ver con lo que se llama hacer ejercicio, sino que era la aventura de cada día. El paisaje de Concord estaba cambiando rápidamente y Thoreau temía que, con el ferrocarril, las discretas viviendas de lujo bostoniano acabarían por sustituir a las granjas, que iban decayendo por la competencia que les llegaba del Oeste. Emerson se dirigía hacia Londres; Thoreau en la dirección opuesta, y de hecho la mayoría de sus caminatas tomaban rumbo a poniente. Puede que esto fuese así porque algunos de sus lugares favoritos se encontraban al suroeste de la villa: Fair Haven, Conantum, la laguna blanca o la vieja carretera de Marlboro. Pero su especialidad, su estilo, consiste en tomar pequeños detalles aparentemente irrelevantes y elaborarlos hasta otorgarles un nuevo sentido que trascienda el hecho original y lo revista de universalidad. Así, esta circunstancia del terreno le permite una elaboración literaria del Oeste como metáfora del futuro, de lo original y no exhausto, de lo libre e inocente, de lo silvestre y todavía no manoseado.

En la parte central del ensayo Thoreau hace una apología de lo salvaje, algo que en modo alguno equivale a una defensa de lo brutal o lo cruel, sino de aquello que a su juicio más necesita la civilización: regresar a la naturaleza para absorber de ella el sustento y el perdido vigor. Así el ensayo entero tiene, pese a su apariencia un tanto deslavazada, una unidad oculta. Thoreau camina hacia el Oeste, que es el símbolo de lo silvestre, y esa misma caminata es también un símbolo de la moraleja del texto: hay que partir en búsqueda de las fuentes de la vida. Lo salvaje es sinónimo de lo vivo, porque la vida concuerda con la naturaleza virgen; lo más vivo es lo más silvestre: aún no sometido a la humanidad, dice Thoreau, su presencia la renueva. Finalmente, las últimas páginas de *Walking* son una desordenada miscelánea de pasajes procedentes de varias caminatas. Mediante anécdotas de sus labores como agrimensor insiste en otros temas del ensayo, dispersos aquí y allá: la relación entre las palabras y las cosas; la importancia del tiempo atmosférico; la presencia de lo silvestre en la literatura y la mitología, en la vida cotidiana y en los márgenes de los asentamientos humanos; las simples maravillas con que la naturaleza recompensa a sus observadores; su deseo de que la vida fuese una tragedia antes que una comedia trivial.

En 1853 la Asociación para el Avance de las Ciencias le envió un cuestionario para conocer sus actividades científicas. Tras completarlo, confesó su desazón ante el pobre retrato que se había visto obligado a componer: respondió que era, de la cabeza a los pies, un místico, un trascendentalista y un filósofo de la naturaleza. Ese mismo año regresó la melancolía. Parecía haber perdido toda confianza en sus congéneres, como si buscase la naturaleza para huir de la vida más que para celebrarla. El 3 de enero escribe que, en parte, ama a la naturaleza porque no es humana y ninguna institución la controla aún. El veintiuno, que no puede sobreponerse a lo podrido de las relaciones sociales. El 12 de marzo, que la gente

elige la oscuridad antes que la luz. El 3 de abril, que ningún campo le parece tan desolado como esas personas de quienes lo esperaba todo y no obtenía nada. No encontraba mucho trabajo como conferenciante, pero cuando al llegar la primavera Blake le invita a dar una charla en Worcester, decide esperar hasta sentirse lleno, hasta que el sol salga de nuevo como en la imagen que cierra *Walking*, cerrando una vez más el círculo con una velada referencia a su comienzo:

Y así nos paseamos hacia Tierra Santa, hasta que algún día el sol brille más brillante que nunca, brille quizá hasta dentro de nuestro espíritu y corazones, e ilumine nuestra vida entera despertándonos con una gran luz, tan cálida, serena y dorada como la que se refleja sobre un talud en otoño.

Es un final comparable con las líneas que cierran *Walden*:

Pues sólo amanece el día que nos encuentra despiertos. Y quedan muchos aún por alborear. El sol no es sino la estrella de la mañana.

WALDEN;

OR,

LIFE IN THE WOODS.

BY HENRY D. THOREAU,

AUTHOR OF "A WEEK ON THE CONCORD AND MERRIMACK RIVERS."



I do not propose to write an ode to dejection, but to brag as lustily as chanticleer in the morning, standing on his roost, if only to wake my neighbors up. — Page 22.

BOSTON:

TICKNOR AND FIELDS.

M DCCC LIV.

Trama 9: Portada de la primera edición de *Walden* (1854).

WALDEN
(el libro)

Ticknor & Fields, una editorial de Boston, había mostrado interés por *Walden* en 1849, pero no quisieron aceptar las condiciones de Thoreau, que exigía que publicasen *A Week* primero para poder brindar ese homenaje a John lo antes posible. Cinco años después, convertidos en los editores más importantes del panorama literario norteamericano, adquirieron *Walden* a cambio de un quince por ciento en concepto de derechos de autor, algo que reservaban sólo para escritores de primera fila. Ansioso por ver el libro en la calle, Thoreau estuvo tan ocupado corrigiendo las pruebas de imprenta que por primera vez en muchos años se perdió el deshielo de la laguna. Cuando *Walden* salió a la luz, una escueta anotación en la página de su diario correspondiente al 9 de agosto otorga pareja importancia a la publicación y a las bayas del saúco, que acababan de madurar; quizá con ello quisiera decir que también él había producido al fin su fruto, pues Emerson anotó en su diario que Thoreau, como el indisputable rey de los leones americanos, caminaba Concord arriba y abajo temblando con grandes expectativas. Cuando el libro llegó a Inglaterra, una reseña de George Eliot lo saludó como

un fragmento de pura vida americana (no en su versión del todo vale, sino todo lo contrario) animado por esa capacidad de innovación enérgica pero tranquila, y esa independencia tanto teórica como práctica respecto de las fórmulas al uso, que son propias de las mentes más lúcidas de América.

En cuanto a las ventas, no pueden compararse con las de *La letra escarlata* de Hawthorne, que vendió los primeros cinco mil ejemplares en diez días, pero superaron con mucho las de *A Week*, y la primera edición de dos mil ejemplares se agotó en 1859. *Walden; or Life in the Woods* (Thoreau eliminó este subtítulo, *Vida en*

los bosques, en 1862) se inicia con una larga disertación dedicada a la economía en el sentido original de la palabra griega: las normas de la casa. Una vez superado el escollo de esas ochenta primeras páginas lo demás es fácil, aunque nadie prohíbe que los libros se lean en el orden que más le plazca a cada uno. En realidad, el verdadero tema de *Economy* es la condición vital de sus lectores, y el retrato que de ellos hace su autor es un sombrío panorama de ansiedad y silenciosa desesperación. Pensando principalmente en las masas descontentas y los estudiantes sin recursos, Thoreau se pregunta por qué sus vecinos viven en tan malas condiciones. Encuentra las causas en la cotidiana lucha por obtener lo necesario para la vida y, para predicar con el ejemplo, Thoreau pasa a detallar las diferentes empresas en las que se había embarcado para proveer esas necesidades sin tener que entregar su alma a cambio. Examina su necesidad de ropa, abrigo y comida, y tras algunas páginas sobre arquitectura y mobiliario, llega a su primera conclusión: mantenerse con vida en este planeta no es sino un pasatiempo, si vivimos con simplicidad y sabiduría. No llega a ese resultado por medio de ningún silogismo, sino por fe y experiencia; en esto es tan trascendentalista como empirista, y defiende por igual la confianza en uno mismo y la información suministrada por los sentidos. Cuando un amigo le preguntó por qué no ahorraba dinero para poder viajar a Fitchburg y ver la campiña, Thoreau le respondió:

Me encanta viajar, pero he aprendido que el viajero más veloz es aquel que va a pie. Supongamos que se trata de comprobar quién llega primero; la distancia es de treinta millas y el billete de ida cuesta noventa centavos, es decir, casi el salario de un día. Pues bien, me pongo en camino ahora, a pie, y llego antes de la noche. Mientras tanto, tú habrás ganado el precio del pasaje, y llegarás a destino mañana. En vez de ir a Fitchburg, te quedarás aquí trabajando la mayor parte del día.

Que nadie piense que Thoreau recomienda no tomar jamás el

tren, irse a vivir al bosque más cercano, o cualquier otra medida desesperada. En los bosques de Walden los tramperos colocaban cepos para cazar los visones que vivían al borde de la laguna; a menudo, cuando el animal quedaba atrapado, seccionaba a dentelladas su propia pata para poder liberarse de la trampa, y Thoreau conocía algún caso en el que la pobre bestia había muerto tras haberse amputado varios miembros; al igual que estos animales, pensaba que nosotros también caemos una y otra vez en los mismos errores. Por eso no quería que sus lectores cometieran la equivocación de adoptar a ciegas su modo de vida, pues al margen de que él pudiera haber encontrado otro nuevo para cuando el lector hubiera aprendido el antiguo, Thoreau deseaba que hubiese tantas personas diferentes en el mundo como fuera posible; que cada uno tuviera el máximo cuidado en descubrir y perseguir su propio camino, en lugar del de su padre, su madre o su vecino. Además de la voluntad de evitar las trampas que nos ponemos a nosotros mismos e ir a los hechos esenciales de la vida, hay en *Walden* una tensión entre la soledad y la compañía, entre la naturaleza y la urbanidad. El capítulo *Solitude*, por ejemplo, se inicia con una lírica descripción de esas deliciosas tardes en las que, como dice Thoreau, el cuerpo entero es un solo sentido que absorbe deleite por todos los poros; pero no todo en el libro es soledad, pues a este capítulo le sigue otro dedicado a la villa de Concord. Muchos días, tras pasar la mañana escardando, o quizá leyendo y escribiendo, solía bañarse de nuevo en la laguna con el objetivo de cruzar a nado alguna de sus caletas:

Así lavaba de mi persona el polvo del trabajo mientras alisaba la última arruga provocada por el estudio en mi frente, y por la tarde gozaba de absoluta libertad.

Todas las tardes, o una de cada dos, se daba un paseo hasta el centro para escuchar algo del chismorreo que allí se cuece, circulando de boca en boca o de periódico en periódico, y que tomado

en dosis homeopáticas le resultaba tan refrescante como el susurro de las hojas o el croar de las ranas. Así como Thoreau caminaba por los bosques para ver pájaros y ardillas, así también lo hacía en la aldea para ver hombres y muchachos; en lugar del viento entre los pinos, oía el traqueteo de los carros. En el capítulo titulado *Higher Laws*, Thoreau describe de la manera más explícita posible para un hombre de aquel tiempo y lugar el choque entre sus pulsiones internas. Pues en la laguna encontró dentro de sí un instinto hacia la vida que él llamaba superior y otro instinto hacia otra vida selvática y primitiva, pero Thoreau reverenciaba a los dos por igual, aunque en última instancia creía en la necesidad de esforzarse para superar algunos rasgos de la naturaleza humana; es difícil, reconocía, pero hay que hacerlo. Ese voluntarismo puritano contrasta con la tranquila aceptación con la que comienza *The Pond in Winter*, cuando describe una silenciosa noche de invierno en la que Thoreau despertó, como él dice, en una pregunta ya respondida, en una naturaleza que hace ya tiempo que ha tomado su decisión. En el capítulo *Baker Farm* critica con cierta dureza a un granjero inmigrante que consideraba como una ventaja de vivir en América el que uno, si trabajaba lo suficientemente duro, pudiera consumir té, café y carne a diario. Thoreau le respondió que la única América verdadera es aquella donde tienes la libertad de poder llevar una vida que te permita prescindir de esos artículos, es decir, donde el estado no trate de obligarte a mantener la esclavitud y la guerra y otros dispendios superfluos que, directa o indirectamente, provienen de su uso. Relata después cómo unos nubarrones en el horizonte trajeron un buen aguacero, pero la lluvia no duró mucho. Al escampar, Thoreau se dijo a sí mismo:

Ve a cazar y pescar cada vez más lejos, un día tras otro, y descansa sin remordimientos junto a los arroyos y las hogueras. Levántate libre de cuidados antes del alba y lánzate a buscar aventuras. Deja que el mediodía te encuentre a la orilla de otros lagos, y que cuando la noche te sorprenda encuentres tu

hogar por dondequiera que te halles. No hay campos más vastos que éstos, ni juegos más nobles que los que aquí practicas. Crece salvaje, de acuerdo con tu naturaleza, como estas juncias y helechos que nunca se convertirán en heno inglés. Los hombres son como son por falta de confianza y de espíritu emprendedor, por pasarse la vida vendiendo y comprando como siervos. Deja que retumbe el trueno. Que el ganarte la vida no sea tu ocupación, sino tu deporte. Goza de la tierra, pero no la poseas.

En el otoño de 1854, el aristócrata inglés Thomas Cholmondeley llegó a Concord para conocer a Emerson y, aconsejado por él, se alojó con los Thoreau. Cuando regresó a Inglaterra pidió a Henry que le acompañase, pero éste respondió que se encontraba demasiado apegado a su pueblo como para viajar. Al notar que Cholmondeley usaba algunas prendas de pana, Thoreau encargó unos pantalones de ese material, pues su textura y color arcilloso le parecían ideales para salir al campo. Sus amigos, en cambio, estaban horrorizados ante esa ropa irlandesa que hasta los propios inmigrantes rechazaban. Un año después el amigo inglés le hizo llegar un baúl que contenía la mayor colección de clásicos orientales en toda América, un regalo regio para el que Thoreau construyó un mueble a partir de madera hallada a la deriva en el río. Con todo, y aunque estaba encantado con ellos, los libros llegaron demasiado tarde para influirle de manera apreciable. Cuando tenía poco más de veinte años, la biblioteca oriental de Emerson le había fascinado, pero cercano ya a los cuarenta Thoreau sentía una lealtad mayor hacia sus propios hábitos y pensamientos; ya no necesitaba confirmaciones externas. Mostraba los libros con orgullo a las visitas, pero cuando una persona preguntó si podía leer los volúmenes en sánscrito, le dijo que no pensaba aprender más idioma que el de los campos de Concord. Además,

ahora esta caja lo contiene todo; si aprendiera sánscrito, podría acabar por parecerme vacía.

Mientras tanto, la Ley de Esclavos Fugitivos todavía daba que

hablar, y Thoreau escribió una pieza bajo el titulo *Slavery in Massachusetts* para ser leída en un encuentro de la Sociedad Antiesclavista el 4 de julio de 1854. Miles de personas en el Norte estaban indignadas por las violaciones por parte del gobierno federal de los derechos garantizados por la Constitución a los estados de la Unión. No sólo por la abolición del Acuerdo de Missouri de 1850, que eliminaba las limitaciones a la esclavitud en el antiguo territorio de Louisiana, sino porque el 24 de mayo un esclavo fugitivo, Anthony Burns, fue arrestado en Boston para ser devuelto a Virginia. Cuando los abolicionistas trataron sin éxito de rescatar a Burns, Thoreau no dudó en unirse a Garrison y los demás activistas en su celebración del Día de la Independencia. En su discurso Thoreau recordó la anterior extradición de Sims en 1851 y la relacionó con las celebraciones en conmemoración del inicio de la Revolución americana en Concord. En ese día tan patriótico, Patriot's Day, los habitantes de Concord disparan sus armas y hacen sonar las campanas para celebrar la libertad ganada por las armas en 1775; Thoreau argumenta que si el objeto de la celebración no incluye también a los esclavos, entonces se reduce a la irrisoria libertad de disparar armas una vez al año y desaparece tan pronto como se desvanece el humo de la pólvora. Concluye entonces que sus vecinos son esclavos de sí mismos; tanto o más esclavos que los negros.

Pensando en aprovechar la buena fama de *Walden*, en 1855 decidió embarcarse en una gira de promoción por todo el país. No sin temores, pues el mero proyecto de escribir conferencias y pasar fuera el próximo invierno leyéndolas le hizo ver las grandes ventajas de la oscuridad y pobreza que había disfrutado hasta ahora, pero no tuvo que preocuparse durante mucho tiempo. A pesar de que Greeley había publicado un anuncio en el *Tribune* de Nueva York, las ofertas fueron escasas, y nunca tuvo que desplazarse a lugares lejanos para dar a conocer sus escritos. Para la primera con-

ferencia de esta nueva época, que tuvo lugar en Plymouth, escogió una reelaboración de *Walking* con un tema completamente nuevo: el claro de luna (*Moonlight*). Basada en sus notas de campo del verano de 1851, cuando salía para caminar cada noche de luna llena hasta la una y media de la madrugada, en esta conferencia describe los efectos que sobre el paseante provoca emplear buena parte de la noche caminando por territorios familiares, que se vuelven extraños por el efecto de la luz lunar sobre el paisaje. El entusiasmo, o tal vez la ironía, le llevó a preguntarse si esta vez sus vecinos no le considerarían como un benefactor, ya que reconquistaba para ellos el territorio nocturno, mostrándoles que existía una belleza despierta mientras ellos dormían. No recibió respuesta, pero con esta conferencia consiguió demostrar, al menos a sí mismo, que tanto en sus días como en sus noches vivía lo que Emerson planteaba en sus escritos:

una relación original con el universo.



Trama 10: El Katahdin visto desde el Abol, un afluente del Penobscot.

MAINE & CAPE COD
(cumbres, playas y bosques)

En 1846, durante la estancia en Walden, Thoreau aceptó una invitación de su primo George Thatcher para conocer el estado de Maine, donde trabajaba en las explotaciones madereras. Partió de Concord en una fecha señalada, ese mismo 31 de agosto que fue día de partida para otros destinos y, viajando en tren y barco, llegó a Bangor al día siguiente. Ya en marcha, se les unieron dos amigos más. Tras contratar a un guía local y alquilar un *batteau*, una canoa larga especialmente diseñada para navegar por los rápidos y rocosos ríos de esta zona, remaron hasta alcanzar el último punto habitado y allí asentaron el campamento. Aquella noche las chispas del fuego prendieron en el algodón de la tienda de campaña y tuvieron que dormir bajo la quilla de la embarcación. Al día siguiente remaron y portearon y continuaron remando río arriba hasta llegar a doce millas de la cumbre del monte Katahdin o *Ktaadn* (que significa *la tierra más alta* en la lengua de los indios de la región), el pico más alto del estado. Allí dejaron oculto el *batteau* y, tras pasar la noche y colgar las provisiones de las ramas de un árbol para impedir que los osos las robasen, hicieron la mochila para iniciar la ascensión sin más guía que una brújula. Subieron y subieron durante todo ese día hasta acampar justo por debajo de la *treeline*, la cota donde la vegetación deja paso a la piedra desnuda. A la mañana siguiente, atacaron la cumbre tras desayunar pan con tocino y una taza de lo que Thoreau dio en llamar *nube condensada*. Pronto dejó atrás a sus compañeros y se adentró en una fantástica región llena de niebla y enormes rocas. Era el cuarto o quinto hombre blanco que entraba en esa zona, sagrada para los indios. Impresionado por el sublime espectáculo de la cima del Katahdin, le embargó una extraña sensación de no pertenecer a ese mundo.

El paisaje no se parecía a nada que Thoreau hubiera visto antes. Percibir la materia dispuesta de una forma tan poco familiar le indujo a hacerse preguntas acerca de las cosas aparentemente más familiares:

¿Quiénes somos?

¿Dónde estamos?

Thoreau se apresuró a bajar y buscar a sus compañeros para intentar contarles lo vivido en la cumbre. Fue su primera experiencia en una naturaleza completamente virgen; le pareció temible y cruel, pero también fascinante y atractiva, y algo semejante le ocurrió con el mar.

El 9 de octubre de 1849 Channing y Thoreau partieron hacia Cape Cod, ese brazo arenoso de cien millas de largo que, siempre en guardia, protege del Atlántico la costa de Massachusetts. Cuando llegaron a Boston supieron que una gran tormenta, además de retrasar el barco que allí pensaban tomar, había hundido cerca de la costa otro navío repleto de inmigrantes irlandeses. Movidos más por la curiosidad que por la compasión se dirigieron al lugar de la catástrofe, que además quedaba cerca del hogar de Ellen Sewall, ahora señora de Joseph Osgood, a quien visitaron. Acompañados por Channing y su esposo, caminaron los dos por la playa, como antaño lo hiciera ella con su hermano John, y se asombraron ante la tranquilidad con la que los nativos buscaban algo de valor entre las víctimas y los restos del naufragio. Luego, tras tomar el tren y la diligencia a causa de las fuertes lluvias, Thoreau y Channing recorrieron a pie todo el cabo, durmiendo en casas de mariscadores y pescadores tan desconfiados como entrañables. Pasaron los días curioseando y recogiendo plantas. Cuando regresaron a casa, semanas después de vaciar de arena los zapatos todavía oían el estruendo del océano; a Thoreau se le metió tan dentro que se dispuso a leer todo lo que pudo encontrar sobre la historia de Cape Cod. A mediados de diciembre tenía lista una

charla sobre ese viaje; como fue muy alabada por la crítica y el público en general, regresó en junio del año siguiente para recoger más material, esta vez en solitario. Descubrió entonces que el banco de Provincetown había sido atracado un día antes de su primera visita, y que todas las sospechas de la policía habían recaído sobre aquellos dos curiosos viajeros de Concord. Eso no impidió un tercer viaje al cabo en julio de 1855, cuando Channing y Thoreau pasaron allí dos semanas tratando de mejorar la salud de éste, que había empeorado hasta el punto de impedirle trabajar. Esta vez se quedaron en las inmediaciones del faro de Highland Light y se atrevieron a bañarse en el mar, aunque alguna vez tuvieron que salir del agua tras avistar un tiburón. Con esta excursión Thoreau consiguió completar el primer borrador de su relato de viaje, pero no pudo publicarlo por desavenencias con el editor de la serie de artículos. El resultado, que no podía titularse más que *Cape Cod*, es un libro de viajes de lectura ágil. El texto está estructurado en torno al relato de la primera excursión, que Thoreau complementa con materiales de la segunda y tercera, y es para muchos su obra más amable. Qué son los manantiales y las cascadas comparadas a esto, se preguntaba, si en la playa te enfrentas al manantial de los manantiales, a la cascada de las cascadas. A su juicio, una tormenta en otoño o invierno es el momento ideal para visitar este lugar; un faro o la cabaña de un pescador el mejor hotel. Su cuarta visita fue en junio de 1857; esta vez falló Channing y tuvo que ir solo. Al pasar por Boston hizo su parada habitual en la Sociedad de Historia Natural, de la que era miembro, y se dirigió a Plymouth para visitar a unos amigos. En días como esos Thoreau decía sentirse como un auténtico marino, y tras abandonar Plymouth empleó la siguiente semana en terminar de recorrer el cabo andando, preguntando a los nativos por el camino, y a veces continuando la conversación en el punto justo en el que fue interrumpida dos años atrás. En las posadas aumentaba sus conoci-

mientos sobre las costumbres domésticas de chinches y gatos. Esta fue una de sus visitas más largas a Cape Cod, pero las notas nunca han salido del diario.

Entre una visita y otra al cabo, Thoreau había regresado a Maine en verano de 1853. Esta vez su primo se había procurado un guía indio de confianza, Joe Aitteon, y los tres se reunieron en el lago Moosehead, desde donde llevaron la canoa hasta el río Penobscot. Thatcher quería cazar *moose*, el alce americano, y como Thoreau deseaba ver estos animales en libertad les acompañó en una partida nocturna. Al día siguiente encontraron el primer alce, y Thatcher lo mató de un disparo. Al principio Thoreau se animó a medir el enorme animal, pero cuando Joe comenzó a desollarlo, el espectáculo le pareció repugnante. No había venido a Maine, dijo, para matar alces, ni podía haber imaginado que su primo deseara hacerlo sólo por deporte, porque Joe se limitó a tomar la piel del gran animal y dejó tirado el resto. Todas las criaturas están mejor vivas que muertas, dijo Thoreau, sean hombres, ratones o pinos; por eso él se dedicaba a preservar la vida en lugar de destruirla. Cuando llegaron al campamento por la tarde, se negó a participar en ninguna otra cacería y empleó el resto del viaje en escribir, recoger plantas y tratar de aprender algo del lenguaje de los indios. Así continuaron un par de días hasta que la lluvia y los mosquitos les hicieron regresar a la civilización. Menos de un mes después de su último viaje a Cape Cod en 1857, volvió a partir para visitar los bosques de Maine por última vez. Su compañero era Edward Hoar, el mismo que en 1844 le acompañaba cuando una tarde prendieron fuego por accidente a unos bosques en la orilla de Fair Haven Bay. Para este viaje el primo Thatcher les buscó un guía, que resultó ser Joseph Polis, un indio de unos cuarenta años que a Thoreau le pareció el perfecto representante de su raza. Polis llegó a Bangor con su canoa sobre la cabeza y, tras atarla sobre la diligencia, partieron hacia el lago Moosehead. Allí se embarcaron

los tres a la mañana siguiente con más de ochenta kilos de equipaje, en dirección al monte Kineo, donde acamparon. Mientras Polis pescaba, los blancos buscaban plantas nuevas para sus colecciones de botánica. Thoreau le pidió a Polis que le enseñase más palabras indias, y éste les amenizó la noche con sus canciones; los dos pasaron largo tiempo juntos cuidando del fuego. Tras la pausa dominical continuaron la ruta navegando entre bosques y lagos, tormentas y barro, encuentros y extravíos, cólicos y mosquitos, muchos mosquitos, hasta completar más de quinientos kilómetros y llegar a casa de Polis en Oldtown. Esta visita a Maine resultó especialmente memorable para Thoreau por la amistad con Polis, quien le llegó a dar un nombre indio que significaba *gran remero*. Cuando James Russell Lowell, un antiguo compañero de Harvard, le solicitó un relato del último viaje para el *Atlantic Monthly*, Thoreau contestó que sus notas contenían tantas referencias a Polis que sentía reparos en darlas a la imprenta, pero a cambio le envió una conferencia, lista para su publicación, que relataba su excursión a Maine en 1835. Cuando apareció la parte correspondiente al número de julio, Thoreau comprobó que Lowell había censurado una frase. Se apresuró a escribirle lo siguiente:

Me ha sorprendido comprobar que la frase referida a un pino "es tan inmortal como yo pueda serlo, y quizá vaya a un cielo tan alto como yo, para así continuar elevándose sobre mí" ha sido omitida, y se me ha ocurrido que quizá debiera revisar las pruebas de imprenta. Apenas necesito añadir que no estoy dispuesto a permitir esta clase de piadosas libertades con mi manuscrito. En este caso, el editor no tiene más derecho a omitir un sentimiento que a insertar otro, o a poner palabras en mi boca. No pido a nadie que adopte mis opiniones, pero sí espero que, cuando me las solicitan para ser impresas, o bien las impriman o bien obtengan mi consentimiento para alterarlas u omitirlas. No leería muchos libros si supiera que han recibido semejante tratamiento.

A esto Lowell no se dignó responder, y Thoreau no volvió a enviarle nada nunca más. En junio de 1859 recorrió en compañía

las montañas del estado de New Hampshire: con Blake, el monte Monadnock y, junto a Edward Hoar, las más temibles White Mountains. En aquellos viajes no eran muchas las cosas verdaderamente imprescindibles, pero esas pocas representaban una gran diferencia en comodidad. Le gustaba vivir cerca de la naturaleza, pero siempre dentro del entorno civilizado que la pequeña villa de Concord representa a la perfección. En su relato de viaje *A Yankee in Canada* escribió que le gustaba nombrarse, a sí mismo y a sus compañeros, Caballeros del Paraguas y el Hatillo, pues dondequiera que fuesen siempre hatillo y paraguas iban con ellos, ya que querían estar listos para partir en cualquier momento. No tenían su hogar en ningún sitio en particular, sino dondequiera que estuviese el hatillo y el paraguas. Hubiera sido divertido, dijo, si por cortesía el alcalde de alguna ciudad canadiense les hubiera preguntado dónde se alojaban; sólo podrían haberle contestado que, de momento, se alojaban con Su Excelencia. También le divertía escuchar, tras su retorno, a quienes preguntaban si les había sido fácil hallar acomodo; como si saliésemos fuera para estar cómodos, respondió, pudiendo tener eso en casa. Pero cuando Thoreau se enfrentó directamente a la espesura virgen de los bosques de Maine, el estado de naturaleza le pareció algo inhumano, y aunque el poeta deba tomar su inspiración de él, dijo, no es un sitio que podamos habitar durante largo tiempo, pues en él uno se enfrenta a la verdadera fuente del mal, que a su juicio no se hallaba en el estado o la sociedad, sino en nosotros mismos. En cierto sentido, esto se acercaba a lo ya dicho por Emerson, y en su ensayo sobre la desobediencia civil Thoreau comparaba a Massachusetts con una remilgada mujer solitaria, preocupada por sus cucharas de plata, que no sabe distinguir a sus amigos de sus enemigos: una pobre vaca que pasta a tu lado. No obstante, al recordar los últimos días de John Brown volvió a sentir más odio que compasión por el estado en que vivía.



Trama 11: John Brown.

JOHN BROWN
(un rifle de mayor alcance)

Cuando su padre murió el 3 de febrero de 1859, Thoreau tuvo que asumir aún más responsabilidades en el negocio familiar. Mientras trataba de perfeccionar la fabricación de lápices, el municipio de Concord le contrató como agrimensor para un proyecto importante, y al año ya tenía algo que decir en la feria de ganado del condado de Middlesex sobre la reproducción de las especies forestales. El éxito de esa conferencia, *The Succession of Forest Trees*, fue tal que durante mucho tiempo el público le consideró más biólogo que otra cosa. Comenzó a escribir ese ensayo buscando respuesta a un granjero que le preguntaba por qué allí donde se cortaba un bosque de robles surgía otro de pinos y viceversa. Era una pregunta oportuna, ya que entre los naturalistas todavía se discutía la generación espontánea de los seres vivos. Thoreau respondió que tenía mucha confianza en la capacidad de las semillas para encontrar suelo donde enraizar, pero que donde no llega ninguna semilla no podrá surgir planta alguna. Eso sí, añadió, estoy dispuesto a esperar maravillas allí donde me cerciore de la existencia de una semilla. Este trabajo sobre la dispersión de las semillas le hizo interesarse por la obra de Darwin, y Thoreau fue la segunda o tercera persona que leyó *El origen de las especies* en los EE.UU. En 1860 tomó muchas notas de ese libro, pero antes incluso de haberlo leído, en la conferencia ya describía en términos semejantes a los de Darwin el mecanismo mediante el cual tiene lugar la sucesión de las diferentes especies de árboles en su hábitat. No obstante, durante los últimos meses de 1859 no pudo escribir sobre otro tema que no fuera John Brown, un hombre aferrado hasta el martirio a la simple verdad de que los derechos de los negros son tan respetables como los de los blancos.

Una ley de 1854 dejaba la decisión de convertirse en estado libre o esclavista a cada población de los nuevos territorios de la Unión. En los años siguientes, esto tuvo sangrientas consecuencias en Kansas, que estaba siendo colonizado por emigrantes procedentes tanto del Norte abolicionista como del Sur esclavista. Como paso previo al referéndum, esclavistas y antiesclavistas hicieron sus propios censos electorales y acabaron por establecer gobiernos diferentes; el conflicto de legitimidades provocó enfrentamientos armados. Las escaramuzas fueron especialmente violentas durante el verano de 1856, y fue entonces cuando el nombre del líder abolicionista John Brown saltó a las páginas de la prensa. Brown y los suyos se hicieron famosos por sus victorias, en inferioridad numérica, sobre los grupos de así llamados *rufianes* que controlaban las fronteras del Sur para hostigar a las poblaciones antiesclavistas. Una de ellas, Lawrence, fue destruida por un ataque de esos rufianes el veintiuno de mayo. Tres días después, Brown se tomó la justicia por su mano y atacó la colonia esclavista de Pottawatomie Creek, matando a sangre fría a cinco hombres. Durante el invierno siguiente Brown viajó al noreste para recaudar fondos con los que continuar su lucha y uno de sus principales valedores en Concord fue Sanborn. Gracias a él, Thoreau se entrevistó con Brown en al menos dos ocasiones.

El 16 de octubre de 1859, capitaneando un grupo de unos veinte hombres, Brown se apoderó del arsenal federal en Harper's Ferry, Virginia, en un intento de iniciar una guerra de liberación de los esclavos. En la batalla por hacerse con el control del arsenal hubo víctimas por ambos bandos, pero finalmente los rebeldes consiguieron su objetivo. En lugar de retirarse con el botín, Brown permaneció dentro del arsenal en espera de que se le unieran los negros de las plantaciones circundantes. Los únicos que llegaron, como era previsible, fueron los soldados enviados contra él. Brown resistió el ataque con indomable coraje durante un día y una

noche, pero con el alba un contingente de marines consiguió entrar en el arsenal, donde le encontraron herido junto a diez de sus hombres muertos. Fue juzgado por traición a Virginia; se negó a alegar demencia en su descargo y se le condenó a morir ahorcado el 2 de diciembre. Cuando supo de su arresto, la primera reacción de Thoreau fue de solidaridad con el capitán, a quien dedicó una larga anotación en el diario. Posteriormente comenzó a dirigir su indignación hacia un público imaginario, y para el 21 de octubre ya había concebido el plan de dar una conferencia en defensa de Brown. La terminó el día treinta y así lo hizo saber a su familia y vecinos. Hasta Sanborn dijo que le parecía poco prudente: el ambiente estaba demasiado crispado, incluso en zonas antiesclavistas como Concord, y el miedo a manifestarse sobre este tema era notorio. Sanborn llegó a decir que la gente temía por sus vidas, y no precisamente por la proximidad de Halloween. Pero Thoreau envió avisos a los hogares de Concord anunciando que por la tarde hablaría en el salón de actos sobre la condición y el carácter de John Brown, e invitó a todos a asistir. El comité republicano y el comité abolicionista insistieron en que era prematuro y poco aconsejable. A una hora temprana la sala ya estaba llena de gente de todos los partidos y su ferviente elogio del héroe fue escuchado con gran respeto por todos; según Emerson, por muchos con una simpatía sorprendente hasta para ellos mismos.

Con esta conferencia del 30 de octubre de 1859, publicada más tarde como *A Plea for Captain John Brown* en el periódico de Greeley, Thoreau se convirtió en la primera persona que se atrevió a defenderle en público. En el texto criticaba la reacción de sus vecinos al escuchar las primeras noticias del ataque; la mayoría de la gente pensaba que la resistencia de Brown había malogrado su vida y la de otros, pero Thoreau se preguntaba desde qué altura moral se emitía semejante opinión, a qué otras empresas se dedicaban sus vecinos para atreverse a juzgar las de Brown. Thoreau no quiso

ocuparse de las consecuencias de sus acciones, que ignoraba en su mayor parte, sino en los principios que las guiaban. No estaba tan interesado en el personaje como en lo que representaba. Insistió también en que Brown podía pasárselas perfectamente sin armas de fuego mientras mantuviese su capacidad discursiva: un rifle, dijo, infinitamente más seguro y de mayor alcance. Al margen de su distinto final, Thoreau pensaba que la historia de Brown era moralmente superior a la de los patriotas que en 1775 lucharon contra los ingleses en Concord, pues estos lucharon contra sus enemigos, pero Brown tuvo el más raro coraje de luchar contra los errores de su país. Se preguntaba, en fin, si era un fracaso liberar a una docena de seres humanos y atravesar con ellos un estado tras otro, como Brown hizo durante semanas y meses, a plena luz, a paso tranquilo, al alcance de todas las facciones, con un precio puesto sobre su cabeza, enfrentándose a un tribunal y relatando lo que había hecho, persuadiendo al estado de Missouri de que no era rentable mantener la esclavitud cerca de donde él viviera; haciendo, en suma, lo que muchos desobedientes civiles han hecho con posterioridad. En el mundo según Thoreau hay cosas que son más importantes que la propia vida. Al fin y al cabo, sin gentes como Brown y los soldados norteños que invocaban su nombre, es muy posible que la maquinaria judicial y política de los EE.UU. no hubiera conseguido abolir la esclavitud jamás.



Trama 12: Henry D. Thoreau en 1861.

HENRY
(una vida de principios)

El 3 de diciembre de 1860, tras examinar bajo la lluvia unos troncos para su estudio sobre las semillas, Thoreau regresó a casa con un fuerte resfriado, contagiado quizá por Alcott, que acabó por convertirse en bronquitis y algo más. Vivir mucho de puertas afuera le había conservado la salud, pero sus pulmones llevaban expuestos a la tuberculosis tiempo suficiente como para albergar pocas dudas acerca del diagnóstico. Tras muchas semanas confinado en casa decidió cambiar de aires (la última esperanza para los amores y los pulmones sin remedio, como escribió Nabokov) y organizó un viaje a Minnesota para intentar recuperar fuerzas, pero al regresar se sentía aún más cansado que cuando partieron en mayo de 1861. Durante los casi dos meses de viaje, la debilidad provocada por la tuberculosis le impidió estudiar a su gusto la fauna y flora del Medio Oeste, y los pocos contactos que mantuvieron con los indios de las llanuras fueron demasiado formales como para satisfacer su curiosidad. Por si eso fuera poco, Thoreau temía haber contagiado la tuberculosis a su compañero de excursión. Había regresado a casa para enfrentarse a los hechos últimos de su vida, pero la tarea no era fácil, pues los hechos son como los muros de una habitación, te rodean por todas partes; si te enfrentas a uno tienes que dejar de lado a los demás, y tal vez por eso Thoreau prestó muy poca atención a la guerra civil que por fin había comenzado entre el Norte y el Sur. No es que rechazase el presente estado de cosas, pero hubiera preferido no haber oído nada acerca del conflicto; lo poco que había escuchado era tan preocupante que, se temía, no recuperaría la salud mientras no llegase la paz, así que se puso a leer a Heródoto para contrarrestar la influencia de las últimas noticias. Mientras tanto, sus caminatas se

volvían más y más cortas. Durante uno de sus últimos paseos por las lagunas, mientras hablaba de alguna cosita que había encontrado en el camino, mencionó que el secreto del genio es hacer grande lo pequeño, y Channing pensó que ésa era una buena manera de resumir su arte. A finales de septiembre le pidió a Sophia que le acompañase a Walden por última vez. Mientras ella dibujaba, él recogía bayas silvestres que iba dejando caer, una a una, sobre la tersa superficie del agua:

¡plop!

Tras aceptar la visita de algunos doctores para satisfacer a sus amigos, renunció a la ayuda médica. Le preocupaba más la situación económica en la que iba a quedar su familia, reducida a su hermana Sophia y su anciana madre; para asegurarles algún ingreso extra, se dispuso a preparar la publicación de sus últimas conferencias. Los editores de *Walden*, que habían despedido a Lowell de la revista *Atlantic Monthly*, le ofrecieron una buena cantidad por cada nueva pieza que les enviase. En estas circunstancias, la levedad que a veces encontraba en sus manuscritos se le hacía insoportable, y eliminó sin piedad la mayoría de los pasajes humorísticos. Con el frío su tos se hizo más violenta, apenas podía salir y escribir se convirtió en un tormento. Guardaba los cuadernos de su diario durante estos veinticuatro años, pero no había vuelto a escribir en él desde el 3 de noviembre de 1861. Ese día describe las marcas de un fuerte aguacero en las pendientes arenosas que flanquean la línea férrea, y deduce por su orientación de qué lado soplaba el viento durante la tormenta. Esto es lo último que escribió:

Todo esto es perfectamente visible para el ojo atento y, sin embargo, pasa desapercibido para la mayoría. Así cada viento deja su autorretrato.

Así deja cada uno su marca personal sobre la tierra, algo similar a lo que había sido para él la literatura. El 20 de febrero de 1862 envió el texto de *Autumnal Tints*, su ensayo sobre los colores del otoño; el veintiocho, otro que recibirá el título de *Life Without*

Principle, una crítica feroz del poco fundamento que encontraba en las vidas de sus vecinos; el 11 de marzo le toca partir a *Walking* y el 2 de abril a *Wild Apples*, un ensayo extraído de sus extensas notas sobre frutos silvestres.

El texto de *Autumnal Tints*, sus matices otoñales, forma parte de un proyecto mayor, dedicado a la caída de la hoja, que no consiguió completar. Es un ensayo lleno de imágenes crepusculares y un último canto de amor para los árboles, esos inocentes catalizadores de esperanza, como los definió Thoreau, que toda población necesita para mantener a raya la melancolía y la superstición. Su hoja favorita es la del roble escarlata (*Quercus coccinea*), a su juicio la más hermosa entre todos los demás robles americanos por la compleja belleza silvestre de su silueta. Al describir cómo estas hojas bailan en lo alto con la luz, cuenta que se mezclan tan íntimamente que, con su esbelta superficie satinada, es difícil adivinar qué es hoja y qué es luz en la danza. Y cuando no hay céfiro que las agite, añade Thoreau, forman una rica tracería en las ventanas del bosque. Es probable que al contemplar las hojas caídas pensase en su propia muerte. En el ensayo se pregunta si llegará un tiempo en que los hombres, que presumen de su fe en la inmortalidad, yazcan con tanta elegancia y perfección como estas hojas. Esta es una de sus últimas recomendaciones:

Llévate una hoja a casa y estúdiala con atención a tu gusto, junto a la chimenea. Observa qué graciosa combinación de curvas y ángulos, qué silueta tan agradable como silvestre: es todo un tipo, pero no un tipo de letra Oxford, tampoco de esas letras vascas o de las que tienen flechas en la punta, ni de los que se ven en la piedra de Rosetta, sino un modelo que algún día se copiará en las esculturas, si es que alguna vez llegan a tallar piedra por aquí.

Life Without Principle es el título final de una de sus conferencias más repetidas, y posiblemente la que mejor le retrata: le gustaba comenzar la charla afirmando que cuando se le invitaba a hablar en cualquier sitio daba por sentado cierto deseo de oír lo que pensa-

ba sobre algún tema, y no de que se limitase a decir sólo cosas agradables para el auditorio, así que les entregaba una fuerte dosis de sí mismo, aunque les aburriese lo indecible. Pero no se aburrían, sino que comenzaban a ponerse nerviosos y a moverse en sus asientos cuando Thoreau declaraba que si un individuo pasea por los bosques por amor a ellos la mitad de cada día, corre el riesgo de que le consideren un holgazán; pero que si se pasa todo el día especulando, cortando esos bosques y dejando la tierra desnuda antes de tiempo, se le aprecia como ciudadano laborioso y emprendedor, como si el único interés de una ciudad por sus bosques estuviera en talarlos. A continuación condenaba la obsesión que ha convertido al mundo en un lugar de trabajo donde casi todas las noches le despierta a uno el resoplido de la locomotora. Pues Thoreau creía que no hay nada, ni tan siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía, a la vida misma, que ese trabajo que no cesa. No es que no le gustase trabajar, sino que juzgaba que casi nadie estaba bien empleado. En particular, las labores de políticos y periodistas le resultaban incomprensibles. Es un mundo extraño, decía, éste en el que los imperios, los reinos y las repúblicas vienen a pedir a la puerta de un ciudadano corriente y le cuentan sus problemas al oído, donde si uno se niega a leer el *Daily Times* el gobierno se pondrá de rodillas ante él, porque esta es la única traición en los tiempos que corren. El mundo según Thoreau no es un taller, pero tampoco una lotería, y la fiebre del oro le hacía pensar en dios como un acaudalado caballero que tira un puñado de monedas porque le gusta ver a los hombres arrastrarse por el suelo:

¡La gran rifa del mundo!

Quizá Thoreau se sintiese más celoso de lo normal con respecto a su libertad; juzgaba como un éxito personal que esas pequeñas labores con las que se ganaba la vida todavía le siguieran reportando cierto placer, y que de hecho olvidase a menudo que le eran

necesarias. Pensaba que si tuviera que vender mañanas y tardes a la sociedad, como muchos hacen, no le quedaría nada por lo que seguir viviendo. Debes vivir de aquello que amas, escribió, y así como en su cabaña de Walden tenía los *Diálogos* de Platón, que según Thoreau contenían lo que de inmortal había en él, de igual modo depositó en *Walden*, en sus escritos, lo mejor de sí mismo.

Wild Apples es también fragmento de un proyecto mayor sobre frutos silvestres que quedó a la espera de que alguien lo continuase. En esos manuscritos, entre muchos pasajes dedicados a las *huckleberries*, las bayas de unos arbustos ericáceos similares a los arándanos (*Vaccinium myrtillus*) y las gayubas (*Arctostaphylos uva-ursi*), insiste Thoreau en la necesidad de establecer parques naturales y espacios silvestres para la instrucción y el recreo de las generaciones venideras, y beneficiarnos así del potencial liberador de la naturaleza virgen. En uno de esos pasajes cuenta Thoreau cómo

alguien, llamémosle A, que se gana la vida como recolector profesional de bayas, ha arrendado el campo de B y se encuentra ahora, podemos suponer, recogiendo a caballo la cosecha con un rastrillo patentado. Un cocinero profesional, C, está supervisando el horneado de una tarta hecha con parte de las bayas, mientras el Profesor D, que es el receptor de la tarta, está sentado en su biblioteca escribiendo un libro: un tratado botánico sobre la familia de las Gaylussacia*, por supuesto. Y el resultado de este descenso a los infiernos se podrá comprobar en ese trabajo, el fruto final del campo. No valdrá para nada. Nada habrá en él del espíritu de las* huckleberries*, y su lectura servirá sólo de penitencia. Yo creo en una división del trabajo diferente: una que invite al Profesor D a dividir libremente su jornada entre el campo de bayas y su biblioteca.*

Una división del trabajo que Thoreau ya no podía practicar, porque el invierno le había confinado en su habitación, pero el recuerdo de la naturaleza todavía le servía para entretener a las visitas. Sam Staples, su amigo carcelero, se fue diciendo que nunca había pasado una hora tan agradable:

Nunca vi a un hombre morir con tanta placidez.

Emerson entraba en casa con frecuencia y su antigua discordia había pasado ya al olvido. Su mente tampoco era la de antes, y pronto comenzaría a perder la memoria. Años después le preguntaría a Lidian:

¿Cómo se llamaba mi mejor amigo?

Cuando su mujer respondía, él repetía el nombre con una sonrisa:

Oh sí, Henry Thoreau.

Recordando lo mucho que disfrutaba su amigo con la caja de música cuando, veinte años antes, se establecieron en Concord, los Hawthorne se la llevaron a casa. Tales muestras de afecto acabaron con su famosa dureza de leño y no le importó reconocer que a veces la gente puede ser sinceramente generosa. A cambio de tantas atenciones, y mientras pudo hacerlo, insistió en sentarse a la mesa familiar durante la hora de las comidas, pues no sería sociable comer solo, dijo. La enfermedad no sólo le había confinado dentro de casa, sino también en el interior de sí mismo. Junto a la ventana le dijo a Channing que ya no podía ver el exterior. Tú y yo, añadió con un guiño, nos creíamos grandes filósofos en aquellos días de lluvia. En la calle un músico ambulante tocaba una tonada que le recordó su infancia. Se le llenaron los ojos de lágrimas y sólo pudo pedir a sus acompañantes que le dieran algo de dinero. Cada nota y cada melodía le recordaban los muchos misterios que le quedaban por descubrir. Queriendo consolarle, una visita le dijo que todos tenemos que partir algún día. Cuando era un muchacho, respondió, supe que tenía que morir y lo acepté, así que esto no me toma por sorpresa; la muerte está tan próxima para ti como para mí. Todos los visitantes que intentaban prepararle para el final se llevaron respuestas por el estilo. Uno le preguntó cómo estaba su relación con Cristo. Me importa más cualquier tormenta de nieve que Jesucristo, respondió, pues ya tenía suficiente con la tía Louisa

en casa, que no paraba de preguntarle si había hecho las paces con dios; a ella le dijo que no tenía constancia de que dios y él hubiesen reñido. Cuando ya le quedaban pocos amaneceres que contemplar, se recostó entre almohadones junto a su madre, que le aliviaba el calor de la mañana con agua de colonia y un abanico. En una mesa cercana, cubierta por sus artículos y otros papeles, se sentaba Sophia preparándolos para Ticknor & Fields. Un amigo les acompañaba. Pareces tan cerca del río oscuro que casi me dan ganas de preguntarte cómo se ve la otra orilla, le dijo. Como ascendiendo por una fatigosa montaña, Thoreau se tomó un momento para contestar:

Cada mundo a su tiempo.

El seis de mayo, algo antes de las nueve de la noche, la respiración de Thoreau se hizo cada vez más débil. Cuando alguien mencionó a Ellen Sewall, abrió los ojos para decir que nunca había dejado de quererla. Luego pidió a Sophia que leyera en voz alta el último capítulo de *A Week*. Por un instante estuvo de nuevo con su hermano de regreso a Concord, y la belleza del mundo entero, como escribió entonces, reposaba ante quien, navegando río abajo, sólo tiene que mover el timón para mantener su barca en el centro del caudal y evitar los saltos de agua. Ahora navegaremos bien, le susurró a Sophia. Ella asintió en silencio. Thoreau intentó decir algo acerca del libro sobre los bosques de Maine, pero enseguida se dejó llevar por el río sin la menor agonía. Su hermana y amigos se encargarían de publicarlo. Thoreau murió soñando con los días y los dioses, Concord y Harvard, John y Ellen, Emerson y el Club, el Musketaquid y el Merrimack, Walden y Kant, el Este y el Oeste, Joe Polis y John Brown; con todas las cosas libres y salvajes que había amado. Indio, alce: éstas fueron sus últimas palabras.

Había escrito que todo su talento consistía en querer pocas cosas, pero que su amor por esa tierra a la que tanto había abrazado le llevaba a pensar con placer en la idea de que se le enterrase

en ella. Pensaría entonces, añadió, en esas gentes que sabrán de su amor aunque nunca se lo haya dicho. Emerson insistió en que el funeral se celebrase en la First Parish Church, y lo consiguió aunque hubo quien recordó que Thoreau se había borrado hace años del censo eclesiástico. Alcott hizo que los niños tuviesen el día libre en la escuela para poder asistir a la ceremonia, que se celebró en un hermoso día de primavera, el nueve de mayo. El propio Alcott leyó el poema *Sic Vita*, y otros amigos compartieron su pasaje favorito de entre los escritos por Thoreau. Se cantó un himno escrito para la ocasión por Channing, el más visiblemente afectado de todos. Emerson leyó una larga elegía, mitad elogio y mitad malentendido, que concluyó diciendo que América no sabía aún qué hijo acababa de perder. Más tarde, Louisa May Alcott, una de sus antiguas alumnas, contó a Sophia Ford que el día en que la tierra le dio abrigo parecía como si la naturaleza se hubiera vestido con su traje más benigno para acoger a este diligente hijo y amante suyo, y darle así la bienvenida a un largo sueño entre sus brazos. Al entrar en el patio de la iglesia cantaban los pájaros, se abrían las primeras violetas entre la hierba y los pinos susurraban suavemente su canción de cuna; allí lo dejamos, dijo Louisa, entre su padre y su hermano, sintiendo que si bien su vida nos parecía demasiado corta, florecería y nos entregaría su fruto largo tiempo después de su partida, y que tal vez ahora podríamos mantener con él una relación más estrecha que cuando vivía. Hay que vivir como si fuéramos a vivir siempre, dijo Thoreau; para él, el destino de la vida era más vida, y sus escritos han vivido y continúan viajando y esparciéndose por el mundo aunque sus huesos sigan en Concord, enterrados en el Risco de los Escritores de Sleepy Hollow, en una esquina del lote familiar, rodeado de hierba y árboles. La tumba se encuentra en los márgenes, como siempre. Tiene un pequeño mojón y una sola inscripción:

HENRY.

EPÍLOGO
(el mito Thoreau)

Cuenta en su diario Augusto Monterroso que un día, en el índice de autores de un volumen de la Colección Austral, vio de pronto un nombre

Thoreau, Henry de

y trató de imaginar lo que pensaría el autor de *Walden* si viera esta preposición añadida a su nombre, convertido en el de un autor francés de cierto abolengo: Henry de Thoreau. La metamorfosis (de David a *de* pasando por la inicial D) es todo un símbolo de las muchas transformaciones que ha sufrido nuestra recepción de su vida y obra. A finales del siglo diecinueve, la crítica consideraba a Thoreau como una especie de nihilista a quien la mera idea de deberle obediencia al estado causaba repugnancia. En 1960, Thoreau (o al menos una efigie suya) entraba en el panteón de los héroes norteamericanos, la Hall of Fame for Great Americans de la Universidad de Nueva York, junto a Washington, Franklin, Lincoln, Edison y Emerson. En 1998, el presidente de los EE.UU. le proponía como modelo de las mejores prácticas ciudadanas, añadiendo que ante la injusticia no podemos olvidar sus lecciones acerca del poder de la desobediencia civil y su superioridad moral sobre la violencia.

En las ciencias naturales el prestigio de Thoreau es considerable; por ejemplo, el biólogo Edward O. Wilson comienza su libro sobre *El futuro de la vida* (2002) con una sentida carta a Thoreau. En cuanto a las ciencias sociales, aunque hoy revistas de gran tirada le describen como representante de un individualismo indómito y radical, Thoreau no ha recibido mucha atención por parte de los teóricos; cuando la recibe, éstos muestran poca paciencia con él. Por ejemplo, unos declaran que la perspectiva de Thoreau sobre la

vida política carece de concreción alguna; otros que los problemas sociales de Norteamérica son preocupaciones secundarias para Thoreau en comparación con su obsesión por el autodescubrimiento. Hay quien dice que esa combinación de narcisismo y radicalismo político es un rasgo común de la cultura norteamericana, algo que explicaría la permanente identificación de Thoreau con el excéntrico ermitaño que el cliché más extendido nos dice que fue. Si estas descripciones son exactas, no sorprende que otros estudiosos hayan concluido que o bien Thoreau tiene poco que decir sobre la vida pública o bien lo que dice es tan erróneo que, en el mejor de los casos, cuenta sólo como ilustración de cierta enfermedad de las sociedades occidentales. Con todo, la reputación de Thoreau en la cultura popular y los movimientos sociales no parece tener relación alguna con el juicio académico acerca del valor de su pensamiento político. Que los activistas sí creen que Thoreau tiene algo que decir es evidente si observamos la presencia de este autor como icono contestatario en los EE.UU. El siguiente testimonio de Martin Luther King no es el único en esa línea, pero sí de los más conocidos:

Leí el ensayo de Thoreau sobre la desobediencia civil por primera vez durante mis primeros años en la facultad. Fascinado por la idea de rehusar cooperar con un sistema injusto, me conmovió tan profundamente que releí la obra muchas veces. Quedé convencido de que la no cooperación con el mal es una obligación moral en la misma medida que lo es la cooperación con el bien. Nadie ha logrado transmitir esta idea de forma más apasionada y elocuente que Henry David Thoreau.

Otra opinión común es que los escritos de Thoreau son inmaduros; el mito Thoreau se convierte entonces en el paradigma de la tópica rebeldía juvenil. Hasta Emerson escribió en su diario que Thoreau *is a boy, & will be an old boy*, y Henry James añadió que Thoreau era, literalmente, el egoísta más infantil, inconsciente y desvergonzado que jamás hubiera tenido la fortuna de conocer.

Robert Louis Stevenson encontraba algo esencialmente juvenil en el garrotazo y tentetieso de Thoreau para con todas las opiniones corrientes; otros lo han calificado de *incesante moralina adolescente*. El argumento suele concluir que, como Thoreau nunca fue intelectualmente un adulto, no necesitamos tomarnos en serio el contenido político de su obra: era demasiado inexperto, trascencendentalista y misántropo como para saber nada sobre el mundo social y la esfera pública. No obstante, Joyce Carol Oates ha escrito que el atractivo de Thoreau hoy reside precisamente en ese instinto (adolescente quizá, pero no sólo adolescente) que se resiste a caer en la escalera de la responsabilidad, la reputación y la hipocresía.

En 1982, el biógrafo Leon Edel publicó un ensayo en el que denunciaba las estancias en Walden y en la prisión de Concord, los dos hitos que según él configuraron el mito Thoreau, como una fabricación, mera pose, y proseguía con las descalificaciones que siguiendo la estela de Lowell han sido vertidas contra Thoreau. Afirmaba también que

la imagen de Thoreau que hemos recibido es mayor que el personaje que conocieron sus contemporáneos. Su mito de una vida solitaria en los bosques, del hombre contra la sociedad, ha proporcionado a los modernos reflexiones sobre su propia situación en un mundo en el que los árboles desaparecen y el aire está contaminado: un mundo alienado, enajenado de la naturaleza. Thoreau dio forma permanente al sueño de los hombres encerrados en grandes comunidades urbanas y anónimas que quieren "escapar de todo".

Estas críticas parecen restar importancia a su pensamiento social aduciendo que Thoreau estaba demasiado apartado de la sociedad como para saber de lo que estaba hablando; hasta Walt Whitman mencionó el desdén por la gente corriente como el mayor defecto de Thoreau. Aunque estas objeciones explican al menos en parte por qué se le ha prestado tan poca atención académica, como tales no son convincentes ni fieles a los hechos. No hay razón alguna para suponer que Thoreau fuese emocional o

intelectualmente inmaduro; por otro lado, los avatares de su vida íntima no afectan a nuestra obligación de entender sus escritos en sus propios términos, del mismo modo que los problemas personales de Jean-Jacques Rousseau no nos eximen de la necesidad de estudiar *El contrato social*. De hecho, Rousseau escribió sus propias *Ensoñaciones del paseante solitario* (1782), y nadie se atreve a negar por ello que sea uno de nuestros filósofos políticos más influyentes. (Incluso podría trazarse una conexión entre los dos a través de Wordsworth, lector de Rousseau y a su vez lectura de Thoreau.)

En definitiva, las acusaciones de inmadurez son prueba de ese dogmatismo que simplemente descalifica toda crítica como poco realista. Es falso que Thoreau estuviese apartado de la comunidad de modo significativo; estaba completamente integrado en la vida cívica (o aldeana) de Concord; en particular, se hallaba muy implicado en el movimiento abolicionista, en la organización de los ciclos de conferencias del Liceo, en la redacción de la revista *The Dial* y en la educación formal e informal de los niños de la villa. A pesar de las críticas que dedicaba a los reformadores, Thoreau compartía con su época un enorme apetito por todo lo que significase cambio, renovación o regeneración social. No existen fundamentos para sostener que fuese un ermitaño, apartado del mundo de sus semejantes y sin conocimientos acerca de la cosa pública. Ni siquiera durante sus dos años de estancia en Walden dejó Thoreau de mantener un contacto regular con sus vecinos, familiares y amigos. Ciertamente, buscó cierto desapego con respecto a los asuntos comunes de la vida cotidiana, pero eso no significó nunca separación de la sociedad humana. Y, por otra parte, si fuese cierto que Thoreau vivió una vida solitaria, ello no le descalifica en modo alguno como crítico social. De hecho, cierta separación podría incluso ser una ventaja, al permitir una observación más imparcial y desapasionada que la de quien se encuentra inmerso en las batallas del día a día.

Una vida cotidiana en la que, hoy, inmersos en una ruidosa cultura de masas, cada vez es más difícil preservar la individualidad y la complejidad. En su colección de ensayos *Cómo estar solo* (2002), el novelista Jonathan Franzen relaciona este problema con la erosión de la vida pública y la dignidad privada en la América postmoderna, esa que algunos llaman *imperial*; hay quien le ha comparado con Thoreau por ello. Puede que la comparación sea exagerada, pero en la obra de Franzen abundan las alusiones más o menos irónicas a Thoreau. Cuando un personaje secundario de su novela *Las correcciones* declara haber aprendido a *vivir deliberadamente*, está haciendo un guiño a *Walden*. Pero, sobre todo, el mito Thoreau se ha divulgado en la cultura popular gracias a una memorable escena de la película *El club de los poetas muertos*, cuando Robin Williams entrega a sus jóvenes alumnos una antología de poesía con la siguiente inscripción:

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida, y ver si puedo aprender lo que ésta tenga que enseñarme;

esta frase, aún a riesgo de volverse tópica de tan repetida, tiene mucho que decir sobre el mito y la filosofía de Thoreau. Nos dice que aunque no podemos vivir sin elegir (no elegir ya es una elección), uno puede resolverse a elegir una vida más ética, una vida de consciente deliberación y elección. Esta resolución pone en marcha una investigación, un proceso de educación moral, cuyo motor es la mortalidad, la anticipación de la muerte. La cosa más importante en la vida, la más urgente, nos dice Thoreau, es aprender a vivir deliberadamente. Deliberar consiste en discernir entre nuestras opciones y elegir activamente las mejores de verdad, evitando caer en las más fáciles. Esta definición no es meramente teórica, sino que se basa en la intuición de que la vida buena no es algo dado, sino un logro; los mitos y ritos de paso a través de los cuales un joven recorre el camino hacia la edad adulta son símbolos

más o menos obscuros de esta intuición práctica. *Walden* podría leerse también en esa clave ética, como una ilustración o experimento de vida deliberadamente buena. El propio Thoreau consignó en su diario la siguiente admonición:

Resuélvete a no leer ni un libro, ni a dar un paseo, ni a lanzarte a ninguna empresa cuya descripción no puedas soportar contarte a ti mismo. Así vivirás deliberadamente durante la mayor parte del tiempo.

Semejante imperativo proporciona una versión concisa del fuerte vínculo entre narrativa y ética que caracteriza toda la obra de Thoreau. Para él, escribir era una resolución individual mediante la cual dotaba de un relato a su vida, primero para sí y luego para los demás. Esto lo hizo, como escribió, *durante la mayor parte del tiempo*, pues nadie puede deliberar infinitamente. Vivir deliberadamente siete días por semana es imposible; en algún momento uno tiene que cerrar los ojos y dormir, o saltar a la acción. Vivir deliberadamente es una aspiración infinita que nunca puede satisfacerse por completo; no basta con el mero cumplimiento de una serie de preceptos. Puede que ésa sea la razón por la que el imperativo categórico de Thoreau es negativo: no te dice qué hacer, sino lo que no hay que hacer: a saber, ni libros ni paseos ni empresas que no hagan avanzar tu propia historia, que no se integren en tu narrativa personal. No pretende justificar ningún modo de vida en particular, sino que es más bien un *imperativo de autenticidad*, como se esfuerza en explicar en *Walden*:

Por nada del mundo quisiera que alguien adoptase mi modo de vida; pues, al margen de que yo podría haberme hecho con uno nuevo para cuando el otro hubiera aprendido el antiguo, es mi deseo que haya tantas personas diferentes en el mundo como sea posible; que cada uno tenga el máximo cuidado en descubrir y perseguir su propio camino, en lugar del de su padre, su madre o su vecino.

Puede que la autenticidad fuese una de las virtudes centrales para Thoreau, pero hoy no es un concepto de moda en el merca-

do de las ideas. El filósofo Charles Taylor ha descrito a los muchos detractores de la autenticidad como aquellos que sospechan que todo discurso acerca de la autorrealización y del encontrar el camino propio es una sarta de bobadas o una forma de autocomplacencia. Esta clase de detractores suele adoptar dos formas. La primera es una actitud digamos *científica* hacia el mundo: para estos el lenguaje de la autenticidad es confuso y abstracto; la segunda es digamos *humanista*: piensan que el énfasis en la autenticidad es un síntoma de relajación moral, de rebaja en los valores e ideales que supuestamente reinaban en alguna edad de oro perdida en nuestra sociedad. Uno de estos críticos humanistas sería Allan Bloom, quien encuentra en el anárquico discurso de la autenticidad una prueba más de la decadencia cultural de occidente, y propone a Rousseau y Thoreau como culpables:

Esa faceta del pensamiento de Rousseau que trae consigo la nostalgia por la naturaleza llegó a los EE.UU. bastante temprano, en la vida y escritos de Thoreau. Ha florecido y encontrado un amplio público recientemente, unida a muchos otros movimientos sociales. El anarquismo, en una forma u otra, es una expresión de este anhelo, que surge en cuanto la política y las leyes se conciben como una represión (tal vez necesaria, pero represiva al fin y al cabo) de nuestras inclinaciones, más que como un modo de satisfacerlas o de perfeccionarlas.

Contra esta crítica, Taylor demuestra que la autenticidad no es en rigor algo personal o individual, sino un logro dialógico, comunitario. Merece la pena tener esto en cuenta para hacerle justicia a Thoreau y superar el cliché que lo presenta como un ermitaño asocial sin interés alguno para la cultura contemporánea. Resumiendo mucho, Taylor sostiene que uno sólo puede definir su identidad individual con referencia a un horizonte de *cosas que importan*. Eliminar de ese horizonte la historia, la naturaleza, la sociedad, todo aquello menos lo que se encuentre en el interior de uno mismo, conllevaría borrar del mapa a todos los candidatos para

convertirse en cosas importantes. Uno sólo puede dotarse de una identidad propia que no sea trivial si existe en un mundo en el que algo tiene una importancia decisiva: las lecciones de la historia, las constricciones de la naturaleza, las necesidades de mis congéneres, etc. Por consiguiente, la autenticidad no es enemiga de las demandas que emanan del exterior del sujeto, sino que las presupone. Por otro lado, la posición de los detractores parece afirmar que nuestras narrativas personales postmodernas carecen de esas cosas importantes, de modo que nuestras biografías se han convertido en un centón de trivialidades, un abismo que amenaza con tragarse a las personas, la política y hasta el pensamiento. Taylor reconoce el núcleo de verdad en esa crítica, y por eso se toma en serio a Bloom, el *best-seller* de los detractores, quien identifica la búsqueda de la autenticidad con un relativismo fácil en el que no hay nada que discutir, pues, como suele decirse, *cada uno tiene sus valores*. Mas para eludir este falso relativismo, la solución no es rechazar la autenticidad como hace Bloom; eso sería arrojar al niño con el agua sucia del baño. La solución podría pasar más bien por *contar historias*, por vincular ética y narrativa, ya que las cosas se vuelven importantes en la medida en que instigan y se integran en historias que defienden esas cosas en relación con nuestras vidas. De ahí la importancia de definir a Thoreau por las cosas que le importaban, todas sus cosas buenas, las cosas libres y salvajes. De ahí la potencia del argumento de Taylor, que primero muestra la ceguera de Bloom hacia el ideal moral decisivo que, al margen de sus expresiones más triviales, se encierra en la búsqueda de la autenticidad, y luego describe ese ideal y traza su genealogía a partir de los primeros pensadores románticos. En cierto sentido, esta posición de Taylor viene a coincidir con la respuesta del colectivo Wu Ming a la pregunta acerca de cómo evitar que los mitos se absoluticen, volviéndose en contra de la comunidad dialógica que los engendra. Esa respuesta (que no puede ser sino una respuesta parcial si que-

remos evitar el error absolutista del que estamos hablando) es la siguiente:

Hace falta no parar de contar historias del pasado, del presente o del futuro, que mantengan en movimiento a la comunidad, que le devuelvan continuamente el sentido de la propia existencia y de la propia lucha. Historias que no sean nunca las mismas, que representen goznes de un camino articulado a través del espacio y el tiempo, que se conviertan en pistas transitables. Lo que nos sirve es una mitología abierta y nómada, en la que el héroe epónimo es la infinita multitud de seres vivos que ha luchado y lucha por cambiar el estado de cosas. Elegir las historias justas quiere decir orientarse según la brújula del presente.

Thoreau, que sabía leer bien esa brújula, quiso ser poeta y creador de mitos, y aunque no pasó a la historia por sus versos, sí lo hizo por su vida, ese poema que él no quiso escribir (porque quiso vivirlo), pero que otros sí leyeron y repitieron a su vez y a su modo. Al fin y al cabo, toda comunidad humana presenta y desarrolla su ética en una variedad de formas retóricas que se transmiten a través de mitos o historias, narrativas entre las que podemos incluir la última película de cine, el artículo de opinión o la novela de evasión. También, por supuesto, las biografías. Pero no sólo podemos transmitir la tradición; precisamente porque toda tradición es una *tradición inventada*, podemos reflexionar sobre ella, criticarla y transformarla.

Este es su mito; lo que con él hagamos a partir de ahora, nuestra responsabilidad.

Rentería-Reykjavík-Hernani, 2000-2004.

MATERIALES
(notas y fuentes)

El Thoreau Institute en Walden Woods y el Departamento de Educación del Gobierno Vasco me proporcionaron algunos medios para iniciar este ensayo, que presenta de manera literaria la información biográfica compilada por numerosos especialistas en Thoreau. Aunque todas sus fuentes comparecen aquí referidas a la bibliografía final por autor y fecha de publicación, debo reconocer una especial deuda de gratitud con Walter Harding y Bradley P. Dean, cuya generosidad y entusiasmo por Thoreau hicieron posible este trabajo. También con Juan Claudio Acinas, Javier Aguirre, Jaime Aspiunza, José Luis Gallero, J. M. Isasi Urdangarin, Txemari Ortiz de Luna, Agustín Vicente y Sergi Vilaró, que leyeron sucesivas versiones del borrador. Como es natural, las cosas buenas del texto son producto de mucha gente; las malas son aportación exclusiva mía. A continuación hago constar los principales pasajes de los que me he servido a la hora de componer este retrato, sus deudas; incluyo también algunas dudas, en su mayoría detalles y deshechos del texto principal. Por partes:

PRÓLOGO

Para seguir las actividades de Joaquín Araújo, se puede consultar su página web en la siguiente dirección: www.joaquinaraujo.com.

COSAS LIBRES Y SALVAJES

A propósito de Gabriel Celaya, tal vez no esté de más añadir que en 1990, sumido en la pobreza, el poeta obtuvo del gobierno español una ayuda económica que apenas llegó a disfrutar. Estas circunstancias recuerdan el *Consejo mortal*, uno de sus poemas breves:

Levanta tu edificio. Planta un árbol.
Combate si eres joven. Y haz el amor, ¡ah, siempre!
Mas no olvides al fin construir con tus triunfos
lo que más necesitas: Una tumba, un refugio.

Hay cierta afinidad entre el poema y una anotación del diario de Thoreau (que Celaya no pudo leer, al menos en castellano), correspondiente al 14 de julio de 1852: "El joven reúne sus materiales para construir un puente hasta la luna, o quizá un palacio o un templo sobre la tierra, y al final el hombre maduro termina por construir una leñera con ellos." (Thoreau 1906: IV: 227).

La cita "si un enemigo toma la ciudad" procede de Thoreau (1949b: 34), así como las alusiones de Romain Rolland (Thoreau 1949b: 10); la *Apología del Capitán John Brown* como "problema de relativa actualidad" y el descubrimiento de Thoreau por parte de Unamuno, de Gárate (1970: 1,12); el texto al que Unamuno se refiere aparece en varias ocasiones entre los escritos de Thoreau (1849b: 129; 1854b: 94-5). La reseña de *Walden* en la revista *Renacimiento* se encuentra recogida en su integridad en una antología de escritos de Machado (1907: 254ss).

"¿Llamamos a esto la tierra de la libertad?" es una cita del ensayo *Vida sin principios* (Thoreau 1995c; 1863a: 174); las opiniones de Joyce Carol Oates se han tomado de su introducción a la edición Princeton de *Walden*; las de Paul Auster, del libro de entrevistas con Gérard de Cortanze (1996: 110-1) y su novela *Leviatán* (Auster 1992: 52, trad. cast.); la cita de *Bartleby* procede de Melville (1853: 95, trad. cast.) y la de Twain sobre lo importante en una biografía se encuentra en una de las antologías editada por Mauricio Bach (Twain 1998: 95); es António Lobo Antunes (en entrevista con Blanco 2001: 105) quien comenta la dificultad de escribir la biografía de un escritor.

Citas de Thoreau: sobre el carácter de los grandes personajes (1990: 5); hablar sin ataduras (1854b: 324); autores de ficción como los verdaderos héroes (diario del 21/10/1857, 1906: X: 115); los acontecimientos más importantes del diario no suelen llevar fecha (1906: VIII: 64); gran exagerador (carta a Blake del 10 de abril de 1853, 1958: 304); ponerse en mi lugar (1906: VII: 197).

Sobre Thoreau y Emerson, véase Bloom ed. (1987: 1); fue Nietzsche (1888: 94, trad. cast.) quien dijo de Emerson que podría decir de sí, con una frase de Lope de Vega: "yo me sucedo a mí mismo". Sobre el método y propósito de *Memorias de Adriano*: Yourcenar (1974: 245, 247, trad. cast.); tecnología del yo: Casado da Rocha (1995); opinión de Emerson sobre el vivir al día: Thoreau (1986b: 35); admiración por Thoreau de Skinner (1978); Thoreau como Hombre Común: Doctorow (1993: 257,

trad. cast.); *Walden* como viaje al corazón de las tinieblas: Bartra (1997: 378-9,381-5); el corazón del hombre salvaje en la novela *Heart of Darkness*: Conrad (1902: 18, trad. cast.); Thoreau e Italo Calvino: Bartra (1997: 384-5); algo de lo que escribe Calvino (1957: 239, trad. cast.) sobre el Barón podría también decirse de Thoreau: "Quizá, si se quiere reducir a un único impulso estas actitudes contradictorias, sea preciso pensar que él era igualmente enemigo de todo tipo de convivencia humana vigente en sus tiempos, y que por eso huía de todos, y se afanaba obstinadamente por experimentar nuevos; pero ninguno de ellos le parecía justo y lo bastante distinto de los otros; de ahí sus continuos paréntesis de esquivez absoluta."

Imagen de Bacon: Savater (1995: 35); Marx y Engels citados por Jorge Riechmann en su edición de *Una ética de la tierra* de Aldo Leopold (2000: 7,40); definición de lo salvaje: Snyder (2000: 114-5).

1856

Nativo del universo: Thoreau (1906: II: 46-7); el relato de sus paseos a primeros de diciembre de 1856 se encuentra en el diario: Thoreau (1906: IX: 144ss); el apunte de octubre sobre los temas de escritura corresponde a la traducción castellana de una breve antología de los diarios de Thoreau (2002a: 101-2); el juego de palabras sobre las traviesas en *Walden* (1854b: 92-3); "nunca puedes caminar demasiado pronto sobre la nieve reciente": Thoreau (2002b: 136).

Sobre el encuentro con Whitman, véase Thoreau (1958: 441) y Harding (1992: 373-6); por su parte, Emerson pensaba que Thoreau mostraba su ejemplar de *Hojas de hierba* por puro afán de provocación, que para él llevar el libro encima era como agitar un trapo rojo para atraer la atención de sus virtuosos y puritanos vecinos. Pero, si miramos al diario, en aquel diciembre Thoreau estaba mucho más interesado en observar las ventiscas y congratularse de que la nieve caída no lograse detener la actividad de los granjeros, ni la de los cazadores y los niños. Ése era el único teatro, dijo, al que le gustaba acudir: el drama cotidiano de lo que pasaba en la calle. Cuando volvió a pensar en la sensualidad de Whitman, no fue para censurarla, sino para desear "que los hombres y mujeres de Concord fuesen lo bastante puros como para que su poesía no les hiciera daño."(Thoreau 1906: IX: 149).

Días y dioses: Emerson citado en *The Writing Life* de Annie Dillard (1989); diario como correspondencia divina: Thoreau (1906: I: 207); hubo quien dijo, refiriéndose a Thoreau, que no es natural escribir así de bien todos los días: Harding ed. (1954: 188); inquieto siglo diecinueve: Thoreau (1854b: 329); el lugar más estimable del mundo: Thoreau (1906: IX: 160).

CONCORD

No tan sabio como el día en que nací: Thoreau (1854b: 98); fábrica de lápices: Harding (1992: 15); sobre la infancia de Thoreau habría que destacar que, cuando sus hijos eran todavía pequeños, Cynthia Thoreau aprovechaba el buen tiempo para llevarles de paseo por las colinas que rodean Concord; Henry recordaba cómo su madre encendía una hoguerita y preparaba la cena mientras los niños jugaban con las flores y los pájaros (Harding 1992: 19). Es notorio también que a toda la familia le gustaba la intemperie; cuando Henry tenía tres años, su madre le dijo que, "al igual que esos hombres buenos del libro de religión", algún día él también habría de morir para ir al cielo. Pero Henry se negó a ir a semejante lugar, aduciendo que seguramente no le dejarían entrar con el trineo, y le sobró tiempo para añadir que los otros niños despreciaban su juguete por no tener refuerzos de metal (Salt 1993: 12).

Dueño de toda la tierra: Thoreau (1906: VIII: 94); invitación a merendar: Borst (1992: 9). Un día le enviaron a la posada para entregar unos pollos criados en casa y el posadero les torció el pescuezo, uno a uno, ante sus ojos, pero él no mudó el semblante. Hartos quizá de sus frías maneras de juez, en la escuela le acusaron de robar la navaja a un compañero. Se limitó a decir que no había sido él. Sólo cuando más tarde se descubrió al verdadero culpable admitió haber estado fuera del pueblo el día del robo. Le preguntaron por qué no había dicho eso antes; les repitió que porque él no había sido el ladrón. En otra ocasión un compañero se quejó de que no quisiera tallarle un arco con sus flechas, a pesar de que todos conocían su habilidad con la madera. Pero Henry no tenía navaja propia porque su padre no podía pagarla, y no quería que lo supieran (Channing 1873: 12).

Fidelidad de Cynthia a su iglesia: Harding (1992: 24-5); economía familiar: Harding (1992: 26); texto completo de *Las estaciones* en Harding (1992:

27); “ahora o nunca”: apunte en el diario del 24/4/1859 (1906: XII: 159-60).

HARVARD

En aquel momento la universidad norteamericana en general, y Harvard en particular, estaba siendo colonizada por la doctrina escocesa del sentido común. Esta era una filosofía de la protesta civilizada, producto del escándalo de los bienpensantes ante la gran filosofía británica: la del irlandés Berkeley, el inglés Locke y el escocés Hume; especialmente la de éste último, tal vez por ser escocés también Thomas Reid, el principal representante de la oposición. Reid pensaba que Hume nos condena a una existencia solitaria, ya que su filosofía nos induce a dudar de las cosas más evidentes. Su discípulo Dugald Stewart sostuvo también que las leyes fundamentales de la naturaleza humana son ciertos principios de sentido común, tan indudables como que dos y dos son cuatro, que nos permiten alcanzar la verdad si los utilizamos como premisas en los razonamientos lógicos. En cuestiones de moral, Reid afirmaba la existencia de juicios éticos verdaderos por sí mismos, algo que a los norteamericanos no podía resultar indiferente, pues concuerda con las primeras palabras de la Declaración de Independencia de 1776. En ella, los padres fundadores sostenían que “las siguientes verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, que entre éstos se encuentran el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”.

Para esa escuela del sentido común, al igual que para muchas otras escuelas filosóficas, el pensamiento es una especie de sistema deductivo, una maquinaria bien engrasada con sus principios, medios y fines. Eso al menos le enseñaron a Thoreau en Harvard, aunque ya entonces barruntaba que los razonamientos no tienen por qué afectar necesariamente la conducta individual. Antes bien, parece que Thoreau se acercaba a Hume cuando éste advertía que no sirve de mucho convencer a la razón si no se persuade también al corazón. Así lo dejó escrito Thoreau en uno de sus últimos trabajos académicos, un ensayo que presentó en febrero de 1837: “Es más fácil persuadir a la razón de un hombre que regular o desviar sus sentimientos. No pongo en duda la existencia de ciertos principios en nuestro interior que, al margen de nuestra voluntad, nos informan de la

consistencia o inconsistencia moral de las cosas cuando se las contempla desde determinada perspectiva, desde ciertas relaciones entre sí. Tampoco que, si trabajamos a partir de esos principios mediante el uso de ciertas proposiciones y algunos operadores lógicos, obtendremos necesariamente ciertos resultados, ciertos juicios éticos. Pero no creo que estas conclusiones afecten invariablemente a la conducta, pues los sentimientos no están a merced de leyes bien definidas que puedan regularlos." (Thoreau 1975c: 85-6).

Thoreau entró en la universidad y salió a los cuatro años, como él dijo, sin pararse a pensar cómo se las había arreglado, pues "a pesar de haber asistido de cuerpo presente a todas las ceremonias académicas, mi alma y mi corazón se encontraban lejos de los edificios, entre las escenas de mi niñez en Concord. Muchas horas que debería haber dedicado al estudio las empleé mejor en escrutar bosques y explorar corrientes y lagos." (Harding 1992: 38).

Mayor densidad de pájaros en Cambridge: Thoreau (1958: 175); observar con atención: Harding (1992: 39); diploma de *BA* de Thoreau: Harding (1948: 1); negativa a comprar título: Harding (1992: 50); comprando libros en Dunstable: Channing (1873: 26-27); "El espíritu comercial...", citado por Harding (1992: 49-50); Quincy obtiene beca para Thoreau: Harding (1992: 47); ramas y raíces: Harding (1992: 51); primera entrada del diario: Thoreau (1906: I: 3); ramo de violetas: Sanborn (1917: 128); poema *I am a parcel of vain strivings tied*, en la antología de Thoreau (1982a: 228-9) editada por Carl Bode; juicio de Emerson sobre la poesía de Thoreau: Sanborn (1917: 129).

ELLEN

Tras perder su trabajo como maestro de escuela, y tras una búsqueda infructuosa por los alrededores, Henry escribió a John en marzo de 1838 para proponerle el plan de viajar juntos al Oeste y trabajar allí como maestros. Apenas podía contener la impaciencia por recibir respuesta de su hermano; pensaba que era un buen momento para empezar, ya que los canales estaban abiertos y el viaje era relativamente barato. Creía que podía pedir prestado el dinero necesario, pero el entusiasmo se fue debilitando y el plan cayó en olvido (Thoreau 1958: 24). Mientras tanto, seguía

trabajando en el diario. El 27 de agosto de 1838 se sienta a escribir entre lamentos por la pérdida de un diente; una hermosa tarde de septiembre anota con asombro, como si fuera la primera vez, que se ha quedado absorto contemplando la maravilla que es un río: un gigantesco volumen de materia rodando sin cesar a través de los campos y praderas de esta tierra firme (Thoreau 1981: 53,55).

"Te quedarás en casa": Channing (1873: 11); dimisión de Thoreau: Channing (1873: 24); polvo de grafito: Harding (1992: 56-7); relato de cuando un pupilo ingresaba en la escuela (Sanborn 1917: 203-4); carta a Brownson sobre pedagogía (Thoreau 1958: 20); setenta y cinco conferencias públicas: Dean & Hoag (1995: 127); esbozo autobiográfico escrito en el diario el 27/12/1855 por Thoreau (1906: VIII: 66); creación del Liceo: Casado da Rocha (2002: 117); "*Society*: Dean & Hoag" (1995: 139); las masas de individuos como una cadena: diario del 14/3/1838 (Thoreau 1906: I: 36-7).

En este último apunte del diario, Thoreau decía preferir el campo de batalla al salón de sociedad, pues al menos en aquél no hay lugar para la hipocresía. La auténtica sociedad todavía está ausente, escribió; puede que los seres humanos se civilicen debido a un instinto natural que les lleva a formar aldeas y ciudades, pero eso no quiere decir que se hayan asociado: solamente se han acercado de modo que puedan oír sus voces, y por eso lo que tenemos es una asamblea más que una sociedad. El historiador, pensaba Thoreau, lucha en vano por hacer memorables a las naciones, pues sólo los individuos pueblan el mundo, y esa es otra de las razones por las que Thoreau rechazaba las comunidades utópicas: mejor un piso de soltero en el infierno (Richardson 1986: 101).

No hay remedio para el amor, salvo amar más: Thoreau (1906: I: 88); culto de puertas afuera: Harding (1992: 95-6); felicidad de Ellen en Concord: Harding (1992: 96). Ellen confesó a su padre que no podía contarle ni la mitad de lo que había disfrutado en Concord. Lloró todo el camino de vuelta hasta Lexington (en diligencia; el tren no llegaría a Concord hasta 1844) y al llegar escribió a su tía que la visita había sido uno de los momentos más felices de su vida. Más adelante Thoreau escribió cómo "recordaba haber llevado en mi barca a una joven dama, adorable y sin ataduras; mientras yo manejaba los remos, ella se sentaba al

timón, y no hubo nada más que ella entre el cielo y yo. Así de artísticas podrían ser todas nuestras vidas si fueran lo suficientemente libres." (Thoreau 1906: I: 144).

Noticias de la tía Prudence: Harding (1992: 99-101); fragante compañía: Thoreau (1981: 168); dieta para el mal de amores: Thoreau (1981: 195,199); carbón y cenizas: Thoreau (1849b: 284); decidió amar otras cosas: Miller (1991: 25-6); único romance: Richardson (1986: 62); "el corazón es siempre inexperto": Thoreau (2002b: 33).

Durante todo ese período los libros continuaron ejerciendo una enorme atracción sobre él. En 1841 se trasladó a Cambridge para pasar una temporada con su amigo Wheeler, que a la sazón estaba empleado como tutor de griego en Harvard. El motivo de la visita era obtener el estatuto de *Resident Graduate*, que permitía a los antiguos alumnos conservar el acceso a la biblioteca siempre que no sacasen los libros de Cambridge. Sin embargo, la universidad se negó a considerarle como residente y, por consiguiente, a prestarle libros. Tras una infructuosa protesta ante el bibliotecario, tuvo que dirigirse al rector, quien finalmente ordenó que se le permitiese el préstamo en las condiciones usuales (diario del 29 de noviembre de 1841, Thoreau 1981: 337).

En otra ocasión, hizo saber al bibliotecario que, debido a que había elegido las letras como profesión, los libros eran hasta cierto punto sus herramientas y materiales de trabajo. Le dijo también que, como carecía de medios para adquirirlos, tenía derecho a considerarse una de esas personas para cuyo servicio se han creado especialmente las bibliotecas (Thoreau 1958: 249). Y llegó a persuadir a otro rector de Harvard para que le permitiera llevar los libros hasta Concord. Esta vez su argumento principal fue que el ferrocarril había cambiado por completo la vieja escala de distancias, pero la actitud seguía siendo la misma: hay que luchar con las personas, no con los papeles, porque los papeles y las normas los hacen las personas. Por eso, y aunque le gustasen los libros, no deseaba convertirse en un ratón de biblioteca ni pasarse la vida hablando de textos. Un libro verdaderamente bueno, si es auténtico, le enseñaba algo mejor que continuar leyendo: debo dejarlo pronto para comenzar a caminar sobre sus pasos, escribió Thoreau, que en esos casos no podía concebir siquiera cómo se las arregló su autor para terminarlo: "Cuando leo

un libro indiferente me parece que estoy haciendo lo mejor que puedo hacer; pero el que me inspira apenas me da tiempo para alcanzar sus últimas páginas." (19/2/1841; Thoreau 1981: 268).

Muerte de John: Harding (1992: 134); muerte de Waldo junior: Borst (1992: 76); años en un mes: Thoreau (1981: 365); "no quiero volver a ver al John que murió" (Thoreau 1958: 62-3); la muerte es sólo un fenómeno que afecta al individuo, o a un grupo de individuos: Thoreau (1958: 64-5).

Cuando Hawthorne se instaló en una gran casa de Concord junto a su mujer Sophia Peabody, la hermana de Elizabeth que sería editora de Thoreau en 1849, Henry les ayudó con el jardín, y el 31 de agosto de 1842 cenó con los recién casados. Nathaniel leyó de su cuaderno de trabajo una pieza que retrata la singular personalidad de Thoreau: un joven con mucho de la naturaleza salvaje aún dentro de él. Dijo también que cuando era sofisticado, lo era siempre de una manera peculiar, con un método propio; le pareció un genuino observador, algo tan escaso como un poeta original.

Tras la cena, aprovechando la luz estival, Hawthorne y Thoreau caminaron hasta la orilla del río; en cierto lugar Henry llamó a un muchacho para que trajera su bote desde la otra orilla y montaron los dos para un paseo vespertino. El bote, el *Musketaquid* que John y Henry construyeron para su viaje río arriba, conocía a su dueño tan bien que, ya fuese con un remo o con los dos, parecía obedecerle por voluntad propia y sin requerir apenas esfuerzo. Cuando años atrás algunos indios visitaron Concord, Thoreau pudo comprobar que había aprendido sin maestro su mismo estilo de dirigir una canoa. Hawthorne estaba impresionado y Thoreau necesitaba dinero, así que le vendió el bote por siete dólares, esperando que el nuevo dueño pudiera adquirir la habilidad acuática del propietario original a un precio tan razonable (Borst 1992: 82). Retrato de la hija de Hawthorne: Harding (1992: 139).

EMERSON

Conversación con Emerson: Borst (1992: 41); retrato de Henry: Channing (1873: 25); preferencias de la Sra. Hawthorne: Harding (1992:

170); descripción de Henry: Sanborn (1882: 198); biografía de Emerson (1983: 1127ss); Emerson como padre espiritual: Bloom ed. (1987: 11); inconformista: Emerson (1841a: 261); cita de *Experience*: Emerson (1844a: 490-1); autoimposición de la verdad según Emerson: Borges & Zemborain (1999: 36-7); "relación original con el universo": Emerson (1836: 3); no ofrece recetas: Emerson (1836: 58); el prototipo del intelectual americano: Emerson (1837: 44,60,76,78).

A pesar de su lenguaje cargado de referencias espirituales, el trascendentalismo de Emerson no es tan de ultratumba como el de alguno de sus compañeros. En cuestiones religiosas, con su *Divinity School Address* acusó a la cristiandad de ser un mero culto supersticioso a la personalidad de Jesús. En Harvard, ante sus antiguos compañeros de profesión, declaró que prefería ser un pagano a que se le privase del humano derecho a conocer la virtud y la verdad. Emerson continuó denunciando otro defecto básico de la religión tradicional: no estimular la exploración de lo que él llamaba la Naturaleza Moral, esa ley de leyes que para él era la fuente de toda enseñanza establecida en la sociedad (Emerson 1838: 53). Nada es sagrado salvo la integridad: Emerson (1841a: 261-2); coherencias tontas: Emerson (1841a: 265).

En aquella época Nueva York se parecía todavía al lugar que Dickens describió en 1842: una ciudad marítima que no se elevaba a mayor altura que el bosque de mástiles que la rodeaba. Contaba con pocas canalizaciones de agua, menos aún de luz de gas, y un servicio de recogida de basuras a cargo de los cerdos que campaban por sus calles; Thoreau dejó caer en una carta que a veces esos cerdos le parecían el sector más respetable de la población (Thoreau 1958: 111-12). La ciudad crecía rápidamente y se construían por todas partes grandes edificios públicos de granito gris; los nuevos ricos, abogados y terratenientes, adornaban sus casas de madera con columnatas y frontispicios. Tiene su ironía recordar que el paisaje americano sólo comenzase a estimarse cuando las ciudades se expandían a velocidad nunca vista. Se habían construido hoteles en lugares como las cataratas del Niágara; allí transcurrían las breves vacaciones de los hombres de negocios, las más largas de sus esposas. Durante esta década se multiplicaron las villas italianas y las casas de campo góticas en las cercanías de las capitales, dando sobradas muestras de que toda una clase de

caballeros rurales criados en la ciudad estaba adquiriendo más riqueza que buen gusto (según Morrison & Commager 1962: 494-7).

Este gusto romántico por la naturaleza era algo relativamente nuevo. Al descender del *Mayflower* en 1620, el colono William Bradford describió su encuentro con lo que él llamaba "una horrible selva llena de fieras y salvajes". Para los puritanos, el mundo natural era un lugar de condenación; más allá de los límites de la civilización, la espesura virgen tentaba a la gente al pecado y se convertía en un ídolo salvaje, en un obstáculo entre el pueblo elegido y su dios. No es de extrañar entonces el fervor de aquellos por tumbar el mayor número posible de árboles y de indios. Sólo en el siglo dieciocho comenzó a contemplarse la naturaleza como algo valioso, aunque más como campo de investigación científica que otra cosa. Se buscaban sus leyes universales sin mayor interés por lo particular. El símbolo predilecto era el jardín bien cuidado, y apenas existía apreciación estética de las montañas o los manantiales, que se consideraban como cosas irregulares y caóticas (Miller 1991: 44ss). Esa percepción cambió con la llegada del romanticismo europeo a América, donde se convirtió en la fuerza cultural dominante durante estas cuatro primeras décadas del siglo diecinueve. Para Thoreau, como para todos los trascendentalistas, la naturaleza era algo más que la suma de sus partes, los objetos físicos: era una proyección del espíritu divino (Emerson 1836: 22). No obstante, mientras Emerson y los demás exhortaban a buscar el Ser Universal en los bosques, parece que sólo Thoreau se encontraba en ellos verdaderamente a sus anchas.

Publicaciones de 1843: Borst (1982: 189-90); cita de *Un paseo de invierno*: Thoreau (1843c: 55, trad. cast.); críticas de Emerson: Harding (1992: 118); respuesta de Thoreau (1843c: 62, trad. cast.); *The Landlord* (Thoreau 1843d: 430); condiciones laborales de los irlandeses: Thoreau (1958: 137); economía del tren: Richardson (1986: 138-9).

REFORMAS

Anuncio de reunión en casa de Emerson: Borst (1992: 55-6); idealismo en 1842: citado por Moran (1972: 479); Maine y Texas: Thoreau (1854b: 52); obediencia a las leyes: Emerson (1983: 563); "vive tu vida, no

le pongas nombres": Thoreau (1854b: 328); divinidad del hombre según los trascendentalistas: Borges & Zemborain (1999: 35); perfección de la naturaleza: diario del 22/10/1839 (Thoreau 1906: I: 92), un pasaje apareció publicado en *Natural History of Massachusetts* (Thoreau 1842); con Hume contra la doctrina del sentido común: Kant (1783: 27;29, trad. cast.); rebelión contra la mediocridad: Thoreau (1849b: 387-8); penitencia para los reformadores reformados: Thoreau (1854b: 78); logros comunitarios y reforma mundial según Etzler: Thoreau (1843a: 41-2); función del ingenio: Thoreau (1843a: 23); fiereza de los amantes: Thoreau (1862a: 107); verdades físicas y éticas: Thoreau (1843a: 20;46-7); prioridad de la reforma moral: Thoreau (1843a: 45-6); necesidad de la fe: Thoreau (1843a: 43); carta a Helen del 18/10/1843: Thoreau (1958: 147); conferencias en Boston sobre reformadores y conservadores: Dean & Hoag (1995: 145); tiempo y retrasos: Thoreau (1843a: 41); convertirnos en el cambio que deseamos: Thoreau (1973: 184), una frase que Gandhi haría famosa años después; sociedades al servicio del individuo: Thoreau (1973: 186); si el experimento fracasa: Thoreau (1973: 183); benefactores de la humanidad: Thoreau (1973: 185-6); retratos del reformador y el conservador: Thoreau (1973: 181-2); falsas condiciones y relaciones: Thoreau (1973: 183); triunfo de los principios: Emerson (1841a: 282); recuperar el mundo perdido: Thoreau (1854b: 171).

MUSKETAQUID & MERRIMACK

En Walden, los enemigos del huerto eran las lombrices, los días fríos y sobre todo las marmotas. Thoreau sembrando y ellas recogiendo, llegaron a comerse un octavo de acre entero. Al final se decidió a consultar con un viejo trampero. "Señor, ¿hay algún modo de coger marmotas sin usar esas trampas?" Le respondió: "Sí, estúpido, ¡de un disparo!" Thoreau desestimó el consejo y la cosa fue a peor. Desesperado, consiguió una trampa y capturó a la madre de todas las marmotas. La soltó tras retenerla durante varias horas e impartirle un buen sermón, pero regresó en pocos días. Volvió a capturarla y esta vez la soltó en un lugar alejado de la casa, mas no sin administrarle un severo correctivo con un palo. Nunca volvió a aparecer por Walden, aunque Thoreau no quiso saber qué ocu-

rrió con los cultivos de ese otro lugar. Poco después, cuando una nueva marmota apareció por el huerto, olvidó sus preferencias vegetarianas y, tras su captura y pronta ejecución, la cocinó para descubrir a qué sabía su carne (Thoreau 1854b: 155; Harding 1992: 185).

Tras el primer verano, Thoreau decidió que "no volvería a plantar judías o maíz con tanta industria, sino que sembraría, si es que no se habían perdido ya, semillas de sinceridad, verdad, simplicidad e inocencia, para comprobar si todavía podían crecer en este suelo y alimentarme". Se cultivaba a sí mismo cuando trabajaba en su huerto de judías, "pero eso no quita que si uno vive de manera sencilla y consume sólo lo que ha producido, y produce no más de lo que consume, sin canjearlo por una cantidad insuficiente de cosas más caras y lujosas, entonces tampoco necesitaría cultivar más que unas pocas varas de terreno". Por eso durante el segundo verano en la laguna Thoreau plantó únicamente lo necesario para consumo personal (1854b: 55;163-4).

Sacarle todo el jugo a la vida: Thoreau (1854b: 90); "constrúyete una cabaña": Thoreau (1958: 161); rumores sobre Thoreau cenando en casa de los Emerson: Harding (1992: 190; 184); respuesta: Thoreau (1854b: 61); la muy repetida cita de *Walden* "si uno avanza confiadamente en la dirección de sus sueños" continúa así: "Dejará atrás algunas cosas, traspasará una frontera invisible; nuevas leyes, más universales y liberales, comenzarán a establecerse en torno a él, y entonces podrá vivir con la libertad propia de un orden superior de cosas. En la medida en que simplifique su vida, las leyes del universo le parecerán menos complejas, y ni la soledad será soledad, ni la pobreza será pobreza, ni la debilidad será debilidad. Si has construido castillos en el aire tu empeño no tiene por qué ser vano: ahí es donde deben estar; ahora sólo necesitas poner los cimientos debajo." También aprendió en la laguna que los estados mentales responden a los del cuerpo; que, por así decirlo, cada parte del cuerpo tiene sus pensamientos. Cuando conciliaba a los dioses por medio de alguno de sus "sacramentos paganos" (como bañarse, o abstenerse de ciertos alimentos, o levantarse temprano), estos le sonreían inmediatamente, y así lo pudo comprobar en Walden, día tras día (Thoreau 1854b: 323; 1990: 4;19).

En cuanto a su primer libro, *A Week*, éste es su comienzo: "El

MUSKETAQUID, o río Herbazal para los indios, aunque probablemente sea tan viejo como el Nilo o el Eufrates, no comenzó a tener un sitio en la historia civilizada hasta que la fama de sus peces y herbosas praderas atrajo a los colonos ingleses en 1635, cuando recibió su nombre hermano de CONCORD de la primera plantación en sus orillas, que al parecer fue inaugurada en ambiente de paz y armonía. Será el río Herbazal mientras la hierba crezca y el agua fluya por aquí; sólo será el río Concord mientras el hombre blanco viva apaciblemente en sus orillas. Para una raza extinta fue el Herbazal, donde cazaban y pescaban, y todavía es un herbazal perenne para los granjeros de Concord, que poseen las praderas llamadas Great Meadows, de las que obtienen su heno año tras año." (Thoreau 1849b: 5) Un poco más adelante, Thoreau (1849b: 15) recoge los famosos versos que Emerson escribió sobre el North Bridge:

Junto al rudo puente que se arquea
izaron al viento de abril su bandera,
aquí lucharon los granjeros iracundos
y sus tiros se escucharon en todo el mundo.

Viajar durante el *Sabbath*, reverencias los unos a los otros: Thoreau (1849b: 63, 65); Thoreau consideraba que "civilizar al indio no ha significado mejora alguna para él, ya que la civilización puede volverse patética a fuerza de dulcificar sus costumbres: el hombre más culto es también el más maleable. Hay cualidades más redentoras que la civilidad: por ejemplo, el amor sincero por ciertas cosas, ese territorio al que nos retiramos cuando se nos reprende." (1849b: 54-5, 1849a: 70, 1862a: 621) Por lo que a él se refiere, la única cualidad que le salvaba era, a su juicio, un sincero y singular anhelo de todo lo que fuese naturaleza virgen, algo que se manifestaba en su culto a Pan (Thoreau 1849b: 65). A continuación incluye en *A Week* (1849b: 74-5) un poema sobre la conciencia que es toda una declaración de principios:

Me gusta la vida de trama sencilla
que no se complica con fruslerías.
Un alma robusta, sin conciencias dolientes,
que no deje el mundo peor que lo encuentre.

Reforma moral: Thoreau (1849b: 124); "examina tus autoridades": Thoreau (1849b: 70); "no me permitas retrasarte": Thoreau (1849b: 126-

7); tan efímero como el humo de un cigarro: Thoreau (1849b: 129); estrépito del gobierno: Thoreau (1849b: 129); política sin dar por ello: Thoreau (1863a: 120); excursión al Monadnock: Thoreau (1849b: 180), Harding (1992: 171).

Ensayo sobre la amistad: Thoreau (1849b: 259-89); libertad ligada al contexto: Taylor (1996: 17); virtudes civiles e inciviles de América: Burbick (1987: 33), Taylor (1996: 18-9, 21); "cuando un indio muere, ni siquiera recordamos dónde está enterrado" (1849b: 120; 53); territorio bastante despoblado de individuos: Thoreau (1849b: 255,313); en el centro de la historia: Taylor (1996: 24-5;29); individualismo situado: Thoreau (1849b: 235; 264).

Decir la verdad: Thoreau (1860b: 150-1); exagerar un poco: Thoreau (1984a: 204, verano de 1845); la visión apresurada y superficial del sentido común: Thoreau (1849b: 325); el arte de escribir: Thoreau (1906: II: 418-9, 22/8/1851); Helen y Ellen: Harding (1992: 258) y Thoreau (1958: 245-6); causas del fracaso de *A Week*: Harding (1992: 244-8); deuda con Munroe: Harding (1992: 254); consecuencias del fracaso: Harding (1992: 255); "el odio hace un buen crítico": Thoreau (1990: 26, posterior al 11/9/1849).

Durante 1853, el editor le estuvo escribiendo para preguntar qué se debería hacer con las copias de *A Week* todavía a su disposición, sugiriéndole que tenía otros usos para el espacio que ocupaban en su sótano. Así que Thoreau hizo que se los enviasen todos a Concord, donde llegaron en el tren expreso: setecientos seis ejemplares de una edición de mil, que había comprado a Munroe hace cuatro años y por los que le estuvo pagando desde entonces, y que todavía no había terminado de pagar del todo. Examinó su adquisición cuando por fin llegó la mercancía. Después, su espalda pudo dar fe de que los libros son más tangibles que la fama, pues los acarreó dos pisos por la escalera hasta un lugar similar al de su procedencia. De los restantes doscientos noventa y pico, setenta y cinco fueron regalados y los demás vendidos. Ahora Thoreau poseía una biblioteca de casi novecientos volúmenes, de los cuales más de setecientos habían sido escritos por él, pero, se dijo, ¿no es bueno acaso que el autor contemple los frutos de su trabajo? A pesar del resultado, sentado junto a la masa inerte de su *opera omnia*, esa noche tomó la pluma una

vez más con el fin de anotar sus pensamientos. Lo hizo con tanta satisfacción como siempre. Thoreau se dijo que el resultado era mejor que si un millar de personas hubiera comprado su mercancía, pues así afectaba menos a su privacidad y le dejaba más libre (Thoreau 1906: V: 459, 28/10/1853).

DESOBEDIENCIA CIVIL

No es difícil imaginar las causas de la fascinación de Thoreau por Antígona: este personaje de Sófocles elige desobedecer y con ello se sitúa en una posición imposible, literalmente trágica. La tragedia se hace manifiesta en el enfrentamiento con su tío Creonte, que ocurre tras haber sido ella descubierta cubriendo con polvo el cadáver de su hermano Polínices. Con este modo simbólico de llevar a cabo el rito funerario, tan importante para los griegos y que el nuevo rey Creonte había prohibido para el traidor, Antígona ha desafiado la autoridad que otorgan a su tío la familia patriarcal y la comunidad política. Y aun así, ¿te atreviste a transgredir esa ley?, pregunta Creonte. Ella le responde con palabras cuyo eco resonará durante siglos (versión correspondiente a los versos 449-457 en Thoreau 1849b: 135):

No fue Zeus quien me dio esos decretos,
ni la Justicia que habita entre los dioses de abajo
fijó tales leyes entre los hombres.
Tampoco creía yo que tuvieran tal fuerza
tus pregones como para poder transgredir las no escritas
y firmes leyes de los dioses, siendo tú mortal.
Pues su vigencia no viene de ayer ni de hoy, sino de siempre,
y nadie sabe cuándo aparecieron.

Caminar campo a través: Thoreau (1990: 23, posterior al 11 de septiembre de 1849); cambio oficial de nombre: Harding (1992: 200); pocos nombres originales: Thoreau (1906: II: 209, 21 de mayo de 1851); declaración de apostasía: Thoreau (1849a: 79); poco después de que Thoreau explicase su acto de desobediencia en público, Alcott dejó la siguiente nota en su diario: "Escuché la conferencia de Thoreau ante el Liceo sobre la relación del individuo con el estado; una admirable exposición del dere-

cho individual al autogobierno y una atenta audiencia." Días más tarde, el 13 de febrero, Alcott y Thoreau mantuvieron una conversación sobre asuntos de estado en casa de Emerson. Thoreau se encontraba en esas fechas preparando su segunda conferencia para el Liceo, y entre otras cosas quería decir algo sobre "el caso de Rhode Island". Más adelante eliminó del texto las alusiones a este tema, pero merece la pena recordarlo, pues se trata de un acontecimiento que ilustra a la perfección la clase de problemas políticos que Thoreau tenía en mente al sentarse para escribir.

Rhode Island es un pequeño estado de Nueva Inglaterra que fue el escenario de un interesante caso judicial a propósito de la reforma de su Constitución. La ley fundamental del estado se remontaba a la carta colonial de 1663. Dado su anacronismo, se intentó modificar la carta mediante el procedimiento instituido, pero los reformadores no tuvieron éxito, así que su líder (Thomas Dorr, un abogado de clase alta) convocó una asamblea constituyente en 1841 con el objeto de redactar una nueva Constitución. El gobierno hizo otro tanto. En el subsiguiente referéndum salió elegida la versión de Dorr, pero su partido no pudo tomar el poder. Hacia finales de 1842, los votantes aprobaron otra Constitución tan liberal como la de Dorr, con lo que la crispación se redujo considerablemente, pero un seguidor de Dorr, Martin Luther, denunció a un tal Luther M. Borden y a otros milicianos estatales por allanamiento de morada cuando cumplían la ley marcial impuesta por el gobierno establecido. Esta acción judicial planteaba la cuestión de cuál de los dos documentos, la vieja carta o la Constitución de Dorr, era más legítimo, y el caso alcanzó el tribunal supremo en enero de 1848. Daniel Webster abogó en defensa de Borden y del gobierno establecido. Benjamin F. Hallett, el letrado defensor de Luther, sostuvo que el pueblo de Rhode Island, al igual que los colonos en la Revolución americana, se había reunido en asamblea y ejercido su soberanía para adoptar una Constitución más democrática; por consiguiente, el gobierno establecido había sido superado por un nuevo marco y carecía de autoridad para declarar la ley marcial. En respuesta a este argumento, Webster no negó que la soberanía popular fuese el fundamento del sistema constitucional, pero sostuvo que, aunque el pueblo es el origen de todos los poderes, éste ha delegado su autoridad a los representantes legislativos, que son los encargados de modificar, si

procede, la ley fundamental. Según Webster, el pueblo había elegido limitarse a sí mismo para evitar los constantes peligros de la precipitación y la manipulación de las pasiones políticas. Así dio prioridad al imperio de la ley frente a la soberanía popular, a la democracia representativa frente a una democracia más directa. Afirmó que la Constitución de Dorr carecía de legitimidad porque los colonos del tiempo de la Revolución ya habían establecido un gobierno que protegía la libertad y la propiedad, incluyendo un proceso concreto para reformar el gobierno. En otras palabras, afirmaba que el poder legítimo reside en el pueblo, pero que sólo puede ejercerlo mediante sus representantes electos. El supremo falló a favor de Webster. Sin duda, para Thoreau fue una gran decepción comprobar que el hombre de leyes más capaz de los EE.UU. estaba así de inserto en las instituciones (Baxter 1984: 445-6; Remini 1997: 640-1).

Fecha del encarcelamiento: Harding (1992: 199), Borst (1992: 119); no tener muchos asuntos que atender: Thoreau (1849a: 78); diálogo con Sam: Harding (1992: 199); regreso a Fair Haven: Thoreau (1854b: 171); carta de Thoreau (1958: 208) a Emerson sobre la segunda conferencia, del 16 de febrero: Dean & Hoag (1995: 154-5); falta de tiempo para dejar el ensayo listo para publicación: Thoreau (1958: 242); *Æsthetic Papers*: Thoreau (1973: 314); segunda y tercera versión de *Walden*: Clapper (1967: 45); como viajar a un país lejano: Thoreau (1849a: 82); "¿qué es la vida?": Harding (1992: 203); se resiste a abandonar la prisión: Harding (1992: 204).

En su ensayo sobre la desobediencia civil, Thoreau explicó que si uno es capaz de relacionarse no sólo con sus vecinos y compatriotas, sino también con otros muchos millones de personas, entonces es posible la apelación, es posible responder a la injusticia. Thoreau no se refería a esa antigua "apelación al cielo", al estilo de Locke y de los juicios de dios. No esperaba que llegase ningún dios para salvarnos. Su apelación era de ser humano a ser humano: la apelación propiamente política, que se dirige tanto al prójimo como al lejano. Su desobediencia civil fue, entonces, una llamada a los ciudadanos, pues era consciente de que la pelea es con personas de carne y hueso, no con papeles. Son los ciudadanos activos los que hacen la diferencia, pues si consiguen enfrentar al estado a la alternativa de mantener en prisión a todas las personas justas o acabar con la

guerra y la esclavitud, escribió Thoreau, siempre triunfará la más apacible de las revoluciones (1849a: 84-5; 75-6).

Pero alguien se entrometió y pagó ese impuesto: Thoreau (1849a: 84); amistad sólo para los buenos tiempos: Thoreau (1849a: 83); "un paso hacia el suicidio": Lebeaux (1993: 10-11) y Harding (1992: 205); el fin preexiste en los medios: Thoreau (1993b: 16), Emerson (1841b: 290); mi credo: Thoreau (1862a: 95).

HOJAS

El texto es traducción íntegra del pasaje de *A Week* (1849b: 182-8) sobre la ascensión al Greylock (ver mapa 1), ya mencionado en el capítulo sobre el Musketaquid y el Merrimack.

CAMINANDO

Desde lo alto de las colinas de Fair Haven no se veía al estado por ninguna parte: Thoreau (1849a: 84); su salud ya no es la que era: Thoreau (1906: II: 306-7, 16 de julio de 1851) y Harding (1992: 295-6); rumbo a Canadá: Thoreau (1866: 13). Aunque a su juicio la mayoría de los canadienses sufrían entre el fuego de los militares británicos y las brasas de los clérigos católicos, le pareció admirable la política de su gobierno, que trataba con extrema liberalidad a una población tan heterogénea (1866: 83-4). También se congratuló al pasar por una villa cuyo concejo había decidido que las calles serían el doble de anchas de lo habitual, y expresó su deseo que toda nueva población siguiera ese ejemplo, pues "es mejor trazar planes generosos durante la juventud, cuando la tierra es barata; siempre resulta fácil estrechar nuestras miras más adelante. Juventudes así concebidas hacen senectudes hermosas y liberales." (1866: 14-15).

Su crisis de madurez, ese sentirse maduro sin saber para qué, se resolvió en una entrada del diario escrita el 7 de septiembre de 1851. Thoreau comenzó a escribir con la misma queja de casi un año atrás: se sentía inusualmente preparado para algún trabajo literario, pero no podía elegir cuál; sin embargo, en lugar de romper las páginas, esta vez continuó criticando el modo en que la mayoría de las personas malgastan sus vidas,

proyectando cómo podría emplearla él para no caer en el mismo mal que condenaba. Estaba convencido de que la mayoría no estamos bien empleados, que ésta no es manera de pasar las horas. Pero se sentía rodeado por un rico y fértil misterio. Se preguntaba por qué no podemos probarlo y escudriñarlo, afanarnos en él, "aunque sólo sea un poco". "Buscar y describir todos los rasgos divinos que descubriese en la naturaleza": ése sería a partir de entonces su trabajo, para el que todo lo que había escrito antes suponía una preparación (Thoreau 1999d: ix-xvi).

Walking como una de las mejores puertas de entrada a su pensamiento: Harding & Meyer (1980: 60-61); invitación de Blake a Worcester: Thoreau (1958: 465); caminar como un camello: Thoreau (1906: II: 83). En este ensayo Thoreau dice ser consciente de que pasar mucho tiempo fuera de casa, al sol y al viento, produce cierta rudeza de carácter que puede embotar la sensibilidad; que es necesario buscar un equilibrio entre la biblioteca y la intemperie. Pero eso no le ofrece mayor problema, pues creía que la naturaleza nos proporciona un remedio con su proporción entre día y noche, entre invierno y verano; esa es la medida justa que marca el equilibrio entre la reflexión doméstica y la vivencia montaraz. En cualquier caso, en *Walking* Thoreau dice preferir a los lánguidos dedos de la ociosidad las manos callosas del obrero, que le parecían más versadas en tejidos de respeto y heroísmo (1862a: 77-8).

En aquel momento todavía existían en su vecindad millas y millas cuadradas sin habitantes. Thoreau se consideraba afortunado, ya que podía caminar fácilmente todo lo que quisiera, saliendo desde su propia puerta, sin pasar por ninguna casa y sin cruzar un sólo camino, exceptuando el del zorro y el visón: primero río arriba y luego por el arroyo, el prado y el sotobosque (1862a: 80). A solas en el campo Thoreau comprobó un día el efecto de una bandera alzada sobre una colina: domesticaba el paisaje, lo dominaba. La colina parecía un puesto militar (1990: 72, posterior al 12 de mayo de 1850). Aunque le entristecía ver su paisaje de tierras verdes y salvajes bajo las faldas de una bandera, desde la cima podía todavía permitirse el lujo de ver a lo lejos la civilización. Los granjeros y sus trabajos eran apenas más visibles que las marmotas y sus madrigueras. Le complacía ver qué poco espacio ocupan en el paisaje el hombre y sus mayúsculas, la Iglesia, el Estado y la Escuela, el Mercado y el

Comercio, las Manufacturas y la Agricultura, hasta la Política (sin duda el asunto que más alarmaba a Thoreau: 1862a: 81).

Místico, trascendentalista y filósofo de la naturaleza: Thoreau (1906: V: 4, 5/3/1853); poco trabajo como conferenciante: Harding (1992: 329); decide esperar hasta sentirse más lleno: Thoreau (1958: 304); cobra más como agrimensor: Harding (1992: 325); todas las cosas buenas son libres y salvajes: Thoreau (1862a: 106-7); no se propone componer una oda a la melancolía: Thoreau (1854b: 84); el sol no es más que una estrella de la mañana: Thoreau (1854b: 333).

WALDEN

La bravura de los visones: Thoreau (1854b: 8); compra del libro por Ticknor & Fields: Harding (1992: 331); publicación del libro: Thoreau (1906: VI: 429); reacción de Thoreau a la publicación, según el diario de Emerson: Harding (1992: 332-3); reseña de George Eliot: Harding (1992: 338); la segunda edición de *Walden* llegó en 1862 y desde entonces el libro ha permanecido siempre en la calle, conociendo más de ciento cincuenta ediciones distintas y traducciones a prácticamente todas las lenguas modernas importantes: Harding (1992: 340-1); "si aprendiera sánscrito, la caja tal vez me parecería vacía": Harding (1992: 348); gira de promoción por todo el país: Thoreau (1906: VII: 46); cancelación del proyecto: Harding (1992: 341); *Moonlight*: Harding (1992: 297).

Pensando quizá en las escasas ventas de su primer libro, Thoreau incluyó en *Walden* una anécdota sobre el indio nómada que fue a vender cestos a casa de un abogado bien conocido en Concord. "¿Desean comprar algún cesto?" "No, no queremos ninguno." "¡Cómo!", exclamó el indio mientras salía, "¿es qué piensan dejarnos morir de hambre?" Habiendo visto que a sus industriosos vecinos blancos les iba tan bien (que el abogado sólo tenía que tejer razonamientos para que la riqueza y el reconocimiento llegasen como por arte de magia, explica Thoreau), el indio se había dicho: "Abriré un negocio; tejeré cestos; es algo que sé hacer", pensando que cuando hubiera hecho los cestos habría cumplido con su parte, y que entonces le tocaría comprarlos al hombre blanco. No había descubierto que también era necesario hacer que a los otros les

valiera la pena comprarlos, o al menos que así se lo pareciera a ellos, si no quería tener que dedicarse a otra cosa. Thoreau también había tejido un cesto de fina textura, pero no había logrado convencer a nadie de que valiese la pena comprarlo. Sin embargo, en este caso no dejó de pensar que a él sí le valía la pena, así que en lugar de estudiar cómo hacer que los otros quisieran comprar sus cestos, se dedicó a estudiar cómo evitar la necesidad de venderlos. Por eso continuó escribiendo: "La vida que los hombres alaban y consideran un éxito no es más que una clase entre otras. ¿Por qué deberíamos exagerar una de ellas a expensas de todas las demás?" (1854b: 19).

Anthony Burns: Dean & Hoag (1995: 214,221); esperando el fallo del juez Loring: Thoreau (1906: VI: 313); esclavos de sí mismos: Thoreau (1854a: 95); reacción social ante el caso Burns: Harding (1992: 317). Thoreau no negaba que un buen gobierno fuese buena cosa; si le mostrasen un estado libre y un tribunal que haga justicia, estaría dispuesto a luchar por ellos si fuese necesario. Pero si le mostrasen el estado de Massachusetts, dijo, sólo recibiría deslealtad y desprecio hacia sus tribunales (Thoreau 1854a: 106). Y eso que la enérgica reacción social ante el caso Burns provocó el cese del juez Loring, y Anthony Burns pudo comprar su libertad y hasta ir a la universidad gracias al dinero recogido por los abolicionistas. Una vez más el pueblo americano estuvo por encima de sus autoridades, concluyó Thoreau mientras paseaba alrededor de una de las lagunas de Concord y se preguntaba dónde está la belleza de la naturaleza cuando los hombres son ruines; iba a la laguna para ver su serenidad reflejada en ella; cuando no estaba sosegado, de nada le sirve ir allá, pues ¿quién puede permanecer sereno en un país donde los gobernantes carecen de principios? Cuando sus pensamientos no consiguen apartarse del estado no puede menos que desear su destrucción (Thoreau 1854a: 108).

MAINE & CAPE COD

A finales de 1857 Thoreau tenía claro dónde quería vivir, pues "si un escritor puede ser rico y fuerte en algún sitio ese lugar ha de ser su solar nativo. Aquí me he pasado cuarenta años aprendiendo el lenguaje de

estos campos para así mejor expresarme.” (Thoreau 1906: X: 191, 20/11/1857).

Había tenido que trabajar mucho como agrimensor, y quizá por eso sentía que no le quedaba tiempo para hacerle reverencias a nadie. Como una vez le dijo Emerson a Sanborn, no había adulación alguna en Thoreau, nunca buscaba agradar a sus oyentes o amigos (Cameron 1958: 45). Otra vez, durante una de sus excursiones, Channing se detuvo al borde del camino, paralizado por un dolor de cabeza. Tal vez pensaba en abandonar el viaje, o quizá sólo deseaba obtener algo de consuelo y un sorbo de té. Thoreau se limitó a susurrarle antes de continuar la marcha: “Hay personas que despiertan así de enfermas cada mañana y se levantan para atender sus asuntos.” (Channing 1873: 3) Pero en otra ocasión similar alguien le respondió: “Bueno, cada uno tiene sus razones para volver a casa, ¿no tienes tú un escritorio?” (Sanborn 1905: 446) Thoreau tuvo que reconocer que así era, pues apenas podía escribir separado de su viejo pupitre verde, y quizá por eso sentía tanta satisfacción al regresar a Concord tras una excursión larga, cuando la naturaleza le mandaba de vuelta a casa como un niño al terminar la escuela.

Mientras estaba de viaje se limitaba a tomar notas que más adelante transcribiría al diario en la comodidad de su ático. Esa había sido su rutina diaria desde que terminó su primera excursión, *A Walk to Wachusett*. Tal y como allí se dice, “de regreso en la dispersa vida del llano intento con mi literatura traer una pizca de la grandeza de las montañas. Si tengo éxito, recordaremos entonces cuáles son los límites de nuestra existencia, y comprenderemos que esta vida plana también tiene sus cimas, y por qué desde la cumbre los valles se ven con un matiz azul; pues cada hora tiene su elevación, de igual modo que no hay lugar tan bajo sobre la tierra que no puedan verse desde él los cielos; sólo tenemos que subir a la cima de nuestra hora para poder abarcar un horizonte sin interrupciones.” (Thoreau 1843b: 49).

Un mapa de Maine defectuoso en su primer viaje: Harding (1992: 208); en la cima del Katahdin: Harding (1992: 210). Las preguntas “¿Quiénes somos?, ¿dónde estamos?” están ligadas al siguiente párrafo, uno de los más citados de Thoreau: “¿Qué es entrar a un museo y contemplar mil cosas particulares comparado con que te sea mostrada la

superficie de una estrella, el mismísimo hogar de la materia más compacta? Me quedé asombrado ante mi cuerpo, tan extraña se me había vuelto esta masa a la que estoy unido. Piensa en nuestra vida en la naturaleza: materia mostrada ante ti día tras día, entrando en contacto con ella; piensa en rocas, árboles, el viento en nuestras mejillas. La tierra firme, el mundo real, el sentido común. El contacto." (Thoreau 1864: 71).

Acerca del naufragio del St. John, un barco de Galway, Thoreau escribió lo siguiente en *Cape Cod*: "son los vivos, y no los cadáveres, los que reclaman nuestra piedad; los muertos son algo tan colectivo e impersonal como la naturaleza; junta todos los sepulcros y siempre serán una mayoría. Únicamente lo individual y privado reclama nuestra compasión. Un hombre sólo puede asistir a un funeral en su vida, sólo puede velar un cadáver." Al parecer, el duelo por su hermano John, que a punto estuvo de matarle, le había dejado incapaz de mostrar más dolor (Thoreau 1865: 9). Durante aquel primer viaje al cabo, un día en la playa, el 13 de octubre, lo emplearon entero en caminar a lo largo de la orilla, escuchando al mar resonante, pues deseaban asociarse "con el océano hasta que perdiera ese aspecto lacustre con que se aparece a las gentes de campo, que todavía piensan que podrán ver la otra orilla". La playa más próxima al otro lado del mar, hacia el Este que intentaban escrutar, está en España, en la costa de Galicia, cuya capital es Santiago, recordó Thoreau, aunque a decir de viejos poetas debería haber sido en la Atlántida o las Hespérides, pero hoy el cielo, continuó, ha de encontrarse en el Oeste, o bajo nuestros pies. Volando con la imaginación, Thoreau llevó a Channing hasta esa parte de Portugal *entre Douro e Miño*, y al avanzar, dijo, "se nos abrió Galicia y el puerto de Pontevedra, pero no entramos, pues la marejada era alta. Entonces el audaz promontorio del cabo de Finisterrae, un poco al noreste, se nos echó encima con su vano farol. Lo ignoramos, porque aquí está Cape Cod, el cabo del principio de la tierra." (Thoreau 1865: 140).

Sospechosos de robo: Harding (1992: 270-3); un faro o la cabaña de un pescador, el mejor hotel: Thoreau (1865: 215); estructura del libro: Harding (1992: 359-61); admiración por los habitantes del cabo: Taylor (1996: 55); costumbres domésticas de chinches y gatos: Thoreau (1906: IX: 453).

La que sería su última visita a Cape Cod fue en junio de 1857; el día

catorce, al tratar de cruzar la costa a pie para llegar a la casa de su tío Ed Watson, que vivía en una isla, tuvo que ser rescatado por un pescador ante el rápido avance de la marea. El tío Ed, que acababa de leer *Walden*, le saludó con una pregunta: "En tu libro he leído que perdiste un galgo, un caballo y una paloma. ¿Qué diablos querías decir con eso?" "Supongo", respondió Thoreau, "que todos hemos tenido nuestras pérdidas." (Harding 1992: 383) Esa misma tarde "la pasó contando historias a sus cuatro primos. Siempre había pensado que los peregrinos eran un buen tema de conversación: habían colonizado un país, tenían cierto derecho a la fama. Pero a los niños les gustó aún más su relato sobre los vikingos. La libertad, la religión y las buenas leyes no son nada comparadas con ese espíritu audaz y aventurero de los nórdicos. No podría recordar ni una sola de sus palabras, pero la historia les atrapó y transportó con la fuerza de un viento del Norte. Thoreau se sentaba en una silla junto a la ventana abierta, gesticulando con los brazos mientras describía la navegación de los feroces vikingos. Uno tras otro los chicos de la isla se acercaron a la ventana para mirar y acabaron sentados todos en el exterior, mirándole con sus caritas curtidas por el salitre. Ese círculo de espíritus brillantes y aventureros escuchaba con avidez, pensando quizá que también ellos se harían a la vela para visitar tierras lejanas." (Sanborn 1905: 446).

Durante la penúltima visita a Maine, la primera noche de cacería con Aitteon y Thatcher no encontraron ningún alce, pero sí algo que Thoreau jamás había oído antes. Así lo describió en el diario: "Había muy pocos sonidos que rompieran el silencio del bosque. Escuchamos repetidamente el ulular de un búho, igual que en casa, y dijimos a Joe que éste atraería al alce, pues su sonido se parecía al del reclamo empleado por el indio; pero Joe respondió que, habiendo escuchado ulular miles de veces, el alce era más listo que todo eso; mientras esperábamos nos sobresaltaban los correteos del ratón almizclero. Justo después de que Joe hubiera llamado al alce por segunda vez, cuando nos esforzábamos en escuchar su respuesta, oímos la llegada de un sonido acelerado, sordo y seco, como un débil eco que se arrastrase desde lejos por entre los pasillos cubiertos de musgo, con un núcleo sólido, pero como sofocado a medias por el abrazo del exuberante bosque fungiforme; algo similar a un portazo en lo que

pudiera ser el distante vestíbulo de la húmeda y peluda naturaleza virgen. Ningún mortal lo hubiera oído de no haber estado nosotros allí. Le pregunté en un susurro qué demonios era eso. Árbol caer, respondió Joe. Había algo singularmente grandioso e impresionante en el sonido de un árbol cayendo en una noche tan perfectamente calma como aquella, como si las potencias que lo abatieron no necesitasen ser provocadas, sino que trabajasen con una fuerza sutil, deliberada y consciente, como una boa constrictor, y aún más eficazmente que en un día ventoso. Si esa diferencia existe, quizá se deba a que los árboles cargados con el rocío de la noche pesan más que durante el día." (Thoreau 1864: 103-4).

Final de este segundo viaje: Harding (1992: 309-12); el relato del incendio del bosque se encuentra traducido al castellano (Thoreau 2002a: 19ss); encuentro con Joe Polis y último viaje a Maine: Harding (1992: 385ss); mayor inteligencia del indio: Thoreau (1958: 491); Edward comentó que nunca antes había visto tanta habilidad y sangre fría como en aquellos días entre las rocas y rápidos del Penobscot, con el indio confiándole a Thoreau su vida y canoa (Salt 1993: 86); carta a Lowell sobre la censura: Thoreau (1958: 515-6); por las montañas de New Hampshire: Harding (1992: 397-402); para estar cómodo mejor quedarse en casa: Thoreau (1866:47-8); simplicidad desolada de la naturaleza virgen: Thoreau (1864: 155); el mal no está en la naturaleza externa: Thoreau (1864: 16); el estado no sabe distinguir a sus amigos de sus enemigos: Thoreau (1849a: 80).

En 1861 recibió una carta en la que le preguntaban por la clase de equipaje necesario para una excursión semejante a las que había efectuado por Maine. Thoreau estaba ya muy enfermo, pero se tomó la molestia de contestar con una detallada lista de la comida necesaria para seis días, además de la siguiente recomendación acerca de la ropa y otros artículos (1958: 623-4, carta del 15 de julio): "Les diré exactamente lo que llevaría yo en ese trance sin contar mi vestimenta, que es vieja pero gruesa y resistente, ni el contenido de mis bolsillos: Una camisa; un par de calcetines; dos pañuelos de bolsillo; un chaleco abrigado; otro de franela; un impermeable; seis cuellos de camisa; jabón y toalla; aguja, alfileres e hilo; una manta; un gorro de dormir abrigado (a no ser que tu gorra de a diario sea suave y ajustada); mapa de la ruta y brújula. Además de otros artículos

según la necesidad o el gusto, un machete (para un grupo de media docena mejor un hacha ligera y de mango largo), pues necesitarás hacer un buen fuego y cortar troncos grandes; papel y sellos; navaja; cerillas, de las cuales una parte irá siempre en el bolsillo interior dentro de un paquete impermeable; sedal y anzuelos, un pedazo de tocino para cebo, y un poco de sal, siempre en tu bolsillo para estar preparado en caso de que te pierdas por el bosque; cuerda y recortes de papel; una cuchara y un tazón de metal, al que puede colocarse un mango de alambre para que sirva como cazo; un cubo metálico de litro puede servir muy bien como cazuela común; un paraguas. Para dormir, o bien una tienda o una lona fuerte lo suficientemente grande como para cubrir a todos. En este caso, la tienda se construirá en forma de refugio, abierta hacia el lado de menos viento; dos ramas, plantadas o del mismo terreno, harán de postes principales con un tercero colocado horizontalmente entre sus horquillas, a unos dos metros del suelo, y sobre el cual descansarán los extremos de otros dos o tres postes que caen hacia atrás y proporcionan la superficie sobre la cual extender la lona, que debe llegar con holgura hasta el suelo al fondo y a los lados. Como es natural, se duerme sobre la típica cama de ramaje, con los pies mirando hacia fuera."

JOHN BROWN

Unión de la imagen de la semilla con los ideales de justicia para todos: Thoreau (1860c: 72,91); entusiasmo por la teoría de Darwin: Thoreau (1906: XIV: 147, 18/10/1860); para él la ciencia no era una práctica contemplativa y alejada de cuestiones mundanas, sino la mejor herramienta para la lucha por la vida, y admiraba por igual el valor de Darwin, el de Tales en sus observaciones nocturnas y el de Linneo preparándose para una expedición a Laponia (Thoreau 1842: 4-5).

Los derechos de los negros, tan respetables como los de los blancos: Thoreau (1860a: 114-5,125); tan indignado estaba por la tolerancia hacia la esclavitud que pensó en plantear al Congreso la posibilidad de hacer salchichas con carne humana: "No dudo de que la mayoría de los miembros de esta institución se sonreirían ante la propuesta, y si alguno creyera que lo decía en serio, pensaría que eso es algo mucho peor de lo que el

Congreso haya hecho nunca. Pero si alguien dice que hacer salchichas de un hombre es mucho peor, o es absolutamente peor que convertirlo en esclavo, o que aprobar la Ley de Esclavos Fugitivos, le acusaré de necedad, de incapacidad intelectual, de hacer distinciones sin haber diferencias. Ambas propuestas son igualmente sensatas." (Thoreau 1854a: 96-7).

Entrevistas con Brown: Harding (1992: 415-6); reacción ante su arresto: Dean & Hoag (1995: 311); réplica a Sanborn: Harding (1992: 417); simpatía del auditorio: Thoreau (1995a: 53); la primera persona en defender a Brown: Salt (1993: 92); Virginia Woolf aseguró que a Thoreau no le atraía tanto Brown como la "brownidad": Thoreau (1987b: xxix); negativa de Brown a servir en el ejército: Thoreau (1860a: 111-2,119); un rifle infinitamente más seguro y de mayor alcance: Thoreau (1860a: 127).

A Thoreau no le gustaban las armas de fuego, pero al pensar en Brown tuvo que reconocer que estaban en buenas manos. Como cuando, en el *Quijote*, Sancho Panza responde a su señor, que se dispone a bajar a la cueva de Montesinos, que "en manos está el pandero que le sabrán bien tañer", Thoreau prefería el tambor de Brown a ese otro que se oye en las celebraciones patrióticas en Concord, al que aludió en uno de los pasajes más citados de *Walden*: "¿Por qué debemos apresurarnos tan desesperadamente hacia el éxito, y en tan desesperadas empresas? Si un hombre no mantiene el paso con sus compañeros, puede deberse a que escucha el sonido de un tambor diferente. Por muy lejana o poco acompasada que sea, dejémosle marchar al ritmo de la música que oye." (Thoreau 1854b: 326) Agradezco la fuente de esta posible alusión a Austin Meredith.

El tiempo le daría la razón a John Brown, que a fin de cuentas no hizo sino anticiparse a Lincoln en su ataque contra el Sur esclavista, un acto por el cual el gobierno de los EE.UU. recuperó su legitimidad perdida a ojos de Thoreau; para él, la legitimidad sólo le corresponde al poder que administra justicia en el territorio. Si la labor que le es encomendada (proteger a los débiles y hacer justicia) la tienen que hacer los ciudadanos organizados en sociedades privadas, ese gobierno está de más y se convierte en tiranía, y rebelarse contra la tiranía era para Thoreau prueba del más alto amor por la humanidad: "No es prudente colgar a rebeldes como John Brown porque hombres como él enseñan a los demás a morir, y con ello a vivir. En realidad, Brown es uno de los pocos hombres que

han muerto en América, pues sólo unos pocos han vivido de verdad." (Thoreau 1860a: 133-4) No es el único en afirmarlo: *"Les hommes ne sont jamais bien morts que pour la liberté: ils ne croyaient pas alors mourir tout à fait"* (Camus 1951: 363).

HENRY

La alusión a los amores y los pulmones sin remedio es un anacrónico homenaje a *Lolita*; la metáfora de los hechos como paredes de un cuarto procede de E. M. Forster, tal como me fue citado por Stephen Neale; la fuente del posible contagio de la tuberculosis de Thoreau a Horace Mann jr., que moriría a los veinticuatro años, es Harding (1992: 450-1); el juicio de que Thoreau no recuperaría la salud mientras no llegase la paz, de Channing (1873: 8-9); que leyó durante esos últimos días a Heródoto queda constatado en su correspondencia (Thoreau 1958: 611); última visita a Walden: Sanborn (1917: 345,483) y Harding (1992: 454); último apunte en el diario: Thoreau (1906: XIV: 346); últimas publicaciones: Harding (1992: 457-8); imágenes crepusculares en *Autumnal Tints*: Thoreau (1862b: 8-9); árboles como catalizadores de esperanza: Thoreau (1862b: 45); compleja belleza silvestre de la hoja del roble escarlata: Thoreau (1862b: 47-8); yacer con tanta elegancia y perfección como las hojas: Thoreau (1862b: 35); tipos de letra: Thoreau (1862b: 49); estoy dispuesto a entregarme a ellos, aunque les aburra lo indecible: Thoreau (1863a: 155); único interés de una ciudad por sus bosques: Thoreau (1863a: 157); incesante trabajar: Thoreau (1863a: 156); lanzar piedras al otro lado del muro: Thoreau (1863a: 157); la única traición de los tiempos: Thoreau (1863a: 178); la gran rifa del mundo: Thoreau (1863a: 162-3); debes vivir de aquello que amas: Thoreau (1863a: 160); potencial liberador de la naturaleza virgen: Thoreau (1999d: xvi); una división del trabajo diferente: Thoreau (1999d: 58); visita de Staples: Harding (1992: 460); "¿cómo se llamaba mi mejor amigo?": Harding (1992: 303); la gente puede ser generosa con sinceridad: Harding (1992: 462); confinado en el interior de sí mismo: Salt (1993: 98); músico ambulante en la calle: Channing (1873: 323); sin peleas con dios: Harding (1992: 464); "cada mundo a su tiempo": Harding (1992: 465); nunca dejó de quererla:

Harding (1992: 104); Sophia lee el último capítulo de *A Week*: Sayre (1977: 215); evitar los saltos de agua: Thoreau (1849b: 317); "indio" y "alce", últimas palabras de Thoreau: Harding (1992: 466); "mi mayor habilidad ha sido querer pocas cosas", servicio fúnebre: Salt (1993: 99); carta de Louisa May Alcott: Harding (1992: 468); el destino de la vida es más vida: Thoreau (1990: 30).

En el funeral, Emerson leyó del diario de Thoreau lo siguiente: "En cualquier lugar de Inglaterra se descubren restos romanos, sus urnas funerarias, sus campamentos, sus carreteras, sus moradas, pero afortunadamente Nueva Inglaterra no está basada en ninguna de esas ruinas. No tenemos que reposar los cimientos de nuestras casas sobre las cenizas de una civilización anterior." (Thoreau 1995a: 52-3) Quizá los que conocían mejor a Thoreau recordasen entonces los indios y alces desaparecidos, y pensasen que citar un fragmento del diario no basta para llegar a la verdad de su autor, ni siquiera cuando es Emerson quien lo recita. A Thoreau le gustaba considerarse parte integrante de otras civilizaciones al margen de la nuestra, y no ignoraba que los cimientos de nuestras casas sí reposan sobre sus cenizas.

EPÍLOGO

Agradezco a Edorta Murua Zubiria la anécdota del diario de Monterroso (1987: 346); sobre la crítica a finales del XIX (Thoreau 1849b: 491) y la historia del proceso de "canonización" de Thoreau, véase especialmente la monografía de Scharnhost (1993: 82ss). Las declaraciones de Bill Clinton en la inauguración oficial del Thoreau Institute aparecen recogidas en *The Thoreau Society Bulletin*, no. 224 (verano 1998); la descripción de Thoreau como representante de un individualismo indómito y radical, en la versión española del *National Geographic*, vol. 1, no. 2 (1997).

Una buena muestra de opinión de los teóricos de la política sobre Thoreau es la recogida por Taylor (1996: 2ss) en su monografía *America's Bachelor Uncle*. La cita de King procede de la biografía de Miller (1991: 88). Entre otros estudiosos, Moller (1980) documenta la impenitente domesticidad y los profundos vínculos familiares de Thoreau. Sobre el apetito de reforma de Thoreau, véase la excelente biografía de Robert

Richardson (1986: 104).

Alusión a Thoreau en *Las correcciones*: Franzen (2001: 321). Sobre la noción aristotélica de deliberación, véase el capítulo 3, libro III, de la *Ética a Nicómaco*. Sobre el imperativo categórico-narrativo: Thoreau (1906: II: 421). En este capítulo final hago uso de varios pasajes de la ética de la autenticidad de Charles Taylor (1991: 74-5) y de *El cierre de la mente moderna* de Allan Bloom (1987: 171). La entrevista de Amador Fernández-Savater con Wu Ming sobre "mitopoiesis y acción política" fue publicada en el periódico *Molotov* y puede consultarse en www.altediciones.com/t62.htm.

PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

Las *tramas* de esta edición son trabajos gráficos originales elaborados a partir de fotografías del autor e ilustraciones publicadas por la Thoreau Society:

Thomas Blanding y Walter Harding (1980) *A Thoreau Iconography*, Thoreau Society Booklet no. 30, Geneseo (Nueva York).

Milton Meltzer y Walter Harding (1962) *A Thoreau Profile*, The Thoreau Society, Lincoln (Massachusetts), 1998.

La trama 7 se inspira en un dibujo del propio Thoreau para la primera edición de *Autumnal Tints* (1862a). El mapa 1 está basado en el publicado en *The Book of Concord* (Howarth 1982: 50); el mapa 2 en el de Concord elaborado por Herbert W. Gleason en 1906.

CRONOLOGÍA
(1817-1998)

BIBLIOGRAFÍA

Año	Vida y obras de Henry D. Thoreau	Política y sociedad de los EEUU	Artes e historia universal
1817	Nace el 12 de julio en Concord, Massachusetts. Tercer hijo de Cynthia (Dunbar de soltera) y John Thoreau. Es bautizado el 12 de octubre como David Henry Thoreau por el Dr. Ezra Ripley.	James Monroe es investido como presidente. Se funda la Universidad de Michigan.	Revuelta contra los británicos en la India. William Cullen Bryant: *Thanatopsis*.
1818	La familia se traslada a Chelmsford, Mass.	Illinois ingresa en la Unión. Connecticut elimina los requisitos religiosos para ejercer cargos públicos.	Primeras carreteras de asfalto. Niepce inventa la bicicleta. Independencia de Chile. Pushkin: *Ruslan y Ludmila*.
1819	Nace su hermana Sophia Thoreau.	Alabama ingresa en la Unión. España cede Florida a los EE.UU. Se funda la Universidad de Virginia.	República de Gran Colombia. Primera navegación transatlántica a vapor. Washington Irving: *Libro de los bocetos*.
1820	En Concord, el diácono John White construye el ala oeste de la Colonial Inn, desde donde se dedica a impedir que la gente viaje durante los domingos; el padre y abuelo de Thoreau vivieron en el ala este.	Reelección de Monroe. Maine ingresa en la Unión.	Sublevación en Cádiz: Riego proclama la Constitución de 1812. Walter Scott: *Ivanhoe*.
1821	La familia se traslada a Boston.	Missouri ingresa en la Unión.	Independencia del Perú. Muere

			Napoleón. Hegel: *Filosofía del derecho*.
1822	Primera visita a la laguna Walden.	Inaugurado el Chestnut Street Theatre en Philadelphia.	Independencia del Ecuador y Brasil. Manzoni: *Adelchi*.
1823	En marzo, la familia regresa a Concord, donde se establece en una casa de ladrillo en el cruce entre Main Street y Walden Road. Asiste a la Academia de Concord.	Doctrina Monroe contra la interferencia europea ("América para los americanos").	La Santa Alianza repone a Fernando VII. Costa Rica y Guatemala proclaman su independencia.
1824	John Thoreau padre comienza a fabricar lápices. El Marqués de Lafayette visita Concord.	John Q. Adams elegido presidente. Gira de Lafayette por los 24 estados de la Unión.	Constitución federal de México. Beethoven: *Novena Sinfonía*.
1825	Henry asiste a las celebraciones del cincuentenario de la Batalla de Lexington y Concord, inicio de la guerra de independencia.	Inaugurado el canal del Erie.	Independencia de Bolivia. Alzamiento en Rusia.
1826	Las tías paternas Elizabeth, Jane y Maria abandonan la First Parish Church para fundar otra iglesia en Concord (la Trinitarian Congregational). La familia se muda a la casa Davis en Main Street.	Durante la celebración del cincuentenario de la independencia, mueren los revolucionarios Thomas Jefferson y John Adams.	Bolivar declarado presidente vitalicio del Perú.
1827	Primer escrito atribuido a Thoreau: *The Seasons* (podría haber sido escrito el año siguiente). Mudanza a la casa Shattuck en Main Street.	Se completa la construcción del edificio principal del Capitolio.	Guerra ruso-turca. John J. Audubon: *Aves de América*.
1828	Ingresa en la Academia de Concord.	Andrew Jackson elegido presidente.	Independencia del Uruguay.

		Primer tren de pasajeros, tirado por caballos.	Independencia de Grecia. Diccionario de Webster.
1829	Se crea el Liceo de Concord y la Debating Society de la Academia. Thoreau protagoniza algunos debates en esta última.	Primera locomotora de vapor empleada en el tren. Debate en el Senado entre Hayne y Webster.	Fin de la guerra ruso-turca. Edgar A. Poe: *Tamerlán*.
1830	La tía materna Louisa se instala con los Thoreau.	Joseph Smith crea la iglesia de los mormones.	Revolución en Francia. Ferrocarril Liverpool-Manchester. Comte: *Curso de filosofía positiva*. Stendahl: *El rojo y el negro*.
1831	Actividad del movimiento revivalista de Charles Grandison Finney, cuya influencia introdujo el perfeccionismo moral en el ambiente de Concord.	Guerra contra el jefe indio Black Hawk. El abolicionista Garrison crea la revista *The Liberator*. Insurrección de los esclavos en Virginia.	Independencia de Bélgica. Mazzini funda la Joven Italia. Leopardi: *Cantos*.
1832	Se publica en Boston la *Introducción a la historia de la filosofía* de Victor Cousin, una traducción que causó gran impacto entre los unitarios trascendentalistas (Thoreau la leería en junio de 1837). A través de Cousin, la influencia de Dugal Stewart en Harvard es notoria.	Reelección de Jackson. Conflicto arancelario.	Reforma electoral en Inglaterra. Mueren Cuvier, Goethe y Scott. Silvio Pellico: *Mis prisiones*.
1833	Durante el verano construye su primer bote de remos. Ingresa en la Universidad de	Garrison y Whittier ponen en marcha el movimiento	Abolición de la esclavitud en el imperio británico.

	Harvard, alojándose en la residencia Hollis.	abolicionista. Se fundan los colegios universitarios de Haverford y Oberlin.	Primera guerra carlista.
1834	Rebelión estudiantil en Harvard. Raph Waldo Emerson se instala en Concord.	McCormick inventa la máquina segadora.	Régimen parlamentario en Brasil.
1835	Breve estancia como maestro de escuela en Canton, Mass. Allí estudia alemán con Orestes Brownson. La familia se muda a la casa de las tías paternas Elizabeth y Sarah en el ala oeste de la Colonial Inn.	Morse inventa el telégrafo.	Los colonos bóer fundan el estado libre de Orange en Sudáfrica (su marcha popularizó la palabra *trekking*). Alexis de Tocqueville: *La democracia en América*, I. Strauss: *Vida de Jesús*.
1836	Lucy Brown se aloja con los Thoreau. Ausente de Harvard por enfermedad. Se construye otro bote, el "*Red Jacket*". Viaja a Nueva York con su padre para ayudarle en la distribución de los lápices. La familia se muda a la casa Parkman.	Martin Van Buren elegido presidente. Arkansas ingresa en la Unión. El Congreso decide no discutir más sobre la esclavitud. Guerra contra los indios semínolas. Derrota de El Álamo.	Disturbios en Hungaria y las provincias eslavas de Austria. Colonización del sur de Australia. Ralph W. Emerson: *Naturaleza*. Gogol: *El inspector general*.
1837	Lee *Nature*, de Emerson. Se licencia en Harvard. Discurso de graduación: *The Commercial Spirit of Modern Times*. Acampada en la laguna Flint junto a Charles Stearns Wheeler. Comienza su diario (primera entrada: 22 de octubre)	Ingreso de Michigan. Crisis financiera. Elijah P. Lovejoy es linchado por una multitud anti-abolicionista.	Victoria, reina de Inglaterra. Emerson: *El intelectual americano*; Carlyle: *Historia de la Revolución francesa*; Hawthorne: *Cuentos contados dos veces*.

	e invierte el orden de su nombre. Breve experiencia como maestro en la escuela pública de Concord.		
1838	Primer viaje a Maine. Abre una escuela privada en su casa. Junto con su hermano John, la traslada a la Academia de Concord. Pronuncia su primera conferencia en el Liceo: *Society*.	Se organiza el *ferrocarril subterráneo* para ayudar a los esclavos fugitivos. Crisis económica.	Primeras colonias en Nueva Zelanda. Ruptura de la federación centroamericana. Poe: *Aventuras de Arthur Gordon Pym*.
1839	Ellen Sewall visita Concord. Excursión con John en el bote *Musketaquid* por los ríos Concord y Merrimack. Ascienden a las White Mountains.	Primeros pasos para la autonomía de Canadá. Francia reconoce la independencia de Texas.	Primer daguerrotipo. Feuerbach: *Crítica de la filosofía hegeliana*; Stendhal: *La cartuja de Parma*.
1840	La tuberculosis de John les obliga a dejar la Academia de Concord. Publica su primer ensayo, *Aulus Persius Flaccus*, y poema, *Sympathy*, en el primer número de la revista *The Dial*. Escribe *The Service*. Trabaja con su padre en el negocio de lápices. Los Alcott se mudan a Concord. Ruptura con Ellen.	William Henry Harrison elegido presidente. Charles Wilkes descubre la Antártida. Se establece la jornada laboral de diez horas diarias. Se funda la comunidad de Brook Farm.	Primer kindergarten en Prusia. Guerra del opio. Proudhon: *¿Qué es la propiedad?*
1841	Declara que no desea ser considerado miembro de la First Parish Church. Se muda a casa de los Emerson. Publica poemas en *The Dial*.	Tras la muerte de Harrison, le sucede el vicepresidente John Tyler. Horace Greeley crea el *New York Tribune*.	Hong Kong cedido a la corona británica. Primer parlamento en Canadá. Carlyle: *Los héroes*.
1842	John muere el 11 de enero tras una repentina infección de tétanos. El 27, muere Waldo, el hijo pequeño de	Rebelión de Rhode Island.	Tratado Webster-Ashburton sobre la frontera entre EE.UU. y Canadá.

	Emerson. Hawthorne se instala en Concord. Henry publica *Natural History of Massachusetts* y varios poemas en *The Dial*.		Gogol: *Almas muertas*; Schelling: *Filosofía de la mitología*.
1843	Publica *A Winter Walk* y *Walk to Wachusett*. Ayuda a Emerson con la edición de *The Dial*, donde publica varias traducciones. Comienza a colaborar en otras revistas, publicando *The Landlord* y *Paradise (To Be) Regained*. Conferencias en Concord: *The Life and Character of Sir Walter Raleigh* y *Ancient Poets*. De mayo a diciembre trabaja en Staten Island como tutor de los hijos de William Emerson. Ellery Channing se muda a Concord.	Segunda guerra contra los semínolas. Tensión con Inglaterra por el trazado de la frontera con Canadá en Oregon. Se crea la comunidad de Fruitlands.	Fin de la regencia de Espartero en España. J. S. Mill: *Sistema de lógica*; Kierkegaard: *Diario de un seductor*.
1844	Conferencias en Boston: *Conservatives and Reformers*. Con Edward Hoar prende fuego por accidente a unos bosques de Concord. Construye con su padre la casa familiar de la antigua calle Texas. Más traducciones en *The Dial*.	James K. Polk elegido presidente. Primera línea telegráfica, entre Washington y Baltimore. Los mormones huyen de Nauvoo. John Quincy Adams rompe el silencio sobre la esclavitud en el congreso.	Proclamación de la República Dominicana. Reinado de Isabel II. Dumas: *Los tres mosqueteros*; Comte: *Discurso sobre el espíritu positivo*.
1845	En marzo comienza a construirse la casita de Walden. Se muda allí el 4 de julio. Publica un artículo sobre Wendell Phillips en el periódico abolicionista	Texas y Florida entran en la Unión.	Expedición de Sir John Franklin. Margaret Fuller: *La mujer en el siglo XIX*; Stirner: *El único y su propiedad*.

	Liberator. Conferencia: *Concord River*.		
1846	En julio es arrestado y pasa una noche en la cárcel de Concord por impago de impuestos. Viaja a los bosques de Maine y asciende a la cima del Katahdin, la montaña más alta de este estado. Liceo de Concord: *The Writings and Style of Thomas Carlyle*.	Iowa ingresa en la Unión. Se funda la Smithsonian Institution. Comienza la guerra con México; Taylor rechaza a los mejicanos al otro lado del Río Grande.	La hambruna en Irlanda acentúa la emigración hacia los EE.UU. Rebelión de Oporto. Marx: *La ideología alemana*; Melville: *Typee*.
1847	Abandona la casa de Walden para pasar un año en la de Emerson mientras éste viaja por Inglaterra. Primeros trabajos como agrimensor profesional. Comienza a recoger especimenes para Louis Agassiz, el naturalista de Harvard. *Thomas Carlyle and His Works*. Liceo de Concord: *A History of Myself*.	El ejército de EE.UU. toma Veracruz y Ciudad de México. Comienzan a utilizarse sellos postales.	Crisis económica en Europa. Segunda guerra carlista. Ch. Brontë: *Jane Eyre*; E. Brontë: *Cumbres borrascosas*; Longfellow: *Evangeline*.
1848	Se ofrece como conferenciante profesional. El 26 de enero pronuncia su primera conferencia sobre la desobediencia civil en el Liceo. El 22 de noviembre, primera conferencia fuera de Concord y Lincoln, en Salem. Publica en varias entregas *Ktaadn and the Maine Woods*. Regresa a casa de sus padres.	Zachary Taylor elegido presidente. Ingreso de Wisconsin. Fiebre del oro en California. El tratado de paz de Guadalupe-Hidalgo pone fin a la guerra con México.	Louis Napoleon, presidente de la II República. Guerra civil en Hungría. Guerra de independencia italiana. Caída de Metternich. Marx y Engels: *Manifiesto comunista*; J. S. Mill: *Principios de economía política*.
1849	El 14 de junio muere su hermana Helen de tuberculosis. Publica su primer libro, *A Week on the*	Muere James K. Polk. En Nueva York, las protestas contra un actor	Huida de Garibaldi. Hawthorne: *La letra escarlata*;

	Concord and Merrimack Rivers y el ensayo sobre la desobediencia civil, *Resistance to Civil Government*. Inicia su amistad con H. G. O. Blake. En octubre hace su primer viaje a Cape Cod con Ellery Channing. Conferencias en Salem y Worcester.	inglés se saldan con 34 muertos.	Dickens: *David Copperfield*.
1850	En junio, segundo viaje a Cape Cod. En julio viaja a Fire Island para intentar rescatar el cuerpo ahogado de Margaret Fuller-Ossoli. La familia se muda a la casa amarilla de Main Street; Henry ocupa el ático. Pasa una semana de septiembre en Canadá con Ellery Channing. Cambiando su método de escritura, comienza a fechar sus entradas del diario en lugar de cortar y pegar fragmentos al reescribir. En diciembre se le elige como miembro de la Boston Society of Natural History.	Muerto Taylor, Millard Fillmore le sucede como presidente. California se incorpora a la Unión. Se aprueba la segunda ley de esclavos fugitivos. Acuerdo de Missouri entre los políticos moderados para mantener el equilibrio numérico entre estados libres y esclavistas.	Cólera en Inglaterra. Muerte de San Martín. Emerson: *Hombres representativos*; Wagner: *Lohengrin*.
1851	Conferencias en Concord, Lincoln, Clinton, Portland, Medford, Worcester. Durante el verano comienza a compilar datos y lecturas sobre biología. Ayuda a un esclavo fugitivo en su huida a Canadá.	El rebelde húngaro Kossuth visita los EE.UU. También llega, para quedarse, la bailarina y aventurera irlandesa Lola Montes.	Fiebre del oro en Australia. Los bóers pierden Orange. Melville: *Moby Dick*. Schopenhauer: *Parerga y Paralipómena*.
1852	Conferencias en Lincoln, Plymouth, Boston. Frecuentes excursiones por Walden y los alrededores de Concord. Publica en varias	Franklin Pierce elegido presidente. Mueren Webster y Clay, los artífices del Acuerdo de 1850.	Segundo imperio: Napoleón III. Derrota de Rosas en Caseros. Harriet Beecher Stowe:

	entregas los primeros capítulos de Cape Cod.		*La cabaña del tío Tom*; Marx: *El 18 Brumario*.
1853	Segundo viaje a los bosques de Maine. Publica fragmentos de lo que será *A Yankee in Canada*. Activismo antiesclavista en Concord. La fábrica de lápices se concentra en la preparación de grafito. Miembro electo de la American Association for the Advancement of Science.	Exposición universal en Nueva York. La flota americana fuerza su entrada en Tokio, abriendo Japón al comercio internacional. Se funda el colegio universitario de Antioch.	Guerra civil en Colombia. Dickens: *Casa desolada*; Melville: *Bartleby, el escribiente*.
1854	Lee *Slavery in Massachusetts* en un encuentro de abolicionistas el 4 de julio. Publica su segundo libro, *Walden; or Life in the Woods*. Encuentros con Daniel Ricketson en New Beford y con Thomas Cholmondeley en Concord. Conferencias en Plymouth (*Moonlight*), Philadelphia (*The Wild*), y Providence, New Bedford y Nantucket (*What Shall It Profit*).	Se aprueba la Kansas-Nebraska Act. Ciudadanos de Boston intentan sin éxito proteger al esclavo fugitivo Anthony Burns. Se crea el partido republicano. Sangrientos disturbios en Kansas.	Guerra de Crimea. Dickens: *Tiempos difíciles*.
1855	Repite *What Shall It Profit* en Concord y Worcester. Recibe un cofre de libros orientales, regalo de Cholmondeley. Visita Cape Cod y publica un artículo sobre el viaje. Franklin B. Sanborn se muda a Concord.	Tras un fraude electoral, se elige una legislatura pro esclavista en Kansas. Primer cable trasatlántico. William Walker hace de filibustero en Nicaragua.	Walt Whitman: *Hojas de hierba*.
1856	Viaje botánico a Brattleboro. Trabajos de agrimensor y	James K. Buchanan elegido presidente.	Congreso de París. Gobierno liberal de

	conferencias en Perth Amboy (New Jersey). Se encuentra con Walt Whitman en Brooklyn y con Horace Greeley en Chappaqua, Nueva York. Conferencias en Philadelphia y Amherst (New Hampshire). Muere el tío Charles Dunbar.	Terror en Kansas: tras la elección de una nueva legislatura, los pro esclavistas saquean Lawrence; en represalia, John Brown asesina a cinco de ellos en Pottawotamie Creek.	Juárez en México. Flaubert: *Madame Bovary*.
1857	Se encuentra con John Brown en Concord. Recorre a pie Cape Cod. Con Edward Hoar y el guía indio Joe Polis, último viaje a los bosques de Maine. Publica *Chesuncook*, censurado por James Russell Lowell. Conferencias en Fitchburg (Mass.) y Worcester.	El Tribunal Supremo da a conocer la sentencia del caso Dred Scott. Pánico financiero.	Rebelión de los cipayos en la India; fin de la Compañía de Indias. Baudelaire: *Las flores del mal*.
1858	Recorre las White Mountains de New Hampshire con Edward Hoar y acampa en el monte Monadnock con H. G. O. Blake. Conferencias sobre Maine en Concord y Lynn (Mass.). Publicación por entregas de *Chesuncook*.	Minnesota entra en la Unión. Lincoln derrota a Douglas en un debate. Seward comienza a hablar de un "conflicto incontenible".	Guerra contra los clericales en México. Se fuerza la entrada de opio en China. Entrevista de Plombières.
1859	Su padre muere el 3 de febrero. Nueva visita de Cholmondeley. Conferencia *Autumnal Tints* en Worcester y Concord. Tras la captura y ejecución de John Brown, pronuncia en Concord, Worcester y Boston varias conferencias en su defensa. Comienza a escribir mucho sobre frutos silvestres.	Oregon se incorpora a la Unión. John Brown ataca el arsenal de Harper's Ferry, con el resultado de 16 muertos. El 2 de diciembre Brown es ahorcado. Se perfora el primer pozo de petróleo.	Guerra en Italia. J. S. Mill: *Sobre la libertad*; Darwin: *El origen de las especies*; Marx: *Para una crítica de la economía política*.

1860	Acampada en Monadnock con Ellery Channing. Se publican *A Plea for Captain John Brown* y *The Last Days of John Brown*. Desarrolla una teoría sobre la sucesión forestal y publica su conferencia *The Succesion of Forest Trees*. Tras seis conferencias más, contrae un resfriado que se convierte en bronquitis. El 11 de diciembre, pronuncia su última conferencia en Waterbury, Connecticut.	Abraham Lincoln elegido presidente. Carolina del Sur abandona la Unión. James Redpath edita *Echoes of Harper's Ferry*.	Garibaldi en Napoles. Agitación xenófoba en Japón. Guerra anglofrancesa contra China.
1861	Convertido en el principal agrimensor de Concord, trabaja en sus manuscritos sobre frutos y semillas. La bronquitis se convierte en tuberculosis. Viaja a Minnesota con Horace Mann. Revisa sus manuscritos con la ayuda de Sophia. Última entrada en su diario: 3 de noviembre.	Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas abandonan la Unión. Los Estados Confederados de América eligen a Jefferson Davis como presidente. El 12 de abril comienza la guerra civil. Secesión de Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee.	Abolición de la esclavitud en Rusia. Proclamación de la monarquía italiana. Burckhardt: *La civilización del renacimiento en Italia*.
1862	Envía a la prestigiosa revista *Atlantic Monthly* sus últimos escritos: *Walking*, *Autumnal Tints*, *Wild Apples*. Muere en Concord el 6 de mayo a los 44 años. (Más adelante, sus restos serán trasladados al cementerio de Sleepy Hollow.)	Lincoln llama a los voluntarios a filas. Primeras batallas: Shenandoah, Shiloh, Richmond, Antietam.	Bismarck canciller de Prusia. Intervención europea en México. Victor Hugo: *Los miserables*; Turguéniev: *Padres e hijos*.
1863	Se publican *Life Without Principle* y el volumen	Entran en vigor la emancipación de	Estados Unidos de Colombia.

	Excursions, editado por Sophia Thoreau y Ellery Channing, albaceas literarios de Henry.	los esclavos y el reclutamiento obligatorio. Disturbios en Nueva York. Batalla de Gettysburg.	J. S. Mill: *Utilitarismo*.
1864	Publicación de *The Maine Woods*, incluyendo *Ktaadn*, *Chesuncook*, y la hasta entonces inédita tercera parte, *The Allegash and East Branch*.	Ulysses S. Grant es nombrado general en jefe del ejército unionista. Reelección de Lincoln. Ingreso de Nevada en la Unión.	Guerra de la Triple Alianza.
1865	Publicación de *Cape Cod*. Emerson edita parte de la correspondencia de Thoreau: *Letters to Various Persons*. Al reseñarla, Lowell aprovecha para difundir una interpretación negativa de su obra.	Robert E. Lee, comandante en jefe confederado, se rinde ante Grant. Asesinato de Lincoln. Fin de la guerra civil.	Conflicto español con el Perú, Ecuador, Bolivia y Chile. Lewis Carroll: *Alicia en el País de las Maravillas*.
1866	*A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*, en el que aparece por vez primera *Resistance to Civil Government* con el título de *Civil Disobedience*.	El Congreso otorga derechos civiles a los negros e indígenas que paguen impuestos.	Guerra austro-prusiana. Tercera guerra de independencia italiana. Dostoievski: *Crimen y castigo*.
1881	*Early Spring in Massachusetts*, primera compilación de fragmentos del diario, editada por H. G. O. Blake, albacea literario tras la muerte de Sophia. Le siguen *Summer* (1884), *Winter* (1887) y *Autumn* (1892).	Asesinato del presidente James A. Garfield.	Asesinato del zar Alejandro II. Nietzsche: *Aurora*.
1893	La editorial Houghton Mifflin de Boston publica la Riverside Edition de sus obras en 10 volúmenes.	Segunda presidencia de Grover Cleveland.	Bradley: *Apariencia y realidad*. Blondel: *La acción*.

1906	Houghton Mifflin publica la Walden Edition de 20 volúmenes, 14 de los cuales dedicados al diario.	El presidente Theodore Roosevelt justifica el final de la doctrina Monroe (política del *Big Stick*).	Fundación del partido laborista. Conferencia en Algeciras sobre el Norte de África.
1941	Walter Harding crea la Thoreau Society, la más antigua asociación norteamericana dedicada al estudio de un autor.	Ataque a Pearl Harbour; los EE.UU. entran en guerra.	Primer avión a reacción.
1966	Se constituye The Writings of Henry David Thoreau, un proyecto auspiciado por el gobierno federal para publicar ediciones críticas de todos sus escritos.	Recuperan en Palomares (España) una bomba de hidrógeno perdida tras una colisión aérea.	Gobierno militar en Argentina. Revolución cultural en China. Adorno: *Dialéctica negativa*.
1971	Siguiendo las directrices de The Writings, la Universidad de Princeton publica *Walden*, al que siguen otros volumenes.	El presidente Nixon anuncia una nueva retirada de tropas en Vietnam.	Guerra India-Pakistán. Crece la violencia en Irlanda del Norte. Rawls: *Teoría de la justicia*. Potter: *Bioética*.
1981	The Writings of Henry David Thoreau publica en Princeton el primer volumen del diario, incluyendo secciones inéditas.	Atentado contra el presidente Reagan.	Atentado contra el Papa Juan Pablo II.
1998	En colaboración con la Thoreau Society, Houghton Mifflin anuncia una nueva serie de antologías temáticas de los escritos de Thoreau.	El presidente Clinton inaugura el Thoreau Institute en Lincoln, Massachusetts.	Proceso de paz en Irlanda del Norte.

(originales y traducciones)

Auster, Paul (1992) *Leviathan*, Londres, Faber & Faber. [Traducción castellana: *Leviatán*, Barcelona, Anagrama, 1993.]

Bartra, Roger (1997) *El salvaje artificial*, Barcelona, Destino.

Baxter, Maurice G. (1984) *One and Inseparable. Daniel Webster and the Union*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Blanco, María Luisa (2001) *Conversaciones con António Lobo Antunes*, Madrid, Siruela.

Bloom, Allan (1987) *The Closing of the American Mind*, Nueva York, Simon and Schuster.

Bloom, Harold ed. (1987) *Modern Critical Views: Henry David Thoreau*, Nueva York, Chelsea House.

Borges, Jorge Luis y Zemborain, Esther (1999) *Introducción a la literatura norteamericana*, Madrid, Alianza.

Borst, Raymond R. (1982) *H. D. Thoreau: A Descriptive Bibliography*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
— (1992) *The Thoreau Log: A Documentary Life of Henry David Thoreau 1817-1862*, Nueva York, G. K. Hall & Co.

Buell, Lawrence (1995) *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Burbick, Joan (1987) *Thoreau's Alternative History*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
Calvino, Italo (1957) *Il barone rampante*, Turín, Einaudi. [Trad. cast. de

Esther Benítez: *El barón rampante*, Madrid, Siruela, 1989.]

Cameron, Kenneth (1958) *Emerson, Thoreau and Concord in Early Newspapers*, Hartford (Connecticut), Transcendental Books.

Camus, Albert (1951) *L'Homme Révolté*, Paris, Gallimard. [Trad. cast. de Luis Echávarri: *El hombre rebelde*, en *Obras*, vol. 3, Madrid, Alianza, 1996; pp. 11-358.]

Canby, Henry Seidel (1939) *Thoreau*, Boston, Houghton Mifflin.

Casado da Rocha, Antonio (1995) "La paradoja del Robinsón. Tecnologías del yo en Walden", *Iralka. Taller de herramientas conceptuales*, núm. 5 (Abril), pp. 5-8.
— (1996) "Henry David Thoreau", *Claves de razón práctica*, núm. 66 (Octubre), pp. 79-80.
— (1999) "En busca de Spaulding (Correrías por los bosques de Thoreau)", *Estrata*, núm. 3 (Otoño), pp. 64-68.
— (2001) "Henry Thoreau y compañía: de la teoría a la praxis", en X. Etxeberria (ed.), *Enfoques de la desobediencia civil*, Bilbao, Universidad de Deusto; pp. 33-52.
— (2002) *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, San Sebastián, Gakoa.

Channing, William Ellery (1873) *Thoreau: The Poet-Naturalist*, Boston, Roberts Brothers.

Clapper, Ronald (1967) *The Development of Walden: A Genetic Text*, Los Angeles, University of California.

Conrad, Joseph (1902) *Heart of Darkness*. [Trad. cast.: *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Orbis, 1987.]

de Cortanze, Gérard (1996) *Dossier Paul Auster. La soledad del laberinto*, Barcelona, Anagrama.
de Tocqueville, Alexis (1835) *De la Démocratie en Amérique*, vol. I, Librairie

Philosophique J. Vrin. [Edición crítica de Eduardo Nolla: *La democracia en América*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1988.]

Dean, Bradley P. y Hoag, Ronald Wesley (1995) "Thoreau's Lectures Before *Walden*: An Annotated Calendar", en Joel Myerson (ed.), *Studies in the American Renaissance*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1995; pp. 127-228.

Dillard, Annie (1989) *The Writing Life*, Nueva York, Harper & Row.

Doctorow, E. L. (1993) *Jack London, Hemingway, and the Constitution*. [Trad. cast.: *Poetas y presidentes*, Barcelona, Muchnik, 1996.]

Edel, Leon (1982) "Henry David Thoreau", en L. Unger (ed.), *American Writers, A Collection of Literary Biographies*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, vol. 4, pp. 167-89.

Emerson, Ralph Waldo (1836) *Nature*, en Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, *Nature & Walking*, Boston, Beacon Press, 1991.
— (1837) *The American Scholar*. [Trad. cast.: *El intelectual americano* (edición bilingüe), León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1993.]
— (1838) *An Address Delivered before the Senior Class in Divinity College*. [Trad. cast.: *Discurso a la Facultad de Teología* (edición bilingüe), León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1994.]
— (1841a) "Self-reliance", en *Essays and Lectures*, pp. 257-83.
— (1841b) "Compensation", en *Essays and Lectures*, pp. 285-302.
— (1843) "The Transcendentalist", en *Essays and Lectures*, pp. 193-209.
— (1844a) "Experience", en *Essays and Lectures*, pp. 469-92.
— (1844b) "Politics", en *Essays and Lectures*, pp. 557-572.
— (1983) *Essays and Lectures*, Edición de Joel Porte, Nueva York, Literary Classics of the United States.

Franzen, Jonathan (2001) *The Corrections*, Nueva York, Farrar, Straus and

Giroux.
— (2002) *How To Be Alone*, Londres, Fourth State. [Trad. Cast.: *Cómo estar solo*, Barcelona, Seix Barral, 2003.]

Gárate, Justo (1970) "Thoreau in the Spanish Language: A Bibliography", *Thoreau Society Booklets,* núm. 24, Geneseo (Nueva York), The Thoreau Society.
— (1993) *Un crítico en las Quimbambas. Autobiografía y escritos*, Epílogo y edición de José Ángel Ascunce, Bergara (Guipúzcoa), Ayuntamiento de Bergara.

Glick, Wendell ed. (1969) *The Recognition of Henry David Thoreau. Selected criticism since 1848*, Ann Arbor (Michigan), The University of Michigan Press.

Harding, Walter (1948) "Thoreau's Diploma", *Thoreau Society Booklets*, núm. 5.
— (1959a) "Thoreau's Fame Abroad", en W. Glick (ed.), *The Recognition of Henry David Thoreau*, pp. 315-323.
— (1959b) *A Thoreau Handbook*, Nueva York, New York University Press.
— (1992) *The Days of Henry Thoreau. A biography*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Harding, Walter ed. (1954) *Thoreau: A Century of Criticism*, Dallas, Southern Methodist University Press.
— (1962) *The Thoreau Centennial*, Nueva York, State University of New York.

Harding, Walter y Meyer, Michael (1980) *The New Thoreau Handbook*, Nueva York, New York University Press.

Howarth, William (1982) *The Book of Concord. Thoreau's Life as a Writer*, Nueva York, The Viking Press.

Howe, Daniel Walker (1997) *Making the American Self: Jonathan Edwards to*

Abraham Lincoln, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Kant, Immanuel (1783) *Prolegomena zur einer jeden künftigen Metaphysik die als Wissenchaft wird auftreten können*. [Trad. cast. de Mario Caimi: *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia* (edición bilingüe), Madrid, Istmo, 1999.]

Krutch, Jospeh Wood (1948) *Henry David Thoreau*, Nueva York, William Sloane Associates.

Labriola, Patrick (1998) "Germany and the American Transcendentalists", *The Concord Saunterer*, vol. 6, pp. 99-113.

Lebeaux, Richard M. (1993) "Thoreau and Civil Disobedience", en E. A. Schofield y R. C. Baron (eds.), *Thoreau's World and Ours*, Golden (Colorado), North American Press, pp. 8-17.

Leopold, Aldo (2000) *Una ética de la tierra*, Edición de Jorge Riechmann, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Machado, Antonio (1907) Colaboraciones sin firmar en la sección "Glosario", *Renacimiento Latino* (Madrid), núm. II (abril 1907), pp. 254-57. [Reimpresas en *Prosas dispersas* (1893-1936), Edición de Jordi Doménech, Madrid, Páginas de Espuma, 2001.]

Melville, Herman (1853) "Bartleby the Scribener", *Putnam's Monthly Magazine* (noviembre y diciembre de 1853). [Trad. cast. de Jorge Luis Borges: "Bartleby el escribiente", en Richard Ford (ed.), *Antología del cuento norteamericano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002, pp. 84-119.]

Miller, Douglas T. (1991) *Henry David Thoreau*, Nueva York, Facts on File.

Moller, Mary Elkins (1980) *Thoreau in the Human Community*, Amherst (Mass.), The University of Massachusetts Press.
Monterroso, Augusto (1987) *La letra e*, México, Era.

Moran, Michael (1972) “New England Transcendentalism”; *The Encyclopaedia of Philosophy*, Nueva York, MacMillan; vol. 3, pp. 419-80.

Morrison, Samuel Eliot y Commager, Henry Steele (1962) *The Growth of the American Republic*, vol. 1, Nueva York, Oxford University Press.

Nietzsche, Friedrich (1888) *Götzen-Dämmerung*. [Trad. cast. de A. Sánchez Pascual: *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza, 1973.]

Remini, Robert (1997) *Daniel Webster. The Man and His Time*, Nueva York, Norton.

Richardson, Robert D. (1986) *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, Berkeley, University of California Press.

Salt, Henry S. (1993) *Life of Henry David Thoreau*, Edición de George Hendrick, Willene Hendrick y Fritz Oehlschlaeger, Fontwell (Reino Unido), Centaur Press.

Sanborn, Franklin Benjamin (1882) *Henry D. Thoreau*, Boston, Houghton Mifflin.
— (1905) “A Concord Notebook”, *Critic*, vol. XLVII (Noviembre).
— (1917) *The Life of Henry David Thoreau*, Boston, Houghton Mifflin.

Sargent, Mrs. John T. (ed.) (1880) *Sketches and Reminiscences of the Radical Club*, Boston, James R. Osgood and Co.

Savater, Fernando (1995) *Diccionario filosófico*, Madrid, Planeta.

Sayre, Robert F. (1977) *Thoreau and the American Indians*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Scharnhorst, Gary (1993) *Henry David Thoreau: A Case Study in Canonization*, Columbia (Carolina del Sur), Camden House.
Skinner, B. F. (1978) *Reflections on Behaviorism and Society*, Englewood Cliffs

(Nueva Jersey), Prentice-Hall.

Snyder, Gary (2000) *La mente salvaje (poemas y ensayos)*, Madrid, Árdora.

Stevenson, Robert Louis (1924) *Familiar Studies of Men and Books*, Londres, Chatto and Windus.

Taylor, Bob Pepperman (1996) *America's Bachelor Uncle. Thoreau and the American Polity*, Lawrence, University Press of Kansas.

Taylor, Charles (1991) *The Malaise of Modernity*, Concord (Canadá), House of Anansi Press. [Trad. cast.: *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós, 1994.]

Thoreau, Henry David (1842) "Natural History of Massachusetts", *The Dial*, vol. III, núm. 1 (Julio), pp. 19-40. [Se cita por la edición de 1980b, pp. 1-29.]
— (1843a) "Paradise (To Be) Regained", *The United States Magazine and Democratic Review*, vol. XIII, new series (Noviembre), pp. 451-63. [Se cita por la edición Princeton de 1973, pp. 19-47.]
— (1843b) "A Walk to Wachusett", *The Boston Miscellany*, vol. III (Enero), pp. 31-36. [Se cita por la edición de 1980b, pp. 31-50.]
— (1843c) "A Winter Walk", *The Dial*, vol. IV, núm. 2 (Octubre), pp. 211-226. [Trad. cast.: "Un paseo de invierno" (Thoreau 1999e).]
— (1843d) "The Landlord", *The United States Magazine and Democratic Review*, vol. XIII, new series (Noviembre), pp. 427-30.
— (1849a) "Resistance to Civil Government", en Elisabeth P. Peabody (ed.), *Æsthetic Papers*, pp. 189-211. [Se cita por la edición Princeton de 1973, pp. 63-90.]
— (1849b) *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, Boston, James Munroe & Co. [Se cita por la edición Princeton de 1980.]
— (1854a) "Slavery in Massachusetts", *The Liberator*, vol. XXIV, núm. 29 (21 de julio), p. 1044. [Se cita por la edición Princeton de 1973, pp. 123-136.]
— (1854b) *Walden, or Life in the Woods*, Boston, Ticknor and Fields. [Se cita

por la edición Princeton de 1971.]
— (1860a) "A Plea for Captain John Brown", en J. Redpath (ed.), *Echoes of Harper's Ferry*, pp. 17-42. [Se cita por la edición Princeton de 1973, pp. 111-138.]
— (1860b) Discurso sin título, *The Liberator*, vol. XXX, núm. 30 (27 de julio), p. 1544. Publicado como "The Last Days of John Brown", en *A Yankee in Canada*, pp. 278-86. [Se cita por la edición Princeton de 1973, pp. 145-153.]
— (1860c) "The Succession of Forest Trees", *Weekly Tribune* (6 de octubre), Nueva York. [Se cita por la edición de Robert Sattelmeyer, 1980b, pp. 72-92.]
— (1862a) "Walking", *The Athlantic Monthly*, vol. IX, núm. LVI (Junio), pp. 657-674. [Se cita por la edición de 1991b, pp. 71-122. Trad. cast. en Thoreau (1998, 1999e).]
— (1862b) "Autumnal Tints", *The Athlantic Monthly*, vol. X, núm. LX (Octubre). [Reimpresión: Bedford (Mass.), Applewood Books, s.d.]
— (1862c) "Wild Apples", *The Athlantic Monthly*, vol. X, núm. LXI (Noviembre), pp. 513-526. [Reimpresión: Bedford (Mass.), Applewood Books, s.d.]
— (1863a) "Life Without Principle", *The Athlantic Monthly*, vol. XII, núm. LXII (Octubre), pp. 484-495. [Se cita por la edición Princeton de 1973.]
— (1863b) *Excursions*, Boston, Ticknor and Fields.
— (1864) *Maine Woods*, Boston, Ticknor and Fields. [Se cita por la edición Princeton de 1972.]
— (1865) *Cape Cod*, Boston, Ticknor and Fields. [Se cita por la edición Princeton de 1988.]
— (1866) *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*, Boston, Ticknor and Fields. [Se cita por la edición de 1961.]
— (1903) *On the Duty of Civil Disobedience*, Londres, Arthur Fifield.
— (1906) *The Writings of Henry D. Thoreau*, Edición de Bradford Torrey y Francis H. Allen, 20 vols., Boston, Houghton Mifflin. Esta edición incluye *The Journal of Henry David Thoreau*, en 14 volúmenes. Nueva edición con prefacio de Walter Harding, por la cual se cita: Nueva York, Dover Publications, 1962.
— (1937a) *The Works of Thoreau*, Selección y edición de Henry S. Canby,

Boston, Houghton Mifflin Co.
— (1945) *Walden o la vida en los bosques*, Trad. de Julio Molina y Vedia, Buenos Aires, Emecé.
— (1949a) *Desobediencia civil, 1849-1949*, Trad. de Ernesto Montenegro, Santiago de Chile, Babel.
— (1949b) *Walden o mi vida entre bosques y lagunas*, Trad. de Justo Gárate, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina.
— (1952) *Selected Writings on Nature and Liberty*, Edición de Oscar Cargill, Nueva York, Liberal Arts Press. [Trad. cast.: *Escritos selectos sobre naturaleza y libertad*, Buenos Aires, Ágora.]
— (1957) *Walden and Civil Disobedience*, Edición con introducción y notas de Sherman Paul, Boston, Houghton Mifflin.
— (1958) *The Correspondence of Henry David Thoreau*, Edición de Walter Harding y Carl Bode, Nueva York, New York University Press.
— (1961) *A Yankee in Canada*, Montreal, Harvest House.
— (1962) *Walden & Civil Disobedience*. The Variorum Editions, Edición con introducción de Walter Harding, Nueva York, Twayne. [Edición de bolsillo: Nueva York, Washington Square Press, 1968.]
— (1967a) *Über die Pflicht zum Ungehorsam gegen den Staat un andere Essays*, Übersetzung, Nachwort und Anmerkungen von Walter E. Richartz, Zürich, Diogenes.
— (1967b) *The Variorum Civil Disobedience*, Edición de Walter Harding, Nueva York, Twayne Publishers.
— (1969) "Civil Disobedience", en H. A. Bedau (ed.), *Civil Disobedience. Theory and Practice*, pp. 27-48.
— (1971) *Walden*, Edición de J. Lyndon Shanley, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. [Edición de bolsillo con introd. de Joyce Carol Oates, 1989.]
— (1972) *The Maine Woods*, Edición de Joseph J. Moldenhauer, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1973) *Reform Papers*, Edición de Wendell Glick, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1975a) *Obras*, Edición de Jorge E. Guir, San José de Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
— (1975b) "La desobediencia civil", Trad. de Sofía Yvars Fernández, en

I. Horowitz (ed.), *Los anarquistas*, Madrid, Alianza, vol. 1, pp. 367-78.
— (1975c) *Early Essays and Miscellanies*, Edición de Joseph J. Moldenhauer, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1976a) *Walden o la vida en los bosques*, Trad. de Horacio Quinto, Barcelona, Producciones editoriales Juan José Fernández Ribera.
— (1976b) "Desobediencia civil", Trad. de Gonzalo Arias, en G. Arias (ed.), *La no-violencia, arma política*, Barcelona, Nova Terra, pp. 21-27.
— (1980a) *Week on the Concord and Merrimack Rivers*, Edición de Carl F. Hovde et al., Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1980b) *The Natural History Essays*, Edición de Robert Sattelmeyer, Salt Lake City, Peregrine Smith Books.
— (1981) *Journal 1: 1837-1844*, Edición de Elizabeth Hall Witherell et al., Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1982a) *The Portable Thoreau*, Edición de Carl Bode, Nueva York, Penguin Books.
— (1982b) *Thoreau in the Mountains*, Edición de William Howarth, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
— (1983) *Walden. La desobediencia civil*, Trad. de Carlos Sánchez-Rodrigo, Barcelona, Ediciones del Cotal.
— (1984a) *Journal 2: 1842-1848*, Edición de Robert Sattelmeyer, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1984b) *Walden and Civil Disobedience*, Edición de Michael Meyer, Nueva York, Penguin Books.
— (1985a) *A Week on the Concord and Merrimack Rivers. Walden, or Life in the Woods. The Maine Woods. Cape Cod*, Edición de Robert F. Sayre, Nueva York, Literary Classics of the United States.
— (1985b) *Desobediencia civil y otros escritos*, Introd., comentarios y notas de Félix García Moriyón, trad. de Ana Mª Muñoz Fonseca, Madrid, Grupo Cultural Zero.
— (1986a) *Translations*, Edición de K. P. van Anglen, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1986b) *Walden and Civil Disobedience*, Nueva York, Penguin Books.
— (1987a) *A desobediência civil*, Trad. de Manuel Joâo Gomes, Lisboa, Antígona.
— (1987b) *Desobediencia civil y otros escritos*, Estudio preliminar y notas de

Juan José Coy, trad. de Mª Eugenia Díaz, Madrid, Tecnos.
— (1988) *Cape Cod*, Edición de Joseph J. Moldenhauer, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. [Edición de bolsillo, 1993.]
— (1989) *Walden. Del deber de la desobediencia civil*, Trad. de Carlos Sánchez-Rodrigo, Barcelona, Parsifal.
— (1990) *Journal 3: 1848-1851*, Edición de Robert Sattelmeyer et al., Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1991a) "Civil Disobedience", en H. A. Bedau (ed.), *Civil Disobedience in Focus*, pp. 28-48.
— (1991b) *Walking*, en Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, *Nature & Walking*, Boston, Beacon Press.
— (1992a) *Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, Second Edition, Edición de William Rossi, Nueva York, W. W. Norton & Company.
— (1992b) *Journal 4: 1851-1852*, Edición de Leonard N. Neufeldt y Nancy C. Simmons, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1992c) *La désobéissance civile, suivi de Plaidoyer pour John Brown*, Castelnau-le-Lez, Climats.
— (1993a) *A Year in Thoreau's Journal: 1851*, Introduction and Notes by H. Daniel Peck, Londres, Penguin Books.
— (1993b) *Faith in a Seed: the Dispersion of Seeds and Other Late Natural History Writings*, Edición de Bradley P. Dean, Washington, Island Press.
— (1995a) *Sobre el deber de la desobediencia civil*, Introd., trad. y notas de Antonio Casado da Rocha, Irún, Iralka (segunda edición revisada, 2002).
— (1995b) *Civil Disobedience and Reading*, Londres, Penguin Books.
— (1995c) *Una vida sin principios*, Introd. y notas de Juan José Coy, trad. de Mª Eugenia Díaz (edición bilingüe), León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad.
— (1996) *Political Writings*, Edición de Nancy L. Rosenblum, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
— (1997) *Journal 5: 1852-1853*, Edición de Patrick F. O'Connell, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
— (1998) *Caminar*, Trad. cast. de Federico Romero, Madrid, Árdora.
— (1999a) *Material Faith. Henry David Thoreau on Science*, Edición de L.

Dassow Walls, Boston, Mariner Books, Houghton Mifflin Co.
— (1999b) *Uncommon Learning. Henry David Thoreau on Education*, Edición de M. Bickman, Boston, Mariner Books, Houghton Mifflin Co.
— (1999c) *Elevating Ourselves. Henry David Thoreau on Mountains*, Edición de J. Parker Huber, Boston, Mariner Books, Houghton Mifflin Co.
— (1999d) *Wild Fruits*, Edición de Bradley P. Dean, Nueva York, W. W. Norton and Company.
— (1999e) *Pasear*, Trad. cast. de Silvia Komet, Palma de Mallorca, Jose J. de Olañeta.
— (1999f) *Breviario para ciudadanos libres*, Edición y trad. cast. de Mauricio Bach, Barcelona, Península.
— (1999g) *Walden. La vida en los bosques*, Trad. cast. de Jorge Lobato, selección e introd. de Leandro Wolfson, Buenos Aires, Errepar.
— (1999h) *Walden ou a vida nos bosques*, Trad. portuguesa de Astrid Cabral, revisión y adaptación de Julio Henriques, Lisboa, Antígona.
— (2002a) *Diarios (Breve antología)*, Edición de Walter Harding, trad. cast. de Ángela Pérez, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta.
— (2002b) *Libro de citas*, Trad. cast. de Ángela Pérez y José Manuel Álvarez Flórez, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta.
— (2002c) *Colores de otoño*, Trad. cast. de Silvia Komet, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta.

Twain, Mark (1998) *El asalto de la risa*, Edición y trad. cast. de Mauricio Bach, Península, Barcelona.

Whitman, Walt (1855) *Leaves of Grass*. [Edición y trad. cast. de Jorge Luis Borges: *Hojas de hierba*, Barcelona, Lumen, 1991.]

Wilson, Edward O. (2002) *The Future of Life*, Londres, Little, Brown. [Trad. cast.: *El futuro de la vida*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003.]

Yourcenar, Marguerite (1974) *Mémoires d'Hadrien*, Paris, Éditions Gallimard. [Trad. cast. de Julio Cortázar: *Memorias de Adriano*, Barcelona, Orbis, 1988.]